

UN MISTERIO DE AVA GOLD (LIBRO 1)

LA CIUDAD DE LAS PRESAS

BLAKE PIERCE

**LA CIUDAD DE LAS PRESAS:
(UN MISTERIO DE AVA GOLD LIBRO 1)**

BLAKE PIERCE

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido del USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que incluye diecisiete libros. Blake Pierce es también el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que consta de catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, compuesta por seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que consta de seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, compuesta por siete libros; del misterio de suspenso psicológico CHLOE FINE, compuesto por seis libros; de la serie de suspenso psicológico JESSIE HUNT, compuesta por treinta y un libros; de la serie de suspenso psicológico AU PAIR, que consta de tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, compuesta por seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que consta de dieciséis libros; de la acogedora serie de misterio EUROPEAN VOYAGE, que consta de seis libros; del thriller de suspenso del FBI de LAURA FROST, compuesto por once libros; del thriller de suspenso del FBI ELLA DARK, que comprende veintiún libros (y contando); de la acogedora serie de misterio UN AÑO EN EUROPA, compuesta por nueve libros; de la serie de misterio AVA GOLD, compuesta por seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende trece libros (y contando); de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros (y contando); de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros (y contando); de la serie de misterio MAY MOORE, compuesta por once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, que comprende ocho libros (y contando); de la serie de misterio NICKY LYONS, que comprende ocho libros (y contando), de la serie de misterio CAMI LARK, que comprende nueve libros (y contando), de la serie de misterio AMBER YOUNG, que comprende siete libros (y contando), del misterio DAISY FORTUNE serie, que comprende cinco libros (y contando), de la serie de misterio FIONA RED, que comprende nueve libros (y contando), de la serie de misterio FAITH BOLD, que comprende ocho libros (y contando), de la serie de misterio JULIETTE HART, que comprende cinco libros (y contando), de la serie de misterio MORGAN CROSS, que comprende cinco libros (y contando), y de la nueva serie de misterio FINN WRIGHT, que comprende cinco libros (y contando).

A Blake, un ávido lector y fanático de toda la vida de los géneros de

misterio y suspenso, le encanta saber de usted, así que no dude en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.

Copyright © 2023 por Blake Pierce. Reservados todos los derechos. Excepto lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE. UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ni almacenarse en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de la portada Copyright VICTOR TORRES usado bajo licencia de Shutterstock.com.

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO EPÍLOGO

CAPÍTULO UNO

Nueva York

Agosto de 1928

El clamor, los gritos y los aplausos le estaban afectando. Las aceras estaban abarrotadas de gente alborotada que asistía a una manifestación y marcha política, y para su disgusto, casi todas eran mujeres. Desde que de alguna manera habían conseguido el derecho al voto, parecían pensar que eso significaba que tenían que salir y montar espectáculos. Había canciones y gritos, vítores y alaridos. Entre todo ello, podía ver pancartas hechas de papel de periódico y contrachapado. Muchas de ellas decían lo mismo: ¡Vota a SMITH por unos Estados Unidos más fuertes!

Se dirigía a la panadería, pero el ruido en las calles era ensordecedor y cuanto más se alejaba de su casa, peor se volvía. Decidió dar media vuelta, sintiendo los gritos y los cánticos detrás de él como una ola que le empujaba de vuelta a la orilla. Podría comprar el pan mañana. No es que tuviera una familia esperándole en casa.

No había una esposa aguardando con una comida caliente por la tarde, ni un niño suplicando atención y tiempo. Solo estaba su madre enferma, no realmente enferma sino ciertamente desequilibrada mentalmente, siempre lamentándose y chillándole, queriendo saber por qué siempre andaba con apuros económicos, por qué no se había casado con una buena joven para empezar a darle nietos.

Sintiendo que los pensamientos sobre su madre crecían como un viento furioso, los apartó y se centró en su caminar. Eran las seis de la tarde, el día se acercaba al anochecer. Y aunque el calor del día estaba disminuyendo, notaba que le venía el dolor de cabeza. Tal vez fuera el rugido de las multitudes, un ruido poco familiar en las calles que llamaba hogar. Tal vez fuera la tensión de saber lo que le esperaba en casa. Fuera lo que fuese, el dolor de cabeza llegaba rápido, empezando en la mandíbula, pasando por los dientes y llegando hasta el cráneo.

Después de lo que pareció una eternidad, llegó a casa. Era una sencilla casa de dos habitaciones situada en una zona de la ciudad que no era la más pobre, pero estaba lejos de ser la más rica.

Cerró la puerta y los ruidos de la multitud quedaron reducidos a poco más que un murmullo. Se quedó allí un momento, con las yemas de los dedos presionadas contra la puerta. La casa siempre tenía un cierto olor a polvo con un toque subyacente de verduras a punto de pudrirse. Le recibió como un abrazo no deseado cuando se apartó de la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó la voz vieja y cascada desde el salón.

Miró a la derecha, y allí estaba su madre. Estaba sentada en la misma silla de siempre. Durante el último año y medio más o menos, mientras su madre había perdido toda esperanza de volver a casarse o iniciar una vida social tras la pérdida de su marido, había visto cómo el espacio vacío de esa silla se reducía semana tras semana. Su madre había engordado al menos treinta y seis kilos en los últimos dieciocho meses, comiendo pasteles y dulces que él solía traer de la ciudad.

—Nada —dijo, apartándose por fin de la puerta principal.

—¿Has salido a gritar y alborotar con todas esas putas engreídas? —preguntó ella.

Observó las migas en los pliegues de su camisa y algo que podría haber sido mermelada en la comisura de su boca. También notó que sus ojos mostraban el mismo nivel de decepción y enfado al mirarle. Más allá de todo eso, estaba el zumbido vibrante de la marcha política en las calles y mientras permanecía allí, mirándola y escuchando ese ruido silencioso, comprendió por qué los sonidos de los gritos de las mujeres le habían puesto nervioso.

Era ella. En algún momento, después de perder tantos trabajos y ser incapaz de atraer a una novia, se había convertido en la personificación de todas las mujeres para él. Siempre mirando de reojo, siempre queriendo algo más de él, siempre decepcionada.

—¿Por qué me miras así, inútil? —preguntó ella—. Mueve tu trasero inservible a la cocina y tráeme mi brandy.

El dolor de cabeza rugió en su cabeza. Era como una bomba, enviando pequeños fragmentos de metralla a cada rincón de su cráneo. Aspiró hondo, conteniendo el dolor.

—Tráetelo tú misma, vaca.

Su expresión de sorpresa quedó mayormente disimulada por la gordura de sus mejillas y sus ojillos entrecerrados.

—¿Qué me has dicho?

—Ya me has oído, madre.

Se alejó de ella con la intención de ir a su dormitorio y tumbarse en la oscuridad. Con la mirada de su madre clavada en él y el rumor de la manifestación y los gritos en el exterior, sintió que el dolor de cabeza empeoraba. Si pudiera descansar en una habitación a oscuras, quizás el latido disminuiría.

La voz de su madre le detuvo mientras se alejaba.

—Tu padre también creía saber lo que era mejor para mí —dijo—. Pero mira quién de los dos sigue vivo. Ahora tráeme mi coñac, inútil.

El dolor de cabeza volvió a surgir, golpeando en su cabeza como una bola de demolición. Manchas negras llenaron su visión y algo parecido a cortinas oscuras ondeaba en los bordes de su vista. Hizo una mueca de dolor y aspiró una bocanada de aire viciado. Con los dientes apretados, dijo:

—Sí, madre.

Caminó por el pequeño pasillo, sus pies pisando las viejas tablas del suelo que crujían. Entró en la cocina, pero no se detuvo en el armario donde su madre guardaba el coñac. Se movía como empujado por una fuerza invisible, quizás por los gritos de las innumerables mujeres en las calles. Sin pensarlo siquiera, se dirigió a la puerta trasera y la abrió. Salió al escalón trasero, un simple bloque de hormigón que daba al patio trasero casi yermo.

Cerró los ojos, el dolor de cabeza clavándose en su cráneo como picas de ferrocarril. Oía los vítores y las risas en las calles, parecían un millón de mujeres, todas animándole a hacer lo que estaba a punto de hacer o burlándose de él por ser tan condenadamente débil en presencia de su madre.

A la derecha, había una pequeña pila de madera podrida que usaban ocasionalmente para llenar la vieja chimenea casi inservible del salón. Apoyada junto a la casa estaba el hacha que usaba para partir la leña. Era vieja y estaba roma, y recordaba cuando era niño, su padre enseñándole cómo sacar astillas y cómo encontrar la grieta en la parte superior de un trozo de madera que haría más fácil partirlo.

Cogió el hacha y volvió a entrar, atravesando de nuevo la cocina y el pasillo. Le complacía de una manera extraña y casi poética saber que los crujidos del suelo del pasillo estarían entre los últimos sonidos que su madre oiría jamás.

El crujido del suelo parecía resonar con su dolor de cabeza. En algún lugar muy lejano, podía oír los vítores de todas aquellas mujeres, su largo cabello calentándose al sol, sus cuerpos provocadores sudando y prohibidos.

El último crujido antes de llegar al salón, todo se oscureció cuando el dolor de cabeza bajó un telón de hierro sobre su vista y sus sentidos.

Momentos después, dejó caer el hacha y se dirigió hacia la puerta principal.

Cubierto de sangre, caminó hacia el sonido de las alegres mujeres. Con cada paso que daba, su dolor de cabeza se desvanecía y los sonidos jubilosos lo engullían, manchas de sangre incluidas.

CAPÍTULO DOS

Nueva York

Julio de 1929

Su marido estaba muerto, descansando en el ataúd a solo un metro delante de ella, y lo único en lo que Ava Gold podía pensar era en la abundancia de sombreros que llenaban el pequeño club durante el velatorio. Tanto hombres como mujeres, civiles y policías, llevaban sombreros de diversas formas y tamaños. Fuera hacía un día soleado y radiante, una jornada preciosa arruinada por tener que dar sepultura a su marido de treinta y cuatro años, y todos los sombreros a su alrededor le recordaban a las sombrillas de playa que solía ver en Coney Island. Era extraño, pensó, cómo el cerebro hace todo lo posible por distraerse de la realidad de la muerte.

En ese momento, su mente intentaba asimilar la idea de que tendría que vivir el resto de su vida sin su marido. Sabía que era cierto, pero no parecía real. Repasaba los hechos en su cabeza una y otra vez, como si repitiese la letra de una canción que hubiera cantado cientos de veces: su marido, Clarence Gold, recibió cinco disparos mientras respondía a un aviso de robo rutinario. El sospechoso llevaba un grueso abrigo de obrero, era relativamente bajo... y eso era todo lo que sabía. Esos eran todos los detalles que los testigos habían podido proporcionar.

No esperaba que acudieran tantos policías al velatorio, pero habían venido en masa. Sus uniformes casi unificaban toda la escena como si ellos mismos la hubieran cosido. En unos cinco minutos, todos se trasladarían al cementerio, y suponía que sería lo mismo. Sombreros y policías, rodeándola como abejas.

Incluso ahora, mientras el párroco de su iglesia leía los Salmos, era vagamente consciente de un policía dando una palmada de ánimo en el hombro a su hijo. Jeffrey, sentado a su izquierda y mirando fijamente el ataúd como si fuera un problema por resolver, pareció no darse cuenta. Ava sabía cómo se sentía y deseaba poder explicárselo. Lo había intentado lo mejor que pudo durante los tres días anteriores, pero había llegado a la conclusión de que era imposible procesar el dolor con un niño de nueve años cuando tu cerebro se negaba a aceptar la realidad de la situación.

Jeffrey apenas había dicho nada desde que su padre murió. A los nueve años, suponía que la muerte era una bestia difícil de entender. Eras demasiado joven para comprender del todo su carácter definitivo, pero lo suficientemente mayor para entender que había dolor y que se esperaba que respondieras de cierta manera.

A la derecha de Ava estaba su padre, un hombre del que normalmente sacaba consuelo. Ahora, sin embargo, lo veía como un hombre que simplemente estaba allí, otra cara en la multitud que había venido a llorar la pérdida de su marido. Ava pensó que quizás habría más conexión entre ellos si su padre hubiera pasado más tiempo con ella cuando era pequeña en lugar de en un cuadrilátero. Siempre se había sentido culpable por saborear la noche en que él llegó a casa con la mano izquierda destrozada; incluso entonces sabía que significaba el final de su carrera como boxeador. Ahora, Roosevelt Burr, que había elegido un cuadrilátero antes que a su familia, lloraba a otro hombre que había elegido su carrera antes que a la familia.

El párroco terminó su lectura y dijo una oración a la que Ava apenas prestó atención. Algunos lo tomaron como una señal para acercarse y decir "hola" o "lo siento mucho" o "ahora está en un lugar mejor".

Y entonces todos fueron excusados. Mientras las filas de policías empezaban a salir del club hacia los Model T que los llevarían al cementerio, alguien comenzó a tocar una trompeta en el jardín delantero. Mientras los débiles tonos metálicos de "Bendita seguridad" llenaban la sala principal del club, Ava vislumbró algo que le resultaba familiar y completo, algo que le ayudaba a recordar que sí, estaba asistiendo al velatorio de su marido y sí, todo era real. El sonido de la trompeta, incluso tan plano y aburrido como el himno lo hacía sonar en ese momento, nunca dejaba de levantarle el ánimo. Mientras se ponía de pie y tomaba la mano de Jeffrey, Ava pensó en formas en las que el trompetista podría mejorarlo. Un arreglo aquí, un giro allá, y luego ella podría ponerle voz.

Jazz, pensó para sí misma. ¿De verdad estás pensando en jazz en este momento?

Sintió la fuerte mano de su padre en su brazo, guiándola hacia adelante. Al parecer, había dejado de caminar. Era el dolor, supuso. Lo sentía crecer dentro de ella y sabía que en algún momento la presa se rompería y perdería la cabeza. Quería mirar atrás hacia el ataúd, pero no se atrevía.

—¿Ava? —dijo una voz masculina.

Parpadeó como si acabara de despertar de una siesta y miró a su derecha. Reconoció el rostro del capitán Douglas Minard. Tenía una cara amable que la edad estaba invadiendo groseramente. Se acercaba a los sesenta, pero su experiencia de vida lo hacía parecer más cerca de los ochenta. Tomó la pequeña mano de Ava entre las suyas, grandes y callosas. Cuando la miró, ella apreció el hecho de que había estado llorando; sus ojos estaban rojos y las huellas de las lágrimas eran evidentes alrededor de ellos.

—Capitán —dijo ella—. Muchísimas gracias por venir.

—Por supuesto. Quería que supieras lo mucho que apreciaba a Clarence. Era uno de los mejores... dentro y fuera del departamento. Y oh, cómo te amaba y presumía de ti.

Ava sonrió cálidamente, preguntándose si el capitán Minard estaba intentando hacerla llorar, que esa tensión dentro de ella se rompiera.

—Sí, lo era. Él era mi...

Pero no pudo encontrar las palabras adecuadas. Cada vez que había intentado describirlo en los últimos tres días, se había sentido como una idiota. Era como si su vocabulario se hubiera marchitado y muerto, cada palabra cariñosa que describía a Clarence pudriéndose en el tembloroso suelo de su mente.

—Ava... ¿hay algo, lo que sea, que yo o alguien del departamento podamos hacer por ti?

Su lengua formó la palabra no, pero su cerebro la anuló en el último momento. Mirando al capitán Minard, se preguntó si las respuestas a una plegaria que había estado elevando desde la muerte de Clarence estaban a punto de ser contestadas. Y cuando las siguientes cuatro palabras salieron de su boca, la sorprendieron. No pudo evitar preguntarse si Clarence estaba allí, de alguna manera, quizás poseyéndola desde el más allá.

—Me gustaría un trabajo.

—¿Un trabajo? —dijo Minard, claramente atónito. Si no hubiera estado llorando previamente, pensó que podría haberse reído del comentario.

—Necesito mantener a Jeffrey. Y quiero impedir que el próximo cabrón convierta a un niño en huérfano... a una esposa en viuda.

El capitán Minard miró a su alrededor a todos los demás mientras salían, como buscando una tabla de salvación para escapar de esta extraña situación. También notó al padre de Ava de pie a unos tres metros de distancia, sin hacer ningún intento de ocultar que estaba escuchando.

—Ava, quizás esto sea tu dolor hablando —dijo Minard, con voz baja—. Seguramente no quieres un trabajo en la policía. Además de ser mujer, el tipo de gente con la que tendrás que tratar es...

—¿Y qué tiene de malo ser mujer? —dijo Ava. Casi esperaba que hiciera algún comentario ignorante sobre cómo las mujeres no estaban preparadas para el trabajo policial.

—Nada. Pero no puedes... —Se detuvo aquí, desconcertado. Casi se sintió mal por ponerlo en esa situación, pero él, después de todo, había preguntado.

—No me quedaré de brazos cruzados mientras han matado a mi marido —añadió, sorprendida por lo segura que sonaba.

—Ava, no puedes simplemente... Quiero decir, tenemos muchos hombres capaces para encontrar asesinos y...

—Entonces, ¿dónde está el asesino de mi marido?

Minard pareció como si le hubieran abofeteado. ¿Y era eso un destello de ira lo que vio? Aparentemente, la verdad dolía. Cuatro hombres habían visto disparar a su marido; cuatro hombres habían visto al hombre que había apretado el gatillo. Sin embargo, su asesino seguía en libertad. Minard miró a su padre, todavía buscando una salida de esto, pero Rosie Burr solo se encogió de hombros y sonrió.

—Eres cantante, ¿verdad? —dijo Minard—. Una cantante bastante buena por lo que he oído. ¿Por qué no te quedas con el jazz? ¿Por qué no...

—Soy más que un canario —interrumpió Ava—. Las mujeres pueden apretar un gatillo igual que un hombre. —Se estaba irritando y lo agradecía. Prefería estar enfadada que triste en este momento. Esta ira podría ser lo que la ayudara a pasar el servicio en la tumba sin derrumbarse en un desastre sollozante.

Dio un paso más cerca de Minard, tratando de mantenerse educada y respetuosa pero firme al mismo tiempo.

—Clarence me dijo una vez que los hombres con los que trabajaba eran como una familia. Que eran como hermanos. Me dijo que si alguna vez le pasaba algo, sus hermanos me cuidarían. Y ahora, aquí estoy respondiendo a tu pregunta honestamente. ¿Puedes hacer algo por mí? Sí: puedes conseguirme un trabajo como detective.

Minard dio dos pasos alejándose de ella, dándose cuenta de que todavía sostenía su mano. La soltó lentamente y miró alrededor de la habitación. La trompeta seguía tocando fuera, y la sala principal estaba vacía excepto por

Ava, el capitán Minard, Roosevelt Burr y el ataúd de Clarence Gold. Jeffrey aparentemente había sido llevado fuera por uno de los amigos de Clarence. Notando esto, Minard puso más firmeza en su voz. Cualquier apariencia de pena o simpatía comenzó a disolverse.

—Vale, Ava —dijo—. Veré qué puedo hacer. Pero te digo de antemano que no serás detective. Simplemente no es un lugar para mujeres. Cualquier trabajo que pueda conseguirte...

Se detuvo aquí, mirando al padre de Ava. Minard seguramente había oído hablar de los días de boxeo de Rosie Burr y estaba eligiendo sus palabras cuidadosamente.

—Cualquier trabajo que pueda conseguirte no tendrá posibilidades de ascenso, pero será un sueldo fijo. Ven a la oficina el lunes y te lo arreglaré.

Ella logró asentir porque tenía miedo de decir algo más. Se sentía como una victoria, claro, pero también se sentía como si algún pez gordo hubiera descubierto su farol. Y de una manera aún más extraña, sentía que era la primera cosa que había hecho desde que Clarence había sido asesinado de la que él estaría orgulloso.

—Gracias —dijo Ava, sin romper el contacto visual.

El capitán Minard se dio la vuelta y dio unos pasos hacia la puerta antes de detenerse y volverse hacia ella.

—Me alegro de que tu padre estuviera aquí para escuchar esto. Así no se me podrá culpar cuando empieces a tener problemas. Y los tendrás. La mayoría de las mujeres no aguantan más de dos semanas.

Con eso, Minard salió por la puerta en dirección a los apagados tonos de la trompeta.

Rosie se rió entre dientes y rodeó con un brazo a su hija.

—¿Qué es gracioso? —dijo Ava.

—La mayoría de las mujeres no aguantan dos semanas —dijo Rosie, citando a Minard—. Una lástima para él que tú no seas «la mayoría de las mujeres», ¿eh?

Ella sonrió, pero por alguna razón, el comentario le provocó lágrimas y sintió que la tensión dentro de ella estaba a punto de romperse. Con la cabeza baja y apoyada en el hombro de su padre, Ava Gold salió y trató de encontrar algún ritmo en esa triste y vieja trompeta mientras se preparaba para enterrar a su marido.

CAPÍTULO TRES

Ava observó la Comisaría 37 desde la acera de enfrente. Por un instante, fue como contemplar una tierra desconocida, un lugar fantástico del que solo había oído hablar. Era un edificio imponente, a un paso de parecer elegante. Destacaba con facilidad como el edificio principal en varias manzanas, cual faro para recordar a los delincuentes dónde acabarían.

Un escalofrío de emoción nerviosa la recorrió mientras cruzaba la calle. Estaba tan ensimismada que casi se planta delante de un Model T. El conductor vociferó algo sobre una «loca de remate», agitando el puño mientras el coche traqueteaba al pasar. Era como si hubiese filtrado el mundo exterior; durante un segundo o dos, el universo entero se había reducido a ella y la Comisaría 37.

Habían transcurrido seis días desde el funeral de Clarence. No parecía tiempo suficiente para seguir adelante, para empezar este nuevo capítulo de su vida. Pero al mismo tiempo, esos seis días se sentían como una eternidad. Además... Clarence no querría que se quedara llorándole. Sentía que estaba haciendo lo correcto, sin duda alguna.

Al entrar, se quedó un poco abrumada. Había un gran espacio abierto y gente pululando detrás de los escritorios y lo que supuso era la «sala común» a la que Clarence se había referido algunas veces. Se acercó al mostrador de recepción y miró al hombre pálido y entrado en carnes sentado detrás.

Él miró a Ava con una sonrisa que parecía auténtica.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Sí, me llamo Ava Gold. Tengo una cita con... bueno, no estoy segura con quién. Pero el capitán Minard me está esperando.

Al mencionar su nombre, la comprensión iluminó sus ojos.

—Ah, sí, por supuesto. La estábamos esperando —cogió el auricular del teléfono interno de su escritorio. Pulsó un botón como si estuviera apuñalando a alguien y esperó un momento. Luego dijo dos palabras al micrófono—: Está aquí.

Ninguno de los dos dijo nada y, mientras pasaban unos segundos, Ava se percató de que otros hombres la miraban al pasar, ocupados en sus tareas matutinas. Algunos no la miraban como un bicho raro como hacía el

hombre corpulento, sino más bien como un jugoso trozo de carne que devorar.

Menos de un minuto después, un hombre de mediana edad salió caminando rápidamente de la sala común hacia el mostrador de recepción. Sus ojos se clavaron directamente en Ava y caminaba como si tuviera prisa. Un bigote casi completamente gris cubría su labio superior y llevaba gafas que hacían que sus ojos marrones parecieran brillar.

—¿Señora Gold? —preguntó el hombre del bigote.

—Sí.

—Encantado de conocerla —dijo. Pareció querer ofrecerle la mano para estrechársela, pero luego aparentemente decidió que podría no ser apropiado—. Soy Wayne Gibb y tengo el placer de enseñarle el lugar. No es una orientación, pero es lo mejor que tenemos —ofreció una sonrisa temblorosa y luego le hizo un gesto para que lo siguiera—. Venga conmigo.

Gibb abrió la pequeña puerta batiente que conducía detrás de la sala común. Cuando Ava pasó, tuvo la sensación de que todos en la comisaría dejaron de respirar por un momento. Se hizo un silencio inquietante y podía sentir sus miradas sobre ella. Supuso que lo entendía, pero eso no lo hacía correcto. La aprobación de la Decimonovena Enmienda no había cambiado tanto como la gente quería creer. Sí, las mujeres podían votar, pero también seguían siendo vistas como nada más que unidades vivas y respirantes para mantener las casas limpias para sus maridos; se esperaba que limpiaran y cocinaran y tuvieran un bebé cada vez que sus maridos pensaran que el momento era práctico.

Hizo lo posible por ignorar esto mientras Gibb la guiaba por la comisaría. Había oído a Clarence hablar de ella innumerables veces, pero verla de cerca era como un sueño. Vio todas las oficinas y pasillos, la galería de delincuentes en la pared de la derecha junto a un grupo de escritorios que supuso pertenecían a los detectives. Vio carteles que indicaban la dirección de la sala de correo, las celdas y hasta el pequeño gimnasio, que sabía, gracias a Clarence, que a menudo se usaba para retener a los prisioneros capturados tarde en la noche para que pudieran ser fotografiados y fichados por la mañana. Deseó poder ponerse poética y emocionarse al darse cuenta de que estaba caminando por los mismos pasillos que Clarence había ocupado una vez, pero no lo hizo. No se atrevía a llorar delante de estos hombres que ya estaban apostando a que fracasaría.

—Usted, por supuesto, será asignada a la Oficina de Mujeres —dijo Gibb—. Hay un buen grupo de señoras en la oficina que la pondrán al día con todo.

Tenía varias preguntas sobre la Oficina de Mujeres, pero no quería parecer demasiado ansiosa o desinformada, así que se mantuvo en silencio. Siguió a Gibb y escuchó su desgana visita guiada por la comisaría: sala de descanso, aseos, sala común, ubicación de los teléfonos internos que conectaban todas las oficinas, armería y la ubicación de la Oficina de Mujeres. No le sorprendió demasiado descubrir que estaba situada cerca de la parte trasera del edificio. También estaba bajando un pequeño tramo de escaleras, como si se aseguraran de que las mujeres supieran que no formaban parte realmente del club de arriba.

Mientras caminaba junto a Gibb, Ava notó cómo muchos hombres la miraban fijamente. Algunos esbozaban sonrisas pícaras. Todo aquello la hizo preguntarse si acaso no les importaba haber pasado varios años trabajando con su marido, conociéndole y respetándole. ¿Acaso todo eso se había esfumado solo porque ella había tenido la osadía de pensar que podía trabajar allí? Se preguntó si Gibb lo sabía. Supuso que sí, si Minard le había asignado a ella. No estaba segura de si agradecía que Gibb no lo hubiera mencionado o si eso la enfadaba.

—Habrà algo de papeleo, por supuesto —dijo Gibb cuando llegaron al pie de las escaleras que conducían a la Oficina de Mujeres—. Pero te lo haremos llegar todo al final del día. ¿Alguna pregunta?

Tenía muchas, pero no quería parecer tonta, así que simplemente hizo la más urgente.

—¿Hay algún tipo de programa de formación?

Gibb se encogió de hombros, y Ava pudo ver que hacía lo posible por contener una sonrisa.

—Estás a punto de recibirlo. Te han asignado como compañera a una mujer que ya está en la oficina. Ella te enseñará cómo funcionan las cosas.

Llegaron al final del pasillo, donde había unas puertas dobles en la pared. Un cartel colgaba del marco que decía NYPDWB. Como si la situación en sí no fuera lo bastante incómoda, pensó Ava, hasta la abreviatura es incómoda.

Gibb abrió la puerta pero no entró. Sonrió y dijo:

—Si tienes alguna pregunta, cualquiera de estas señoras debería poder responderte. Si no, puedes volver arriba y preguntar por mí.

—Gracias —dijo Ava.

Y con eso, Ava entró en la sala y dio el primer paso en el camino que estaba decidida a convertir en una carrera.

Casi al instante, quedó claro que estas mujeres —catorce en total— sabían que nadie las tomaba en serio y lo llevaban con algo parecido al honor. Todas eran cordiales, aunque había algo diferente en todas ellas. Ava pudo notarlo sin siquiera hablar con ninguna.

Una mujer baja y de hombros anchos la recibió al entrar por la puerta. Tenía un rostro poco agraciado, pero su pelo parecía estar muy bien cuidado. Le llegaba justo por encima de los hombros y se movía ligeramente cuando se acercó a Ava.

—Gold, ¿verdad? —preguntó la mujer.

—Sí, es correcto. Ava Gold.

—Ava, me llamo Frances Knight. Yo te supervisaré hasta que te adaptes. He estado aquí desde el principio —que no hace mucho, te lo aseguro— y sé prácticamente todo lo que hay que saber sobre la OM, la Oficina de Mujeres.

Antes de que Ava pudiera decir una palabra, Frances Knight le puso una mano en la espalda y la guio por la sala. Mientras caminaban una al lado de la otra, Ava se dio cuenta de que era fácilmente veinte centímetros más alta que Frances. Echó un vistazo a la sala y notó rápidamente que este lugar, en comparación con el resto del edificio, era poco más que un sótano ligeramente remodelado.

—Tu escritorio está aquí —dijo Frances, señalando un escritorio que parecía un trozo de madera a la deriva frente a ellas—. Y no, no podemos moverlo.

El escritorio era una antigua bestia, empujada hacia la esquina. Era tan viejo y estaba tan marcado que Ava podía imaginar fácilmente que partes de la Constitución habían sido escritas en él. Sobre él había una pila de papeles, junto con dos bolígrafos nuevos.

—El protocolo estándar dice que tienes que leer todos esos documentos —dijo Frances—. No hay exámenes ni formación ni nada que recitar después. Solo tienes que firmar un papel que dice que lo has leído todo y lo entiendes.

—Vale...

—Ahora, si me disculpas, tengo que volver a este informe en el que estoy trabajando. Avísame si tienes alguna pregunta.

Frances hablaba rápido y para cuando empezó a alejarse de vuelta por la sala, Ava sintió como si acabara de sobrevivir a un huracán. Ava miró alrededor de la sala mientras se sentaba y vio que algunas de las mujeres la estaban mirando. También notó que solo unas pocas llevaban maquillaje de algún tipo y sus peinados eran en su mayoría sencillos y apagados. Había nueve mujeres actualmente en la sala, pero catorce escritorios. De esas nueve mujeres, tres la miraban con curiosidad, y otra con algo parecido a preocupación.

Ava apartó la mirada, centrándose en los papeles frente a ella. Empezó a leerlos y se sorprendió de cuánto del lenguaje le recordaba a conversaciones que había tenido con Clarence sobre su trabajo. Había detalles sobre los procedimientos de investigación adecuados, pero era muy breve. Se preguntó cuánto habrían editado los documentos para la OM en comparación con los de los hombres de arriba.

Unos veinte minutos después de empezar a estudiar, llegó a un conjunto de documentos que detallaban cómo debía ser su comportamiento y vestimenta. Algunas cosas la hicieron estremecerse. Estaba escrito de una manera que casi sonaba como si las mujeres que trabajaban en la Comisaría 37 no fueran más que mascotas.

Mientras leía las directrices sobre la Vestimenta Apropiada para Mujeres, una mujer delgada de barbilla afilada se inclinó sobre su hombro.

—Lo mejor que puedes hacer con esa información —dijo esta mujer— es llevártela a casa y usarla como papel higiénico. No importa lo que te pongas por aquí, los hombres te seguirán mirando. Y créeme, cariño, no es halagador.

—Lo que realmente no soportan —intervino otra mujer desde un escritorio cercano— es cuando te olvidas de ponerte el sujetador.

Hubo un estallido de risas ante esto, pero tan pronto como empezó, se apagó. Algunas de las mujeres parecieron sentirse culpables por divertirse y volvieron a mirar directamente los archivos y el papeleo en sus escritorios.

La mujer alta de barbilla afilada suspiró.

—Eso —dijo— se llama risa. No se oye mucho por aquí en la OM. Las mujeres, por si no lo sabías, deben ser vistas y no oídas... A la mierda la Decimonovena Enmienda.

—Esperaba que fuera diferente aquí —dijo Ava.

—Puede serlo, de vez en cuando. —La mujer entonces hizo algo que Ava nunca había visto hacer a una mujer; le ofreció la mano para estrecharla, como si fueran dos hombres sentándose a charlar—. Me llamo Lottie Mattingly —dijo.

—Ava Gold —respondió Ava, tomando la mano de la mujer y estrechándola. El apretón de Lottie era firme y fuerte. Ava decidió que le caía bien Lottie Mattingly de inmediato.

—Sabes, algunas de nosotras nos cruzamos con tu marido de vez en cuando —dijo Lottie—. Era un hombre estupendo. Uno de los pocos a los que no les importaba trabajar con nosotras. Éramos compañeras detectives para él, no solo tías. —Frunció el ceño y añadió—: Siento mucho tu pérdida.

—Gracias. Él era...

Se vio interrumpida por un ruido estridente. Tardó un momento en darse cuenta de que era el teléfono. Ava nunca había oído uno tan fuerte. Traqueteaba y sonaba como una alarma. Notó que incluso algunos de los habituales dieron un respingo, llevándose la mano al pecho y soltando risitas nerviosas.

Ava miró alrededor de la sala mientras el teléfono sonaba por segunda vez. Al otro extremo de la habitación, Frances mascullaba una retahíla de maldiciones mientras se levantaba de su escritorio, bolígrafo en mano, y se dirigía al teléfono de la casa instalado en la pared de bloques de hormigón.

—Aquí Knight —anunció Frances al teléfono. Ava observó que sostenía el auricular junto a su cabeza como si no se fiara de él, como si fuera un arma cargada en lugar de un teléfono—. Sí, señor —dijo Frances, asintiendo mientras seguía la conversación—. Sí, señor. Por supuesto... ¿Está seguro? Sí, lo siento, por supuesto. Sí, señor.

Frances colgó el auricular en la base del teléfono y suspiró. Miró a la sala, negando con la cabeza. Muy bajito, dijo:

—Menudo hatajo de pazguatos.

—¿Qué pasa? —preguntó una de las mujeres. Ava vio que todas miraban a Frances con algo parecido a la expectación. Le hizo pensar que no solían recibir llamadas de los hombres de arriba.

Frances miró directamente a Ava y suspiró.

—¿Has terminado ya con esos papeles?

—Casi. ¿Por qué?

—Sáltate lo que queda y firma rápido —dijo Frances—. Acabo de recibir una orden directa del capitán Minard. Quiere que te lleve de patrulla.

Se produjo un revuelo de conversaciones entre las mujeres. Algunas sonaban casi divertidas mientras que otras estaban claramente horrorizadas. Ava notó que algunas le lanzaban miradas de lástima, como si fuera un cordero a punto de ser llevado al matadero.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Ava—. Ni siquiera llevo aquí dos horas.

—Ya lo sé —dijo Frances.

—Está intentando demostrar algo —dijo Lottie desde su escritorio—. Quiere que te asustes. Quiere que dudes de ti misma.

A Ava le llevó un tiempo atar cabos y cuando lo hizo, se sintió enfadada y avergonzada.

—Entonces, ¿todos lo sabéis...?

—¿Que le pediste trabajo en el velatorio de Clarence? —dijo Lottie—. Sí, lo sabemos. Y nadie aquí te juzga. Si pudiera cargarme yo misma al cobarde que lo mató, lo haría. Solo puedo imaginar cómo te sientes.

—En otras palabras —dijo Frances, tirando su bolígrafo sobre el escritorio con frustración—, estate lista en cinco minutos. Tú y yo vamos a salir a la calle.

Como no tenía ni idea de que estaría de patrulla en su primer día, Ava se había vestido de forma modesta pero profesional. El vestido morado de día había sido uno de los favoritos de Clarence, así que le pareció apropiado. El vestido estaba bien para caminar una ruta de patrulla, pero los zapatos estilo charleston le iban a destrozar los pies en pocas horas. Después de la primera manzana, se hizo una nota mental para conseguir mejores zapatos para caminar.

También se fijó en las calles. Caminar por la calle a esa hora del día era un claro recordatorio de que la ciudad ahora tenía casi seis millones de habitantes, y el lugar parecía crecer cada día. Olía a colonia, perfume y un ligero tufillo a licor de donde la fuerza policial prohibicionista había estado recientemente vertiendo alcohol en las alcantarillas. Y aunque se había acostumbrado un poco a la imponente presencia de los rascacielos recién construidos, no podía evitar sentirse como una hormiga en medio de todo aquello.

—Ah, esto es para ti —dijo Frances mientras cruzaban apresuradamente un paso de peatones. Le entregó a Ava un pequeño silbato con una cadena —. Llévatelo colgado al cuello y sopla si ves algo que requiera la atención de la policía.

—Pero, ¿no somos nosotras la policía? —dijo Ava.

—Lo somos. Pero somos mujeres. Vemos delitos, tocamos el silbato y los hombres vienen corriendo.

Un destello familiar de ira y resentimiento surgió en Ava. Nunca se le había dado bien aceptar la posición de segunda clase de la mujer en el mundo.

—¿Eso no da tiempo a que los delincuentes escapen? —dijo Ava.

—Sí, y es una forma estúpida de hacer el trabajo. Pero es... —Frances hizo una pausa cuando llegaron a la siguiente calle y apartó a Ava a un lado —. Escúchame. Este es un mundo de hombres. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Si querías este trabajo pensando que había igualdad dentro de la policía, más vale que hagas las maletas y te vayas a casa ahora mismo. No me malinterpretes... puede ser gratificante y puede poner a mujeres merecedoras en el punto de mira durante un día o dos. Y de vez en cuando, quién sabe, tal vez incluso puedas participar en algo emocionante. Pero la mayor parte del tiempo... esto es todo. Recorrer la ronda y parecer inocente y sin importancia. Es un fastidio, pero también es genial. La mayoría de los hombres capaces de cometer delitos nos ven y somos solo dos mujeres cualquiera. Y contigo... bueno, ven a una belleza. Nunca esperarían que fueras policía.

—¿Policía?

—Es como algunos de estos sinvergüenzas de la calle llaman a los agentes.

—Ah.

—Así que tú sigue estando guapa y mantén ese silbato escondido bajo el vestido. Y hablando del vestido, parece que realmente necesitas prestar más atención a esas directrices de vestuario.

Con su típico estilo arrollador, Frances empezó a caminar en el momento en que la última palabra salió de sus labios. Sin volverse hacia Ava, siguió hablando. Ava notaba que a la mujer le gustaba su trabajo y que quería que a otras mujeres les fuera bien. Era el tipo de mujer que había aceptado que las mujeres eran vistas como subordinadas y no solo lo había asumido, sino que parecía usarlo a su favor.

—A menos que haya un gran cambio —decía Frances—, tus patrullas te mantendrán por Morningside Heights y Harlem. Tasas de delincuencia bajas y una ronda fácil. Quizás veas robos menores o discusiones cuando los hombres salen a trabajar. Pero poco más. Ahora, si tú...

Frances fue interrumpida por un hombre que pasó junto a ellas. Tenía una sonrisa maliciosa en la cara cuando dijo:

—Eh, preciosa. ¡Déjame ver lo largas que son esas piernas! —Se rio mientras seguía caminando en dirección contraria.

—Y más vale que te acostumbres a eso también —dijo Frances—. Veamos, seamos realistas. Mírame. Fíjate bien. Yo no recibo muchos comentarios así. Pero algunas de las otras chicas sí. Y no hay mucho que puedas hacer al respecto. En algún momento te darán una placa, pero a la mayoría de los hombres les importa un bledo.

—¿Les importaría si les diera un puñetazo en la boca? —dijo Ava.

—Quizás —dijo Frances, sonriendo—. Pero es una forma segura de perder el trabajo. Aunque me gusta ese espíritu combativo. ¿Viene de estar casada con Clarence?

—Y de tener un boxeador como padre. Solía entrenar con él de vez en cuando.

—¿Boxeo de verdad?

—Sí —dijo Ava, intentando no sonar demasiado orgullosa.

—Bueno saberlo. Haré lo posible por mantenerme en tu lado bueno.

Siguieron caminando, continuando la ruta mientras Frances hablaba largo y tendido sobre qué esperar. Le dijo a Ava que, en general, la WB no se aventuraba en barrios más duros como el Lower East Side o el Barrio Italiano.

—Ahí es donde se juntan muchos de esos capullos mafiosos —explicó Frances—. No es el mejor lugar para una mujer, aunque tenga experiencia en boxeo. No me malinterpretes... las cosas también pueden ponerse turbias por aquí. La prostitución es un problema creciente y los bares clandestinos siguen apareciendo por todas partes. Así que mantén los ojos abiertos para ese tipo de cosas. Y oye, es bastante fácil: busca mujeres vestidas como fulanas y hombres con la cara roja que tengan problemas para caminar.

Era extraño, pero con cada manzana que pasaban y con más información de Frances, Ava empezaba a sentirse más cómoda con el trabajo, a pesar del vestido de día y los zapatos de charlestón. Gran parte de ello se debía al orgullo y la emoción que Frances transmitía por el trabajo;

estaba tan contenta de mostrarle los alrededores, de traer a otra mujer a la WB. Aunque Ava todavía se sentía absolutamente como la novata inexperta del barrio, ya empezaba a sentir un cierto orgullo por lo que este trabajo podría significar.

La mañana avanzaba y el calor del verano se mantenía relativamente soportable. Había sido un verano mayormente fresco, lo que suponía que agosto y septiembre iban a ser asfixiantes. No estaba segura de cuánto habían caminado ella y Frances cuando sus pies realmente empezaron a quejarse, aunque calculó que sería alrededor de un kilómetro y medio o así.

—Lo siento mucho —dijo Ava—. Necesito parar un momento. Estos malditos zapatos...

—No hay problema. De verdad que ojalá alguien te hubiera avisado de lo que ibas a pasar hoy. Caminar una ronda con esos zapatos tiene que ser una tortura. ¿Tienes zapatos diferentes en casa?

—Sí —dijo Ava, apoyándose contra la pared de una carnicería. Se quitó el zapato derecho y dejó que su pie respirara—. Un bonito par de Mary Janes de suela plana que...

El grito de una mujer detrás de ellas la interrumpió.

—¡Eh! ¡Que alguien lo pare! ¡Ladrón!

Ava y Frances se giraron en esa dirección justo a tiempo para ver a un chico adolescente corriendo hacia ellas. Sus ojos miraban fijamente al frente mientras apretaba un pequeño bolso contra su pecho. Llevaba una gorra de estilo newsboy, calada hasta las cejas. Ava vio a Frances ir a por su silbato, pero el adolescente era demasiado rápido. Pasó junto a Ava, aparentemente asumiendo que su postura apoyada contra la carnicería era por miedo y dejándola pasar. Luego dio un fuerte empujón con el hombro en el pecho de Frances, haciéndola tambalearse contra el edificio. La visión de esto envió una descarga de adrenalina a Ava y empezó a perseguirlo con un zapato aún quitado. Cerró las manos en puños, recordando las lecciones que su padre le había dado. Era diestra, pero pensó que empezaría con un jab de izquierda cuando lo alcanzara, sorprendiéndolo lo suficiente para colar ese devastador gancho de derecha en su mandíbula.

Pero después de tres zancadas, Ava se detuvo. Recordó lo que Frances había dicho antes, sobre cómo perseguir o atacar a un delincuente podría resultar en una reprimenda o incluso en la pérdida del trabajo, un trabajo en el que ni siquiera llevaba un día entero.

Sin embargo, al mismo tiempo, un sentido de la justicia surgía desde lo más profundo de su ser. Le decía que de ninguna manera Clarence aprobaría que se quedara quieta y soplara un silbato. Con la adrenalina y la ira tomando ahora el control, Ava se quitó el otro zapato, los lanzó en dirección a Frances, y echó a correr.

Casi como si fuera una señal, Ava pasó por delante de una tienda que estaba poniendo música jazz. Apenas podía oírla, pero la línea de bajo y las trompetas estridentes parecían animarla. Corrió por la manzana, atrayendo la atención de todos los transeúntes. Sacó el silbato de debajo de su vestido. Se lo llevó a la boca y sopló. Fue mucho más fuerte de lo que esperaba y pareció sacudir el interior de su cabeza. Mientras soplaba por segunda vez, se percató de que Frances iba tambaleándose detrás de ella, gritándole advertencias. Ava sabía que ya estaba incumpliendo muchas normas, pero ya era tarde. Estaba persiguiendo al ladrón y lo tenía a la vista. Pensó que en algún momento, el silbato podría alertar a otro policía y atraparían al tipo.

Y si no, si alcanzaba al joven ladrón antes de que un hombre pudiera venir al rescate, tendría que placarlo. Vaya... quizás tropezó y cayó sobre él o algo así.

Ava saltó entre la escasa multitud de gente a lo largo de la calle 101, soplando su silbato por tercera vez. Ni siquiera estaba segura de cuánto había corrido, soplando el dichoso silbato. ¿Tres manzanas? ¿Cuatro?

Entonces se dio cuenta de que soplar el silbato era contraproducente. Estaba alertando al ladrón de dónde estaba ella. Y aunque sabía que su único trabajo era soplar esa cosa hasta que apareciera un policía masculino, le parecía no solo estúpido, sino anticuado. Apartó el silbato de sus labios y lo dejó caer sobre su pecho.

Llegó al final de la manzana donde el ladrón de bolsos había girado a la izquierda. Fue allí donde Ava vio un estrecho callejón que corría entre una pequeña tienda de caramelos y una tienda de granos y tabaco. Estaba mayormente despejado, bloqueado solo por unas pocas cajas y cubos de basura. Ava se detuvo, las plantas de sus pies con medias raspando en la acera, y se lanzó por el callejón. Sabía que llegaría justo antes del final de la manzana y lo alcanzaría antes que el ladrón porque él tenía que lidiar con el tráfico peatonal y ella no. Saltó sobre una caja, sintiendo la arenilla y la viscosidad general del callejón contra sus pies con medias. Aun así, corrió

con fuerza, el silbato olvidado, el protocolo olvidado, incluso Frances parcialmente olvidada.

Ava llegó al final del callejón y miró a la derecha. Vio a algunas personas apartándose apresuradamente y supo por qué de inmediato. Se lanzó en esa dirección y vio al ladrón atravesando la multitud de gente. Entonces se llevó el silbato de nuevo a la boca, esperó a que se acercara más y sopló con fuerza.

El sonido, tan cerca, lo sorprendió. Mientras Ava avanzaba, vio que casi dejó caer el bolso. Luego se dio la vuelta y regresó por donde había venido. Miró hacia atrás una sola vez, con los ojos ahora abiertos de miedo, y en ese momento corrió directamente a los brazos de otro policía. Era un agente de unos dos metros de altura, con hombros como losas de granito. El ladrón rebotó un poco, pero fue atrapado por el policía. El ladrón fue empujado contra la pared de la tienda de la que el agente acababa de salir, y mientras el agente lo esposaba, se escuchaba un zumbido confuso de los transeúntes.

El policía presionó al ladrón contra la pared y luego miró a Ava. Entrecerró los ojos y negó con la cabeza como si estuviera a punto de reprender a un perro terco.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le espetó.

—Persiguiendo a un ladrón —respondió Ava sin pensarlo mucho.

—¡Y causando un alboroto! Se suponía que debías soplar tu silbato y nada más.

—¡Lo hice! Estoy segura de que lo oyó. Pero si no lo hubiera perseguido...

Pero el policía ya había apartado la mirada de ella. Ava quería seguir defendiendo su punto, pero sabía que era inútil. Esa pequeña derrota le permitió bajar de la adrenalina del momento y cuando lo hizo, se dio cuenta de que se había excedido. Debería haber escuchado a Frances. Debería haber...

—¿Gold?

Ava miró alrededor y vio a Frances saliendo del callejón. Estaba jadeando y la miraba con una extraña mezcla de satisfacción y enfado. Se apresuró hacia Ava, negando con la cabeza de la misma manera que lo había hecho el policía.

—Te dejaste esto —dijo Frances, entregándole a Ava sus zapatos—. Además... ¿en qué estabas pensando?

—Lo siento. Es que... no podía simplemente dejarlo escapar mientras me quedaba allí soplando mi estúpido silbato.

—Soplar ese estúpido silbato es tu trabajo. Perseguir a delincuentes no lo es.

Había varias cosas que Ava quería decir, pero mantuvo la boca cerrada. Era su primer día en el trabajo y ya había incumplido varias normas. Observó cómo el policía se llevaba al ladrón. No le dio las gracias y ni siquiera se molestó en mirar atrás para fruncirle el ceño de nuevo. En lo que respectaba al policía, ella no había hecho nada más que saltarse las normas.

—Me caes bien, Gold —dijo Frances—. Pero si quieres triunfar en este trabajo, tienes que aguantarte y hacer lo que se te dice. Y por favor, por el amor de Dios, no vuelvas a hacer algo así nunca más.

Ava no dijo nada. Se dio un momento para que su enfado se calmara poniéndose los zapatos. Cuando ella y Frances comenzaron a caminar, continuando su patrulla, trató de procesarlo todo. Y aunque sabía que había sido su silbato el que había alertado a los policías, Ava aún sentía que había fallado de alguna manera. Y si este había sido su primer día, se preguntaba qué le depararía el mañana.

CAPÍTULO CUATRO

El Club de Boxeo de Roosevelt estaba tranquilo y casi vacío cuando Ava entró. Se oía un ritmo rápido proveniente del fondo, donde alguien practicaba con los sacos de velocidad. Aunque tenía los pies doloridos y había sido un día desmoralizador, todo se desvaneció cuando contempló las vistas y olores familiares del pequeño gimnasio.

También había varios sacos de boxeo en la parte trasera, junto con algunos equipos de musculación de segunda mano. Dos hombres estaban entrenando en uno de los cuadriláteros bajo la atenta mirada de un entrenador. El hombre que hacía ejercicios de velocidad en uno de los sacos del fondo estaba siendo supervisado por su padre, que observaba con los brazos cruzados y una mirada seria en el rostro.

Vio que el hombre del saco de velocidad iba un poco descompasado. Sus muñecas se bloqueaban ligeramente en cada golpe mientras esperaba a que el pequeño saco volviera hacia él. Se acercó tímidamente, observando con la misma mirada intensa que su padre. Cuando Roosevelt Burr vio a su hija, sonrió cálidamente y dio una palmada en el hombro al aprendiz.

—Tómate un descanso, ¿vale? —dijo Roosevelt al hombre. Era un chico joven, probablemente de poco más de veinte años. Asintió, con gotas de sudor cayendo de su pelo alborotado.

Roosevelt miró de Ava al saco de velocidad y dijo:

—¿Quieres enseñarle cómo se hace?

Ella quería... bastante, de hecho. Pero también solo quería recoger a Jeffrey e irse a casa. Podría venir algún día del fin de semana y trabajar los sacos, quizás incluso hacer un poco de sparring. Había algunos habituales del club de su padre que aún entrenarían con Ava en el cuadrilátero, aunque había un número mayor que no lo haría. Llevaba lanzando golpes en esos cuadriláteros durante la mayor parte de los últimos diez años y había llevado al límite a al menos una docena de hombres, tanto pijos como matones. Puede que los hombres de la Comisaría 37 no supieran lo dura que era, lo excelente luchadora que era, pero prácticamente todos los hombres que habían pisado el Boxing de Roosevelt lo sabían de sobra.

—No, gracias —dijo—. Ha sido un día horrible y me gustaría irme a casa. Está, por supuesto, el asunto de mi hijo.

Roosevelt se rió entre dientes.

—Está en la parte de atrás, atando los cordones de algunos de los guantes más viejos.

—Me alegro de que le hayas puesto a trabajar.

—¿Sabes? Es como un rayo en los sacos también. No tan bueno como tú, pero... con el tiempo, quién sabe.

Ava se dirigió hacia la parte trasera, pero sus oídos seguían atentos al combate de entrenamiento que tenía lugar en el cuadrilátero detrás de ella. Podía oír el repiqueteo del juego de pies, el golpeteo de guante contra guante, guante contra cuerpo. De una manera extraña, era como la música de jazz que había llegado a amar y por la que se había obsesionado ligeramente. Había una complejidad en ello, un ritmo que seguir, pero también mucha improvisación. Quizás por eso las dos cosas —el boxeo y el jazz— siempre le habían atraído.

Encontró a Jeffrey en el pequeño cuarto de equipamiento. Estaba ocupado atando los cordones de un par de guantes muy usados. Había algunos pares más ya atados a su derecha.

—Así que el abuelo te ha puesto a trabajar, por lo que veo —dijo Ava.

—Sí, un poco. Pero me ha dejado jugar en los cuadriláteros. ¡Y me ha dejado golpear los sacos!

—Eso he oído. ¿Estás listo para irnos a casa?

Jeffrey asintió mientras terminaba de atar los cordones de los guantes. Los dejó a un lado y fue directamente a Ava para darle un abrazo. Fue apretado y enterró su cabeza en el hombro de ella. Esto era algo nuevo, algo que solo había empezado a hacer desde el funeral. A ella no le importaba en absoluto, aunque deseaba que hablara abiertamente sobre cómo se sentía. Su insistencia en mantener todas las emociones bien enterradas era algo que había heredado de ella, así que lo entendía.

Volvieron a la sala de entrenamiento donde los hombres del cuadrilátero habían dejado de entrenar. En los sacos, el joven sudoroso había vuelto a golpear los sacos de velocidad. Roosevelt cruzaba la sala para encontrarse con ellos, agachándose para dar un abrazo de despedida a Jeffrey.

—¿Estáis bien? —preguntó, levantando la mirada desde su postura agachada hacia Ava.

—Sí, papá. Estamos bien. Solo... necesito estar en casa. Es...

Lo que casi dijo fue "es el único lugar donde aún lo siento", pero decidió no hacerlo. Sabía que su padre había dado un paso al frente

inmediatamente, queriendo llenar el papel de una figura paterna fuerte en la vida de Jeffrey. No quería que pensara que estaba al borde de convertirse en un desastre lloroso.

—¿Necesitas que lo cuide mañana? —preguntó Roosevelt—. Ya sabes que encaja bien por aquí.

—Mañana y el viernes, si te parece bien. Buscaré otra solución pronto, pero ahora mismo...

—No digas tonterías —dijo Roosevelt—. Me encanta tenerlo aquí. Puede quedarse aquí siempre que lo necesites.

—No sé si me gusta que Jeffrey esté rodeado de todo esto —dijo ella.

—¿Y por qué no? —preguntó Roosevelt con fingida ofensa en su voz—. Tú estuviste bastante por aquí, si mal no recuerdo. Y has salido bastante bien. —Luego miró a su nieto y dijo—: ¿Sabías que tu madre solía entrenar conmigo y con algunos de los muchachos de aquí?

—¿Qué? —preguntó Jeffrey, con los ojos como platos. Miró a Ava como si la viera por primera vez.

—Gracias por eso, papá —dijo ella con una sonrisa—. Ahora vuelve con tu alumno. Y por el amor de Dios, dile que afloje las muñecas.

Roosevelt le dio un rápido abrazo y luego hizo exactamente eso. Ava entonces condujo a Jeffrey fuera del club de boxeo y a las calles que ahora le pagaban por ayudar a proteger.

Caminaron a casa mayormente en silencio mientras Jeffrey hacía pequeños movimientos de boxeo, con los puños cerrados y los ojos entrecerrados. Era solo un paseo de tres manzanas, pero los pies de Ava estaban bastante cansados cuando llegaron a casa.

El hogar era un pequeño piso del que siempre había temido que ella y Clarence no pudieran permitirse. Pero se las habían apañado bastante bien gracias a los hábitos ahorradores de Clarence. Ahora, con él ausente, el piso parecía demasiado grande y le recordaba lo importante que era mantener este trabajo. Si seguía persiguiendo a delincuentes e ignorando normas y protocolos, podrían perder su hogar.

Ambos estaban cansados —Ava de su primer día de patrulla y Jeffrey de su trabajo manual en el club de boxeo con su abuelo— así que la hora de dormir llegó pronto. Ava aún no se acostumbraba a acostar a Jeffrey ella sola. Clarence solía participar al menos en parte, aunque fuera simplemente gastando bromas o luchando juguetonamente con el niño para meterlo en la cama.

—¿Por qué no me dijiste que eras boxeadora? —preguntó Jeffrey mientras ella lo arrojaba. La pregunta le llegó a Ava como una bala; era un tema que ahora parecía casi peligroso. Ahora ella era la única progenitora y la forma en que su hijo la veía parecía más importante que nunca.

—No era boxeadora —dijo—. Solo pasaba mucho tiempo en el club de boxeo justo después de que tu abuelo dejara de boxear. Incluso iba con él cuando entrenaba cuando aún peleaba de vez en cuando. Practicaba con él y, después de un tiempo, me volví bastante buena.

—¿Se permite siquiera a las mujeres en los clubes de boxeo? —preguntó Jeffrey.

—En la mayoría no. Pero a tu abuelo no le importa.

—¿Y peleabas contra hombres?

—Entrenaba con hombres. Hay una diferencia.

—Sí, pero les ganabas?

Ava sonrió. —Sí, lo hacía. Ahora... no más de eso. Necesitas dormir si vas a ayudar al abuelo otra vez mañana.

Jeffrey aceptó la derrota y apoyó la cabeza en la almohada. Su habitación era pequeña pero ordenada, como la mayoría de las otras habitaciones en su piso bastante sencillo. Nunca les había faltado nada, pero ni ella ni Clarence eran del tipo que gasta dinero solo por gastarlo.

—¿Puedes contarme un cuento? —preguntó Jeffrey.

Era otra pregunta que dolía. Clarence siempre había estado a cargo de los cuentos para dormir. Sus historias estaban llenas de aventuras atrevidas de detectives heroicos, a menudo ocurriendo en las calles que Jeffrey veía todos los días. Como madre, quería poder contar tales historias a su hijo, pero su corazón se cerraba como una caja fuerte en su pecho cuando pensaba siquiera en intentarlo.

En lugar de responder directamente, Ava se sentó en la cama junto a donde Jeffrey yacía y le revolvió el pelo. —¿Sabes cómo me dijiste hace unos días que no estabas listo para hablar sobre cómo te sientes ahora que tu padre se ha ido? Que ni siquiera estabas seguro de qué dirías.

Jeffrey asintió. No la miró durante un rato, aunque sí extendió la mano y tomó la de ella.

—Al igual que tú, hay algunas cosas en las que necesito pensar... algunas cosas a las que necesito acostumbrarme. ¿Lo entiendes?

De nuevo, todo lo que obtuvo fue un asentimiento.

—Bueno, por mucho que odie decirte que no a algo como esto, no puedo soportar ni siquiera intentar contar un cuento para dormir. Creo que podré hacerlo alguna vez... y probablemente bastante pronto. Pero ahora mismo, tan poco después de que nos lo hayan arrebatado, creo que dolería demasiado. ¿Entiendes eso?

Esta vez cuando asintió, una lágrima se deslizó del ojo izquierdo de Jeffrey y recorrió su mejilla. —¿Le echas de menos? —preguntó Jeffrey.

—Sí —dijo Ava—. Cada segundo del día.

—¿Fue agradable estar hoy donde solía trabajar? —preguntó Jeffrey.

—Sabes, esa no es una pregunta fácil de responder. —Suspiró y se inclinó hacia Jeffrey, besándolo en la frente—. Te quiero, Jeffrey.

—Yo también te quiero. —Se movió bajo las sábanas para ponerse cómodo, pero Ava no se levantó.

En su lugar, se quedó sentada allí un rato, escuchando la respiración de su hijo mientras se dormía. Lo que casi le había dicho a su padre era la verdad: su piso era el único lugar donde realmente sentía a Clarence todavía. Pero también era como caminar por una tumba. Porque era más que solo cuentos para dormir. Era el salón, la cocina, el dormitorio y su lecho matrimonial. Todo en su vida se sentía mucho más vacío sin Clarence.

Y por ahora, solo estaban ella y Jeffrey para llenar estos espacios. Tenía algunos espacios del tamaño de Clarence que llenar en las próximas semanas, meses y años, siendo los cuentos para dormir solo una de esas cosas. Pensó, en el fondo, que tal vez por eso había pedido el trabajo en la comisaría. Era otra forma de mantener a Clarence cerca y de traer algo a su vida que había sido una gran parte de la vida de él.

Lloró silenciosamente por él mientras Jeffrey se dormía a su lado. Y más tarde, cuando ella también se quedó dormida en la cama de Jeffrey, una de las últimas cosas que pasó por su cabeza fue la imagen del joven ladrón de hoy... de cómo había tenido que contenerse, soplando en ese estúpido silbato para que algún hombre viniera a salvar el día.

Y, de todos modos, ¿qué clase de cuento para dormir sería ese?

Aun así, el piso estaba en silencio y el anhelo que sentía por Clarence era como ahogarse. Pero este piso era suyo ahora. Ella y Clarence habían vivido y amado aquí, habían criado a su hijo aquí. Y si someterse al protocolo y a reglas sexistas era lo que iba a tomar para asegurarse de que lo mantuvieran, haría lo mejor posible. Mañana era un nuevo día, y se

prometió a sí misma (y, en cierta medida, a Jeffrey) que haría todo lo posible para asegurarse de seguir las reglas de ahora en adelante.

CAPÍTULO CINCO

Ava no llevaba ni cinco minutos sentada en su escritorio cuando Frances apareció, mirándola con compasión.

—Veo que hoy te has puesto unos zapatos más sensatos —dijo Frances. Ava miró sus zapatos cómodos y asintió.

—Por si acaso.

—Pues has sido lista. Tú y yo vamos a estar de patrulla todo el día.

—¿Todo el día? —preguntó Ava.

—Sí, todo el turno. Tendremos un descanso para comer, pero aparte de eso, estaremos en la calle.

Ava miró su escritorio y asimiló la información. Supuso que tenía sentido que la pusieran a prueba de inmediato, que Minard cumpliera la velada amenaza que había hecho en el velatorio de Clarence. No solo había pedido esto, sino que lo había hecho sabiendo que estaría a la sombra bien definida que su marido había dejado en la comisaría 37. Eso, más el hecho de ser mujer, hacía parecer que toda la situación estaba diseñada para fracasar.

—Prepárate y reúnete conmigo en el vestíbulo en quince minutos. Y tómate un café, va a ser un día largo.

Ava asintió mientras Frances volvía a su escritorio para prepararse. Luego apartó lentamente el documento sobre el Protocolo de Arresto Adecuado que había estado leyendo y se quedó en silencio un momento, intentando centrarse antes de enfadarse con Minard y los de arriba que parecían querer que huyera asustada.

Pero el momento no duró mucho. Lottie se acercó con una sonrisa cómplice. Ava empezaba a entender que Lottie era una especie de agitadora, el tipo de mujer que siempre tenía algo que decir sobre cualquier orden de arriba que no le gustara. Ava se preguntó si habría sido una de esas mujeres que armaron suficiente escándalo para que finalmente se aprobara la Decimonovena Enmienda hacía una década.

—Oye, podría ser peor —dijo Lottie—. Podrías estar emparejada conmigo. Suelo llamar la atención cuando estoy de patrulla.

—Vamos, no puedes ser tan mala —dijo Ava—. No peor que lo que hice yo ayer, en cualquier caso.

—Ah sí, sobre eso —dijo Lottie—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Supongo que no pensaba.

—Eso está claro —dijo otra de las mujeres. Era una chica alta y delgada llamada Myra. Era guapa, pero lo sabía demasiado bien, lo que la hacía un poco menos atractiva—. Desde luego tienes agallas. Pero a los polis... no les gustan las mujeres con agallas.

—¿Aunque estemos en el mismo equipo? —preguntó Ava.

—Pero no estamos en el mismo equipo —dijo Frances—. Puede que estemos en el mismo edificio, pero ¿ves dónde nos han puesto? En la planta baja. Lejos del verdadero trabajo policial.

—No nos malinterpretes —dijo Lottie—. Eres una chispa, eso seguro. Y nos caes bien. Así que, por favor... contrólate. Otro arrebató como el de ayer y estás fuera.

—Triste pero cierto —dijo Frances.

—Todas te apoyamos —dijo Myra, batiendo sus pestañas exageradas.

—Tiene razón —dijo Lottie—. Toda la comisaría perdió a un buen hombre cuando murió Clarence. Supongo que se te pegó algo de él, y quizás tú a él también. En cualquier caso, es bueno saber que de alguna manera sigue por aquí.

Lottie le guiñó un ojo y volvió a su escritorio. Ava vio entonces a Frances coger su silbato del cajón y colgárselo al cuello. Sin ver motivo para retrasar lo inevitable, Ava también cogió su silbato. Entendía que estar en la calle todo el día iba a ser duro y agotador, pero prefería esa idea a estar sentada detrás de un escritorio todo el día revisando papeleo.

—¿Lista? —preguntó Frances al ver a Ava dirigirse a la puerta.

—Creo que sí —dijo Ava, esbozando una sonrisa que casi parecía genuina.

Salieron y esta vez Frances se dirigió al oeste, hacia una zona de la ciudad que apenas habían tocado el día anterior. Ava la conocía bien; estaba justo en el límite de Harlem, donde había cantado con varios grupos de jazz. Había causado revuelo, una mujer blanca cantando con un grupo de músicos mayoritariamente negros. Pero el racismo, en opinión de Ava, era tan estúpido como el sexismo. Cantar en algunos de esos clubes había sido una de las mejores experiencias de su vida. Y las pocas veces que había visitado el Cotton Club como espectadora habían sido fundamentales en su

amor por el jazz y la pasión que la mantendría cantando durante varios años.

A los tres bloques, pudo oír el retumbar de un bajo y el lamento de un saxofón. Sabía que solo eran músicos calentando, ya que era demasiado temprano para cualquier espectáculo. Aun así, la hacía sentir cómoda, más en casa.

—Oí que solías ser cantante, ¿no? —preguntó Frances.

—Aún lo soy —dijo Ava—. Siempre que tengo la oportunidad. Algunos músicos solían llamarme, pianistas sobre todo. Pero las llamadas dejaron de llegar. A algunos no les gustaba que cantara con una banda negra.

Frances se encogió de hombros.

—A mí la música me transporta, ¿sabes? A veces vengo aquí solo para relajarme. Y como está en mi ruta de patrulla, no estoy rompiendo ninguna norma. A veces encuentro uno de estos antros de jazz y me planto justo fuera, escuchando. Blancos... negros... me da igual si son verdes. Si pueden tocar música así, ¿a quién le importa de qué color sean?

Caminaban despacio por la zona, adentrándose en Harlem y pasando por otro pequeño club donde alguien hacía una prueba de sonido. Alguien tocaba unas notas del estribillo de «Downhearted Blues» de Bessie Smith. Ava se encontró tarareando, casi olvidando que estaba trabajando, hasta que se toparon con una discusión en la esquina.

Ava intentó analizar rápidamente la situación. Un limpiabotas estaba insultando al cliente con todos los improperios habidos y por haber. Aún no habían alzado demasiado la voz, pero en unos instantes iba a montar un espectáculo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Frances.

—¡Este imbécil me debe cinco céntimos, eso es lo que pasa!

—¡No por este trabajo lamentable! —se quejó el cliente.

Ava no sabía cómo resolver la disputa. ¿Acaso el cliente, un tipo apuesto con pinta de banquero, tomaría en serio la autoridad de una mujer policía? Observó a Frances, ansiosa por aprender.

Frances echó un vistazo a los zapatos y luego miró al hombre.

—No brillan como espejos, pero están bastante limpios. ¿De verdad va a quedar como un idiota por cinco céntimos?

—Este chico tiene que aprender el valor del trabajo duro. Un trabajo chapucero no le llevará a ninguna parte.

—Ni discutir con un crío en plena calle le llevará a usted a ningún sitio. Esa chaqueta que lleva... ¿cuánto le costó?

—Bueno, eso no es asunto suyo.

—Dele los cinco céntimos al chico. No sea burro.

El hombre miró el silbato en el cuello de Frances y Ava vio cómo ponía los ojos en blanco. La reconocía como policía, sí, pero el gesto indicaba que para él no eran más que unas tontas jugando a disfrazarse.

El hombre sacó una moneda de cinco céntimos del bolsillo y se la lanzó al chico. El muchacho, ágil y rápido, la atrapó en el aire y le dedicó una gran sonrisa al tipo con pinta de banquero.

—Gracias, señor.

El hombre miró a las detectives una última vez y se marchó enfadado.

—Vaya, gracias, agentes —dijo el chico.

Frances le sonrió y luego se agachó para mirarlo a los ojos.

—No hay de qué. Por cierto, esos zapatos estaban hechos un desastre. Empieza a hacer mejor tu trabajo si esperas que la gente te pague.

Y con eso, se fueron. Frances no dijo nada sobre lo ocurrido mientras Ava lo repasaba mentalmente, notando cómo Frances había tratado al chico y al hombre de maneras diferentes, de formas que entenderían y casi apreciarían.

Quizás fue el pequeño paseo por las afueras de Harlem o la creciente confianza y familiaridad con Frances; fuera lo que fuese, la tarde pasó rápida y sin problemas. Le dolían los pies de nuevo a pesar del calzado adecuado, pero Ava pensó que al menos todo ese caminar le ayudaría a mantenerse en forma.

Unos treinta minutos después del incidente con los dos chicos, Frances miró su reloj y lo señaló.

—Hora de volver. Yo diría que ha sido una buena patrulla, ¿no crees?

—No lo sé. ¿Con qué frecuencia tienes que patrullar todo el día?

—Quizás una vez a la semana. Normalmente lo dividimos en turnos. De nuevo... creo que esto podría ser algún tipo de táctica de intimidación. Y por lo que vale, espero que no esté funcionando.

Regresaron por las mismas calles mientras empezaba a caer el atardecer. Se interrumpió justo cuando pasaban de nuevo por los pequeños clubes de jazz. Las pruebas de sonido habían terminado; Ava supuso que los músicos podrían estar en otra parte, tomando a escondidas algunas copas ilegales

para animarse antes de los espectáculos nocturnos. Recordó el nerviosismo feliz de actuar, pero no tuvo tiempo de sumergirse en esos recuerdos.

En su lugar, su concentración se rompió por el sonido de un grito terrible. Ava nunca había oído nada parecido. Pero aun así, lo reconoció como un sonido de miedo y dolor, un sonido desgarrador que le heló el corazón.

Ambas mujeres corrieron hacia el sonido cuando volvió a resonar. Esta vez, había dolor en él. Además, era lo suficientemente agudo como para que pudieran localizar exactamente su origen. Era un callejón que corría entre un edificio de apartamentos y uno de los pequeños clubes de jazz. Para Ava, no había duda; salió corriendo por el callejón para ayudar en lo que pudiera. Y aunque percibió la vacilación en Frances, también vino corriendo detrás de ella, incapaz de igualar la velocidad de Ava.

Ava había dado apenas cinco o seis pasos en el callejón cuando vio una figura caída en el suelo y otra figura de pie sobre el cuerpo. La figura de pie tenía algo en la mano —parecía un hacha grande— y lo estaba levantando en el aire. El corazón y las entrañas de Ava trabajaron juntos y tomaron una decisión en ese momento. Sabía que era mucho más rápida que Frances y que debía ir tras la figura de pie, aunque fuera para perseguirlo hacia una multitud más grande haciendo sonar su estúpido silbato.

Pensamientos fugaces sobre las advertencias que Frances, Myra y Lottie le habían dado pasaron por su cabeza, pero los descartó de inmediato.

Salió corriendo tras él sin pensar. Fue un acto que sorprendió al hombre. Vaciló, con el hacha levantada a medio camino. Luego se dio la vuelta y echó a correr. Era, Ava lo sabía, un error. Ella era rápida como un rayo y aunque él tuviera un arma, lo alcanzaría. Sabía que este no era el hombre que había matado a Clarence, pero era un hombre que había herido a una mujer y la había dejado por muerta, un hombre que pensaba que estaba bien actuar de esa manera. Eso era motivación suficiente para ella.

Oyó débilmente a Frances protestar detrás de ella.

—¡Maldita sea, Ava!

El hombre con el hacha llegó al final del callejón y giró a la derecha. Ava hizo lo mismo, con los ojos fijos en la espalda del hombre. La estaba guiando a través de una serie de callejones traseros que, en el fondo, sabía que incluso podrían ser una especie de trampa. Probablemente eran callejones que él conocía bien y Dios sabe qué tipo de gente merodeaba por allí. Incluso ahora, mientras veía al hombre meterse por otro estrecho

callejón a la izquierda, Ava estaba bastante segura de que había pasado por detrás de un garito mal disimulado.

Ava bajó por el mismo callejón y vio al hombre abriéndose paso a través de una valla de madera rota que corría entre dos edificios de ladrillo. El callejón no tenía más de un metro y medio de ancho, lo que lo hacía un espacio muy estrecho. El atacante tuvo que apretarse, metiendo la barriga para pasar. Todavía sostenía el hacha y, incluso en la sombra del callejón, ella podía ver la sangre manchando toda la hoja. Aún estaba luchando con la valla cuando ella llegó a la mitad del callejón. Cuando por fin logró pasarla, ella no perdió el ánimo. Era mucho más delgada que él y podría...

Un hombre apareció como de la nada a su derecha. Salió tambaleándose de una pequeña puerta que debía ser de otro garito. Incluso en la fracción de segundo en que vio claramente su cara, Ava pudo notar que estaba borracho. Podía oler el alcohol fuerte en él cuando extendió una mano y la golpeó en el pecho.

Ava se tambaleó hacia atrás, quedándose sin aliento. Cayó contra la pared y el hombre cayó sobre ella. Una mano sostenía un cuchillo. La otra le agarró el pecho derecho con una especie de necesidad violenta.

—¿Ves esta hoja? —dijo—. Si no me dejas metértela, la hoja entrará en ti. Es tu ele...

Ava levantó su pie derecho y lo aplastó contra el pie de él. Cuando retrocedió sorprendido, ella lanzó su mano derecha en un uppercut. Los dientes del hombre chocaron y se tambaleó hacia atrás. Él arremetió con el cuchillo, pero Ava bloqueó el golpe fácilmente. Le agarró la muñeca y tiró hacia arriba y hacia atrás con fuerza. El hombre gritó e intentó abofetearla con la otra mano. Ella echó la cabeza hacia atrás, esquivando fácilmente los golpes desesperados, y le propinó dos rápidos puñetazos más, uno en el lado de la cabeza y otro en la nariz. Vio cómo sus ojos se ponían en blanco y se desplomaba en el suelo. El cuchillo cayó inútilmente al suelo.

Confundida y aún con la adrenalina a tope, Ava miró del hombre a la valla. Supuso que este hombre la había visto venir, atraído por el alboroto que había causado el hombre del hacha. Borracho y armado, aparentemente había pensado que podría aprovecharse de ella. Lo que había conseguido en su lugar era una nariz rota y, cuando se despertara, un dolor de cabeza infernal. Y tal vez una muñeca fracturada.

Se acercó a la valla, dándose cuenta de lo mucho que le dolían la espalda y el pecho por el fallido ataque del hombre caído detrás de ella.

Empezó a abrirse paso por la grieta de la valla de madera solo para darse cuenta de que era demasiado tarde. No podía ver al hombre del hacha, y el callejón se dividía en dos direcciones, con una calle principal por delante. No había forma de saber adónde había ido.

Masajeándose la mano derecha (ese último puñetazo que había lanzado había sido tremendo, un cohete que había aprendido a lanzar mientras entrenaba en el gimnasio de su padre), volvió rápidamente al lugar donde ella y Frances habían encontrado a la mujer caída. Frances estaba soplando su silbato, el sonido imposiblemente fuerte en el callejón.

Ava miró a la mujer y se estremeció. Sus piernas dejaron de moverse cuando vio lo que había pasado. Su estómago dio un vuelco, pero logró controlarlo.

Había dos profundos surcos grabados en la cabeza de la mujer, del mismo tamaño que la hoja del hacha que el hombre había llevado. Uno estaba cincelado en su cabeza, desgarrando su pelo. El otro estaba un poco más abajo, cruzando su frente. Este era obviamente más profundo, la sangre brotaba en cantidades que hacían que incluso los peores combates de boxeo que Ava había visto parecieran nada más que pequeños cortes de papel. Pero de alguna manera, lo peor era la forma en que los ojos de la mujer permanecían abiertos, mirando impotentes hacia Ava.

Aún no estaba muerta, pero no tardaría mucho. Frances lloraba suavemente mientras seguía soplando su silbato. No miraba a Ava, probablemente enfadada porque su compañera había salido corriendo una vez más para jugar a ser la heroína.

Ava no podía apartar los ojos de la mirada de la mujer. Se hundió, con el pecho aún dolorido, y tomó la mano de la mujer. La mujer apretó levemente la mano de Ava y sus ojos se nublaron mientras Frances seguía soplando su silbato detrás de ella. En cuanto a Ava, no podía encontrar suficiente aliento para soplar el suyo. Todo lo que podía hacer era arrodillarse allí mientras la mujer se desvanecía, el agarre ya suave en la mano de Ava aflojándose completamente.

CAPÍTULO SEIS

Ava permaneció en silencio mientras llegaban los dos primeros policías. Para entonces, la cara de Frances estaba roja y parecía estar a punto de desmayarse de tanto soplar el silbato. Los agentes formaban una pareja curiosa: uno era un hombre mayor que parecía casi ofendido por la visión de la mujer muerta y el otro era un joven que no parecía nada perturbado.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó el policía mayor.

—Unos cinco minutos —dijo Ava.

—¿Y visteis al hombre que la atacó? —preguntó el más joven, casi pisando la pregunta anterior.

—Sí —dijo Ava.

—¿Le viste bien?

Ava se tomó un momento para considerar su respuesta, pero también sabía que solo empeoraría las cosas si mentía al respecto.

—Lo vi —dijo—. Le perseguí durante un momento, pero en realidad solo vi su espalda.

—¿Era un hombre negro? —preguntó el policía.

—No. Era blanco —Odiaba que la raza fuera lo primero que se considerara, pero dado este barrio, supuso que tenía sentido que fuera lo primero que se le ocurriera. Aun así, la enfurecía.

El policía miró a Frances y dijo:

—Usted es la señora Knight, ¿verdad?

—Así es.

Incluso estando frente al cadáver, Ava notó que el policía llamaba a Frances por el identificador de señora en lugar de agente.

—¿Y tú? —preguntó el policía.

—Ava Gold. Soy... nueva.

—La mujer de Clarence Gold —dijo el policía pensativo mientras se inclinaba lentamente para examinar el cuerpo—. ¿Visteis el arma que utilizó?

—Sí —respondió Ava—. Un hacha. Casi como una cuchilla de carnicero.

—¿Y dices que le perseguiste? ¿En qué dirección?

—Por este callejón y luego por otros dos. Se me escapó cuando me atacaron.

—¿Atacaron? ¿El asesino también te atacó?

—No, señor —dijo ella—. Fue otra persona, alguien...

La interrumpió la presencia de otro policía. Este era más joven, pero llevaba bien el aspecto de autoridad. Los dos primeros agentes le pusieron al día y en veinte segundos, era como si Ava y Frances ni siquiera estuvieran allí. Así, sin más, se había convertido en un club de chicos. Cuando quedó claro que cualquier implicación en el caso estaba a punto de serles arrebatada, Ava decidió que era hora de hablar.

—Puedo daros una idea básica de por dónde escapó el asesino —dijo.

El policía mayor entornó los ojos y le lanzó una mirada de "Oh, qué mona".

—No será necesario —dijo—. Nos encargaremos a partir de ahora —Luego, como si considerara algún gran problema, añadió—: Supongo que ninguna de las dos conoce a esta señora, ¿verdad?

—No —dijo Frances.

—Quedaos por aquí un rato, ¿de acuerdo? —dijo el segundo policía que había llegado a la escena—. Necesitaremos vuestro informe completo sobre esto.

Ava asintió, dándose cuenta de que Frances tenía una expresión derrotada. Ava lo entendía, solo que estaba bastante segura de que a ella le molestaba más que a Frances. Habían encontrado el cadáver, Ava había perseguido al asesino, y ahora su última contribución iba a ser volver a contar la historia para que un montón de hombres que no conocían la escena original pudieran hacerse cargo. Según Ava, había una delgada línea entre ser sexista y ser tonto e ineficaz, y estos hombres estaban dando grandes zancadas sobre esa línea.

De nuevo, sintió la necesidad de hablar. Se preguntó si habría sido capaz de quedarse callada si la adrenalina de la persecución y su propio ataque no siguieran corriendo por sus venas. Si a eso se le sumaba su amplia desarticulación del hombre que intentó violarla, simplemente no había forma de que pudiera morderse la lengua.

—Quiero ayudar —dijo.

—Como he dicho —dijo el segundo policía—, podéis darnos vuestro informe en un momento y...

—Dejadme participar en el caso.

Vio cómo los ojos de Frances se abrían de par en par, para ser sustituidos rápidamente por un ceño fruncido. Al parecer, en lo que a Frances se refería, Ava estaba en proceso de escribir su propia carta de despido. Sin embargo, hubo un momento de asombro cuando los tres policías intercambiaron una mirada, como si intentaran comunicarse solo con la mente. El policía mayor miró del cuerpo a las mujeres detectives. Cualquier esperanza que Ava tuviera de que pudieran ser tratadas como iguales se desvaneció cuando dos de los tres policías les sonrieron.

El más joven negó con la cabeza y Ava se encontró deseando darle un buen puñetazo en la cara.

—No, señoras —dijo, tratando claramente de contener una risita, incluso en presencia de esta mujer muerta—. Vuestro informe será suficiente.

Ava no pudo hacer otra cosa que quedarse allí mientras le arrebataban el caso. Para ella, era como tragar ácido.

Su padre estaba sentado solo a la mesa del comedor cuando entró en el piso. Vio que había intentado preparar la cena: un pollo algo quemado y una salsa demasiado espesa.

—Un día largo, supongo —dijo Roosevelt.

—Sí, desde luego —se sentó a la mesa, sintiéndose culpable y triste. La ausencia de Jeffrey significaba que probablemente ya estaba en la cama. Sabía que llegaba tarde, pero no se había dado cuenta de cuánto hasta que entró en el piso—. Gracias, papá.

—Lo hago encantado. Pero no me gusta que no hayas llegado cuando dijiste. Tenías que recoger a Jeffrey del gimnasio hace más de dos horas. Pensé... —se detuvo, respiró hondo y la miró con toda la sinceridad que pudo reunir—. Dos horas de retraso... Me preocupé de que te hubiera pasado algo.

—Lo siento muchísimo, papá. Ha habido un asesinato.

Sus ojos se abrieron de par en par y hizo una mueca. Lo meditó un momento y Ava pudo sentir su preocupación en el silencio—. ¿Un asesinato?

—Sí. Y seguro que mañana me presionarán por ello.

—¿Por qué?

—Porque perseguí al asesino. Se supone que la Brigada Femenina no debe hacer esas cosas. Solo debemos hacer sonar el silbato y dejar que los hombres hagan el trabajo.

El atisbo de sonrisa en la cara de Roosevelt casi hizo que la tensión de la tarde mereciera la pena—. ¿Le diste algún puñetazo?

Pensó en el hombre que había intentado agredirla, y no era una historia que quisiera contarle—. Uno o dos —dijo, y lo dejó ahí.

Roosevelt asintió y empujó los restos del pollo hacia ella—. No está muy bueno, pero a Jeffrey pareció gustarle. Le dejé ayudarme a cocinarlo.

—¿Cuánto tiempo lleva en la cama?

—Unos treinta minutos. Seguro que aún está despierto, esperando para darte las buenas noches.

Arrancó un trozo de carne del muslo y se lo metió en la boca. Estaba seco y soso, pero tenía tanta hambre que apenas lo notó.

—¿Puedo decirte algo que puede parecer entrometido? —dijo Roosevelt antes de que ella se dirigiera a la habitación de Jeffrey.

—Claro que puedes.

—Sé que Clarence estaría orgulloso de lo que estás haciendo. Estaría sonriendo y presumiendo como un loco con todos sus amigos. Pero también sé que no esperaría esto de ti. Estaría más preocupado por que criaras a Jeffrey para que fuera un hombre respetable. No tienes que continuar donde él lo dejó.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo. Tengo que llevar a cabo su legado, al menos. Era mi héroe, ¿sabes? Junto con Isabella Goodwin.

—La primera detective mujer de Nueva York, ¿verdad?

—Exacto. Pero lo cierto es que no solo era mi héroe. También era el héroe de Jeffrey. Y esto... este camino en el cuerpo de policía... es todo por el hombre que lo mató. Sigue ahí fuera en alguna parte. Y como parte de la Brigada Femenina, sé que mis posibilidades de participar en la captura de su asesino son increíblemente pequeñas, pero al menos formaría parte de ello.

Podía ver que Roosevelt quería decir algo más. Al final, simplemente se puso de pie y se acercó a ella. La abrazó ligeramente (Roosevelt Burr nunca había sido muy dado a los abrazos) y susurró:

—Ten cuidado. Ya ha perdido a un padre... le destrozaría si te perdiera a ti también.

Se dio la vuelta antes de que las lágrimas empezaran a brotar y caminó por el pequeño pasillo para darle un beso de buenas noches a su hijo. E incluso en ese momento de dulzura, la frase que acababa de decir en voz

alta resonaba en sus oídos. Parecía rodear su corazón y aterrizar allí, convirtiéndose permanentemente en parte de ella.

Este camino en el cuerpo de policía es todo por el hombre que lo mató. Sigue ahí fuera en alguna parte.

Era toda la motivación que necesitaba para seguir intentando ser la heroína de Jeffrey, ya que su héroe original le había sido arrebatado tan cruelmente. Y también le daba la motivación que necesitaba. Le ayudó a decidir que mañana por la mañana, cuando llegara al trabajo, iría directamente al despacho de Minard y exigiría que la pusiera en el caso.

CAPÍTULO SIETE

La voz volvió gradualmente, después de haber desaparecido durante unos siete meses. Cuando regresó, no le sorprendió en absoluto descubrir que era la voz de su madre. Tenía sentido, supuso. Cuando le dieron el alta del hospital psiquiátrico, volvió a la casa que había compartido con su madre durante todos esos años. Y allí, en la esquina, estaba la silla en la que ella estaba sentada cuando la mató. Por supuesto, nadie sabía que la había matado. De alguna manera, nunca se había establecido esa conexión. Supuso que era porque parecía tan inocente. Sabía que tenía un aspecto de tonto; siempre había tenido pinta de paleta, un tipo que podría ser un poco lento, el tipo de tío del que su madre solía decir que "le faltaba un hervor".

La oía hablar ahora, gritando en los pasillos de su cabeza. Normalmente se callaba cuando salía de casa y deambulaba por las calles. El aire fresco y las densas filas de gente moviéndose por las aceras la ahogaban. Pero era casi como si supiera lo que iba a hacer hoy. Era como si supiera adónde iba y lo que tenía planeado.

—Estás enfermo, ¿sabes? —dijo ella—. Todos esos tratamientos en el manicomio no sirvieron de nada, ¿eh? Quizás deberían haberte dado una buena descarga como hacían en mis tiempos.

Una sonrisa enfermiza se dibujó en su rostro al pensar en su madre recibiendo descargas eléctricas. Cuando ingresó en el psiquiátrico, se sintió aliviado al oír que esos tratamientos violentos y bárbaros se habían suspendido. En su lugar, le habían llenado de barbitúricos y utilizado una forma de terapia de choque mucho más suave de lo que esperaba.

Lo peor, sin embargo, habían sido las restricciones. Se había orinado encima un par de veces porque tenía que ir al baño durante sus episodios y nadie le soltaba. Cuando por fin alguien venía a verle cuando el episodio había pasado, era una de las enfermeras. Le había guardado rencor por ello y había soñado con matarla. Era una mujer inteligente, mucho más lista que él, y ganaba dinero con un trabajo honrado. Oh, las cosas que debía haber pensado de él cuando olía su orina y tenía que cambiarle las sábanas...

Por supuesto, nunca había tenido la oportunidad de matar a esa enfermera. De hecho, poco después de que empezara a pensar realmente en ello, su loquero le consideró apto para ser dado de alta. Y así, sin más, unos

cinco meses después de haber ingresado en el hospital psiquiátrico, volvía a estar en las mismas calles en las que le habían descubierto. Todavía tenía muy confuso cómo había acabado allí. Recordaba estar en la calle, perdido en los sonidos de la marcha política de las mujeres, y luego despertar con dolor de cabeza mientras un policía le miraba desde arriba.

Nada de eso importaba ahora, sin embargo. Ahora, solo podía pensar en actuar. No había matado a la enfermera, así que sus manos y su corazón anhelaban la muerte de algo más. Deseaba que pudiera ser su molesta madre otra vez, pero lamentablemente, ya se había ido. Y había estado la mujer de ayer, en el callejón detrás de esos deplorables clubes de jazz, pero eso apenas había calmado el picor.

Llevaba caminando sin rumbo por las calles cerca de un día o así. Algunas partes eran poco más que un borrón, mientras que otras eran cristalinas. Recordaba haber pasado por clubes de jazz y discotecas justo cuando caía el anochecer. Podía recordar una sensación de absoluta tristeza al pensar que le había tocado una vida que no le permitiría tales lujos.

Y fue entonces cuando la vio. Una mujer, un poco más alta que él, y probablemente unos cinco años mayor. Era una auténtica belleza, pero parecía saberlo. Era mucho más guapa que la mujer del callejón de ayer. Incluso la forma en que se aferraba al brazo de su chico lo gritaba. Ella estaba al mando... no se cogía del brazo del hombre porque quisiera que se supiera que estaban juntos, sino porque le llevaba como a un cachorro con correa. Su vestido era blanco, con una raja en la pierna que subía hasta más allá de la rodilla. Pensó en los tesoros escondidos un poco más al norte de esa raja en el vestido y se excitó y enfureció a la vez.

Se dirigía a uno de los clubes respetables, de los de salón de baile, en lugar de los que se escondían en sótanos mohosos para permitir que se sirviera licor y bebidas espirituosas. La Ley Seca había hecho estragos en la forma en que la gente de Nueva York se divertía después del anochecer. Sinceramente, pensaba que todo era muy estúpido.

Caminó de un lado a otro por la manzana donde se encontraba el club nocturno. Fingió mirar escaparates frente a una joyería. Entró en una tienda de caramelos y compró diez centavos de caramelos de limón. Después de coger un periódico desechado, fingió leerlo en un banco justo a la vista del club. Casi era hora de que abriera, la noche había caído y la multitud alrededor de la entrada era cada vez más densa.

La vio moverse entre la multitud, riendo, apretando su mano enguantada contra su amplio pecho. Su pelo negro se movía, sus ojos se clavaban en todos los que veía como si ya los hubiera valorado y supiera que ella era mucho mejor.

Mientras la gente fina y mimada empezaba a entrar en el club, él se preguntó cómo podría colarse dentro. Podría conseguir un traje de segunda mano, pero sabía que la gente del interior del club le miraría por encima del hombro automáticamente.

—Es porque eres un chiste habló su madre en su cabeza—. No eres más que un fracasado, y eso es todo lo que serás siempre.

—Te metí bajo tierra, ¿no es así? —dijo él desde detrás de su periódico.

Sonrió al recordar cómo la mató: la forma en que salpicó la sangre, cómo sus ojos estaban tan sorprendidos de que hubiera tenido el valor de hacerlo en sus últimos momentos de vida. Solo que, cuando lo reproducía en su cabeza, no era la cara de su madre la que veía, sino la de la elegante y segura mujer que había espiado antes, la mujer que acababa de entrar en el club. Vio sus bonitos ojos, grandes y suplicantes, y eso despertó en él una inquietud que sabía que no podría detenerse hasta que ella estuviera muerta.

CAPÍTULO OCHO

Ava acompañó a Jeffrey a la escuela a la mañana siguiente, un agradable paseo de unas cuatro manzanas que, supuso, sería una buena forma de calentar para su patrulla. Aunque disfrutaba del tiempo con su hijo, su mente divagaba sobre lo que haría al llegar a comisaría. Ya había decidido que iría directamente a ver a Minard, pero aún no sabía cómo manejar el rechazo que seguramente recibiría. Él le diría que no; estaba segura. Le diría que no aunque solo fuera para desanimarla y hacer que desistiera.

Apartó esos pensamientos mientras se detenía a media manzana, concediéndole a Jeffrey la pequeña libertad que había pedido respecto a la escuela. Se quedó bajo el toldo de una carnicería y lo observó atravesar las puertas. En cuestión de segundos, ya estaba charlando con sus amigos, dirigiéndose al edificio escolar. Le inquietaba un poco que Jeffrey fuera andando de la escuela al club de boxeo más tarde, pero era un chico listo. Conocía las zonas que debía evitar y tenía buen juicio. Pensó que en algún momento tendría que empezar a confiar plenamente en él, especialmente ahora que no había una figura paterna para ayudar a guiarle. En el fondo, se preguntaba si esa era una de las razones por las que había querido un trabajo en comisaría: para llenar el vacío que Jeffrey necesitaba que se llenara, lo supiera él o no.

Había empezado a chispear cuando llegó a la comisaría, ni siquiera era una llovizna en realidad, solo lo suficiente para humedecer un poco las cosas. Mientras caminaba hacia las puertas, imágenes de la escena del crimen del día anterior aparecieron en su cabeza. Veía los cortes en la cabeza de la mujer tan claramente que era casi como si estuviera tendida justo allí frente a la puerta de la comisaría. Se sacudió esa idea, sabiendo que el caso estaría bien encaminado para resolverse cuando ella empezara su patrulla de hoy. Incluso si su única contribución hubiera sido el descubrimiento del cuerpo, eso sería suficiente. Tendría que serlo.

Se dirigió directamente al despacho del capitán Minard, caminando con firmeza, como si no estuviera nerviosa en absoluto. Cuando llegó a su despacho al final del pasillo principal, encontró la puerta cerrada. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Supuso que aún no había llegado a la oficina o que ya había salido por asuntos policiales. Se quedó mirando la puerta un

momento, decidida a no dejar que este pequeño contratiempo le hiciera cambiar de opinión sobre enfrentarse a él.

Sin embargo, se sentía como una derrota, y no estaba del todo lista para aventurarse en la oficina de la Brigada de Mujeres con ese estado de ánimo. Decidió ir al pequeño vestuario de mujeres para arreglarse el pelo, tal vez lavarse el olor a lavavajillas de las tareas matutinas de sus manos. No le molestaba en absoluto el trabajo de ser madre, pero no veía el sentido de traer los olores y pilares de eso al trabajo. Había sido una buena mañana. Había puesto jazz, empezando con Jelly Roll Morton pero cambiando a algo más aceptable, como Louis Armstrong, cuando Jeffrey entró en la cocina protestando. Le había contado un poco sobre sus días como cantante durante un desayuno de huevos y tostadas y, por un momento, había tenido una buena idea de cómo iba a ser la vida sin Clarence. Iba a ser muy duro, pero pensó que saldrían adelante.

Fue al pequeño vestuario de la planta baja y se lavó las manos con el jabón de lejía muy fuerte que había en el lavabo. Mientras se miraba en el espejo, vio dos cosas: una, que su pelo se veía bien, aunque un poco húmedo por la llovizna de fuera; segundo, había dos hombres de pie en la entrada del vestuario. Al ser descubierto, el primero le sonrió y se acercó. Cuando lo hizo, vio que en realidad eran tres. Todos llevaban uniforme de policía, pero esto hizo muy poco para tranquilizarla. Las miradas en sus caras estaban llenas de desprecio y una especie de diversión, particularmente la del que iba delante.

—¿Te estás adaptando bien aquí? —dijo el tipo de delante. Era un hombre joven, quizás de la edad de Ava. Detrás de él, reconoció una de las caras. El hombre de atrás había aparecido en la escena del crimen ayer.

—Tan bien como se puede esperar —respondió Ava con sinceridad.

—Bien —dijo el policía que iba delante. Siguió caminando hacia adelante, sin dar señales de detenerse. Ava retrocedió un poco hasta que su espalda baja tocó el lavabo. El hombre se acercó aún más, quedando a no menos de quince centímetros de ella.

—Sabes, Clarence hablaba muy bien de ti —dijo—. Siempre parloteando sobre su hermosa esposa. Y ahora que estás aquí... maldita sea si no tenía razón.

Extendió la mano y la colocó en su cadera. La acercó más y subió la mano, justo debajo de su pecho.

—Uno de estos días, puede que tenga que descubrir cómo eres fuera del trabajo —dijo.

Uno de los hombres detrás de él soltó una risita. Ava estaba empezando a asustarse, pero no estaba segura de cuánto debía temer. ¿Hasta dónde llegarían estos hombres? Decidió que no tenía interés en averiguarlo. Cuando el hombre frente a ella se inclinó aún más, presionando su pecho contra el de ella, Ava echó hacia atrás su mano derecha y le propinó un fuerte puñetazo en las costillas. Él se dobló y, cuando lo hizo, ella lanzó otro golpe que le alcanzó la mandíbula. Cayó hacia atrás, pero eso no fue suficiente para Ava.

Mientras se tambaleaba, ella vino con un sorpresivo golpe de izquierda que le alcanzó en la cara. Era el tipo de puñetazo que dejaría un ojo morado y una gran hinchazón. El policía cayó al suelo hecho un ovillo, pero Ava no se dio tiempo para disfrutar de la vista. Miró inmediatamente a los otros dos, esperando completamente que se abalanzaran sobre ella.

Sin embargo, no hicieron nada de eso. De hecho, el de atrás se dio la vuelta instantáneamente y se marchó. El otro miró al policía caído con algo muy cercano al asombro en su rostro. Cuando volvi a mirar a Ava, no había malicia en su cara. Dios mío, pensó Ava. ¿Es respeto lo que veo?

Se alejó de los lavabos, rodeando al policía caído, y se dirigió a la puerta. El tercer agente no se movió y no dijo nada. Flexionando un poco la muñeca por el leve dolor del último puñetazo, Ava salió del vestuario. Sabía que el incidente no sería denunciado. No había forma de que un policía varón —especialmente uno joven con todo por demostrar— admitiera que una mujer le había tumbado tan fácilmente.

Se sentía utilizada y un poco avergonzada, pero tampoco podía negar la chispa de placer que revoloteaba en su interior mientras se dirigía a la oficina de la WB, lista para su tercer día de trabajo.

Apenas tuvo tiempo de sentarse en su escritorio cuando Frances la llamó.

—¿Lista para salir, Gold?

—¿Ya?

Frances asintió, frunciendo el ceño.

—Parece que intenta ponerte a prueba.

Ava pensó en esa puerta cerrada, preguntándose si Minard había estado allí todo el tiempo pero simplemente no tenía interés en nada de lo que ella pudiera decir.

Bueno, que le den, pensó. No va a ganar tan fácilmente.

—Claro. Vamos.

Mientras ella y Frances salían de la oficina, notó las miradas que algunos de los otros agentes de la WB le dirigían. Algunos, como Lottie, le lanzaban miradas alentadoras, obviamente apoyándola. Otros fruncían el ceño y apenas cruzaban su mirada, como si estuvieran seguros de que acabaría cediendo a la presión.

Cuando salieron de la oficina y se dirigían a las escaleras hacia la planta principal, Frances la miró y preguntó:

—¿Estás bien, Gold?

—Sí. ¿Por qué?

—Pareces preocupada por algo. Como... no sé... tensa.

Le fastidiaba no contarle a Frances sobre el altercado en el vestuario. Pensó que contárselo a alguien llamaría la atención sobre el asunto y habría posibilidades de que los rumores y cotilleos llegaran a los altos mandos como el capitán Minard. Así que, por lo que a Ava concernía, sería un suceso del que nunca se hablaría... y pensó que eso podría beneficiarla.

—No, estoy bien.

Frances lo dejó estar mientras salían a las calles. Seguía lloviendo suavemente durante su patrulla. Ambas llevaban paraguas proporcionados por el departamento, pero optaron por no usarlos. El ligero repiqueteo de la lluvia simplemente no lo justificaba.

Ya en su tercera patrulla, Ava empezó a notar algunas cosas. En primer lugar, no había necesidad de que ella y Frances llenaran el silencio con charla. Cuando Ava tenía alguna pregunta —por ejemplo, cuáles eran las normas estrictas sobre el merodeo— Frances estaba encantada de responderla. Pero aparte de algunas instancias de esto, caminaban su patrulla mayormente en silencio.

Esto le permitió a Ava tener una mejor sensación de su ciudad —de cómo continuaba creciendo y expandiéndose. Podría jurar que había un latido en el lugar bajo los bulliciosos negocios, las calles que aún atendían a los carruajes tirados por caballos pero que ya estaban evolucionando para adaptarse a los Model T y otros escasos automóviles. Era sin duda una ciudad en crecimiento, una ciudad que sentía que nunca dejaría de cambiar y transformarse. Clarence a menudo le decía que a veces sentía que Nueva York era una cosa viva y respirante que nunca estaría lo suficientemente alimentada. Incluso había dicho algo en ese sentido en su primera cita,

después de haberla visto cantar en uno de los clubes de jazz justo a las afueras de Harlem.

Fue sacada de sus pensamientos sobre Clarence cuando una voz masculina gritó, alta y estridente:

—¡Ven aquí, guapa! ¡Te dejaré arrestarme! ¡Incluso te dejaré ponerme las esposas!

Miró hacia un sitio de construcción y vio a dos hombres de pie en un andamio, mirándola. Su cara se enrojeció de ira pero se guardó sus comentarios. No era la primera vez que un obrero le gritaba durante sus tres patrullas.

—Encantador, ¿eh? —dijo Frances—. Nunca lo entendí... la forma en que los hombres simplemente gritan cosas así a las mujeres. ¿Esperan tener suerte con comentarios como ese? Pregúntale a Lottie sobre eso cuando tengas la oportunidad. No hace mucho, un hombre le gritó que quería comer el almuerzo sobre su trasero. Cuando ella le dijo que lo consideraría si él cocinaba, pensé que el tipo se iba a caer de la escalera.

Ava la escuchó, pero la sonrisa en su rostro era solo por compromiso. Se dio cuenta, habiendo sido tan groseramente sacada de sus pensamientos, que ahora estaban a solo dos manzanas del callejón donde habían descubierto a la mujer ayer. Escuchó el ligero redoble de un bajo de una prueba de sonido en algún lugar adelante, pero incluso eso estaba amortiguado.

Era aún más difícil porque una vez había cantado como corista en el club de al lado. Era un lugar pequeño, lleno de humo y un poco cuestionable, para ser honesta. De alguna manera, el asesinato parecía haberla golpeado como un ataque personal por esto. Se dio cuenta de lo egoísta que era esto, razón por la cual no le había dicho nada a Frances ayer —la razón, de hecho, por la que había hecho todo lo posible por empujar el pensamiento hasta los rincones más lejanos y llenos de telarañas de su mente.

—Sí, puede ponerte los pelos de punta —dijo Frances.

—¿Qué?

—Volver a la escena de un crimen tan pronto. Especialmente uno como el de ayer. ¿Necesitas ir unas manzanas más allá?

—No, estoy bien.

Frances dudó un momento y luego decidió que aparentemente estaba diciendo la verdad. Caminaron unas cuantas manzanas más y pasaron por el

callejón. Ava apenas miró hacia allí, de alguna manera segura de que habría otro cadáver. Y más allá de ese cuerpo, otro hombre acechando en las sombras, ansioso por agredir a cualquier mujer lo suficientemente tonta como para andar merodeando por los rincones oscuros.

Pero incluso entonces, el club que tenían justo delante captó su atención. Había conseguido evitar mirarlo ayer, sin querer empañar sus gratos recuerdos del lugar. En realidad era un antro pequeño, un club diminuto eclipsado por algunos de los más grandes. Pero el público siempre había apreciado el talento, incluso después de que la ley seca dificultase conseguir alcohol. El ambiente siempre había sido animado. Llamado el Key Factory, fue donde Ava realmente empezó a cantar para bandas de jazz, donde verdaderamente comenzó a acariciar su sueño de convertirse algún día en cantante de jazz.

—Sabes —dijo, a punto de contarle a Frances sobre esa parte concreta de su historia. Pero antes de que pudiera terminar, vio algo bastante extraño.

Delante de ellas, un detective entró en el Key Factory. Lo hizo rápidamente, como si no quisiera ser visto por nadie. Si notó la presencia de Ava y Frances, no dio ninguna señal de ello.

—¿Qué sé? —preguntó Frances.

—Nada. ¿Has visto eso? ¿El detective que acaba de entrar en ese club?

—Sí. Y me alegro por él. Seguramente le han asignado el caso de ayer.

—Seguramente... —dijo Ava.

Antes de darse cuenta, sus piernas la estaban llevando en esa dirección. Frances la siguió, confundida.

—¿Qué haces?

—Quiero entrar. Conozco este sitio.

—No, Ava. No puedes entrometerte en el caso.

—No es entrometarse si estoy ayudando, ¿no?

—Ojalá. Mira, sé que parece injusto, pero somos mujeres. No podemos simplemente...

Pero Ava ya estaba alcanzando la puerta. Al abrirla, una oleada de familiaridad la invadió, ahogando las maldiciones y objeciones de Frances desde atrás.

CAPÍTULO NUEVE

La familiaridad del lugar la sacudió con más fuerza de lo que esperaba. Se mareó por un momento, dándose cuenta de que este sitio, de alguna manera, había formado parte de su vida.

Frances no tardó en expresar su descontento.

—Gold, tienes que volver a la calle conmigo —dijo Frances—. Estar aquí solo nos va a meter en líos. Y aunque me caes bien, no voy a perder mi trabajo por ti.

—Pues vuelve fuera —dijo Ava, sin darse cuenta de lo grosero que sonaba hasta que lo soltó—. Este sitio me hace sentir casi como en casa. Me siento... segura aquí.

Ava se permitió un momento para apreciar la familiaridad del Key Factory. Hacía casi dos años que no pisaba este lugar, donde había cantado en el escenario con algunos músicos de jazz muy talentosos y prometedores. Incluso ahora, antes de que se colara la gente de la noche, el local olía a cigarrillos y a hierba, a sudor y a colonia y perfume barato. En presencia de todo esto, era difícil recordar por qué había dejado de cantar. El suelo de madera desnuda, las mesitas que parecían a punto de desmoronarse, las duras luces del techo... todo la llamaba de vuelta. Pero la vida había cambiado: Jeffrey se había hecho mayor y necesitaba ayuda con los estudios, y el horario de trabajo de Clarence era agitado e impredecible. Simplemente no había funcionado para una cantante que necesitaba estar en sitios como este pasada la medianoche.

Apartó la inminente sensación de arrepentimiento cuando vio al detective en una de las mesas cerca del centro de la sala. Reconoció al hombre con el que hablaba. Era uno de los copropietarios del Key Factory, un tipo enjuto llamado Jack Dooley. Llevaba gafas que le daban un aspecto refinado, y mantenía su bigote pulcro y arreglado. Pero todo era una fachada, ya que era uno de los empresarios más groseros que Ava había conocido. Sin embargo, sabía de buena música y nunca había tenido una mala palabra con Ava o con ninguno de sus músicos de apoyo.

Por la expresión de su cara, Ava notó que Jack estaba irritado. Había visto esa mirada muchas veces cuando hablaba con músicos difíciles y clientes alborotadores. También sabía que Jack no era el tipo de hombre que

se quebraba. La expresión de su cara le hizo preguntarse qué, exactamente, le estaría preguntando el detective. Siempre oportunista, Ava se dirigió hacia la mesa. Dudó, percibiendo la importancia del momento, pero se obligó a seguir adelante. A lo lejos escuchó a Frances sisear su nombre.

Mientras Ava se acercaba a la mesa, empezó a oír parte de lo que Jack decía. Y sí, estaba irritado. Sabía que Jack y su socio dirigían un bar clandestino en el sótano del Key Factory, así que aunque quisiera cooperar (lo que era poco probable), mantendría la boca cerrada.

—...y vosotros, los maderos, siempre buscáis excusas para husmear en nuestros locales —decía Jack—. No nací ayer. Lo siento, amigo, pero a menos que tengas una orden judicial o un motivo real para estar aquí fisgoneando, necesito que te vayas.

El detective —un apuesto cuarentón con el pelo canoso y una mandíbula ancha— hizo una mueca. Parecía un tipo frío y refinado... pero también el tipo de hombre que perdería esa misma frialdad por algo pequeño e insignificante. Ava podía verlo en la forma en que fruncía el ceño, como si estuviera cargando allí todas sus preocupaciones, esperando en cualquier momento que todo se deslizara y dejara salir sus frustraciones. La irritación en su expresión era evidente. Ava vio que estaba a punto de levantarse de la mesa.

—Vamos, Jack —dijo Ava, poniendo en su voz mucha más alegría de la que acostumbraba—. ¿Es esa forma de hablarle a un invitado?

Jack Dooley la miró, genuinamente confundido por un momento. Pero cuando la reconoció, su cara se iluminó y se levantó de un salto de la silla.

—¡Maldita sea! Ava Gold, ¿dónde diablos te habías metido?

Se acercó pesadamente y le dio un inmenso abrazo. El detective observaba todo esto con leve fastidio; Ava atisbó su expresión por encima del hombro de Jack. Jack rompió el abrazo, la miró con gran interés por un momento y luego frunció el ceño.

—Ava, querida, me encantaría charlar contigo un rato, pero como ves, hoy tengo que entretener a la pasma.

—Vamos, señor Dooley —dijo el detective—, ¿no estará intentando ponerse borde conmigo, verdad? —Luego miró a Ava y dijo—: Y Ava Gold, no creas que no sé quién eres. No tienes nada que hacer aquí y creo que puedo manejar esto yo solo.

—Eh, un momento —dijo Jack enfadado—. La señora Gold es una querida amiga mía y no voy a...

Ava le interrumpió con un gesto de la mano. Miró hacia atrás y vio a Frances observando cómo se desarrollaba la escena. Parecía absolutamente horrorizada.

—Tiene razón, Jack. Quizá te moleste saber que ahora soy policía. —Le dedicó una sonrisa juguetona y luego, en voz baja, dijo—: Pero desde luego no me tratan como a una policía.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Para nada. Soy nueva, miembro del Cuerpo de Mujeres. —Le enseñó el silbato que llevaba al cuello y dijo—: ¿Por qué otra razón llevaría esta cosa ridícula?

—Bueno, entonces, agente Gold —dijo Jack—. ¿Por qué no tomas nota de este detective Wimbley sobre cómo no hay que pedir información a la gente?

—Un momento —dijo Wimbley, poniéndose de pie—. ¿Cómo os conocéis vosotros dos?

—Érase una vez —dijo Jack—, Ava Gold era una de las mejores cantantes de jazz que pisaban el escenario del Key Factory. Y en otros locales de la ciudad que no nombraré. Si de verdad está trabajando para los vuestros, lo considero un miserable desperdicio de talento.

—Te lo agradezco —dijo Ava—. Pero escucha, Jack: ayer mataron a una mujer en ese callejón detrás de tu local. Estoy bastante segura de que el detective Wimbley solo intenta llegar al fondo del asunto.

—Oh, estoy seguro de eso —dijo Jack—. Pero lo está haciendo como si fuera el dueño de mi local. Y ya sabes cómo son las cosas en establecimientos como este. Los polis siempre buscan alguna excusa para meterse en tus asuntos, para entrar a la fuerza y conseguir lo que quieren. Vienen solo para comprobar a un supuesto sospechoso y acaban cerrando el maldito local.

—Señor Dooley, yo no... —empezó Wimbley.

Pero Ava le interrumpió. Wimbley parecía como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la mandíbula. Oyó a Frances moverse incómoda detrás de ella.

—Vamos, Jack, ¿crees que yo avalaría a alguien que te haría eso?

Jack suspiró y miró alternativamente entre ellos, lo cual resultaba bastante incómodo, ya que Ava nunca había conocido a Wimbley antes. En ese momento, no solo estaba tratando de reconectar con un viejo amigo, sino también de demostrar algo a Wimbley y al resto de la fuerza policial

masculina. Por lo que sabía, Wimbly podría ser tan malo como el cretino al que había tumbado en el vestuario esa mañana. Pero en ese instante, esto le parecía lo correcto.

—¿Qué necesitas saber, Ava? —dijo Jack. Le dirigió a Wimbly lo que Clarence siempre había llamado una sonrisa de oreja a oreja cuando le preguntó directamente a ella.

—Sabías que había habido un asesinato, ¿verdad? —dijo Ava.

—Lo sabía. Uno feo, además.

Wimbly intervino, asegurándose de no ser omitido.

—Su nombre era Evelyn White. ¿La conocías?

Cuando Jack respondió, seguía mirando solo a Ava.

—No muy bien, pero sí, sabía quién era. Venía aquí de vez en cuando para algunas actuaciones tempranas. Una belleza, sin duda. Pero rara vez estaba aquí con el mismo hombre dos veces. Ya sabes, ese tipo de mujer.

—¿Alguna vez causó problemas? —dijo Ava—. ¿Quizás coqueteaba demasiado y hacía que dos tíos se pelearan por ella?

—No, nada de eso.

—¿Puedes recordar algo en absoluto sobre ella? ¿Algo que destaque?

—Estaba muy metida en el movimiento feminista —dijo Jack—. A veces venía aquí con muchas otras mujeres armando jaleo sobre política y el voto y todo eso. Nada malo, pero, ya sabes... quería llamar la atención.

—¿Puedes pensar en algún hombre con el que pudiera haber estado que fuera influyente? —dijo Ava.

Jack lo pensó por un momento y negó con la cabeza.

—No. Solo un montón de tíos corrientes por lo que puedo decir.

Ava miró al detective Wimbly y se encogió de hombros.

—¿Algo que quieras añadir, detective?

Wimbly pareció desconcertado al principio, pero luego asintió.

—Sea sincero conmigo, señor Dooley. ¿Normalmente se llevan a cabo actividades delictivas en ese callejón?

El poco aplomo que Jack había logrado mantener se disolvió lentamente.

—Oye, ¡hay al menos otros tres negocios en esta calle que comparten ese callejón! ¿Los has interrogado tan a fondo? Pero para responder a tu pregunta, los únicos delitos que sé que ocurren en ese callejón de vez en cuando son delitos sexuales... pero todos consentidos, si entiendes lo que quiero decir.

Ava vio a Wimbly luchar por encontrar una respuesta u otra pregunta, pero no había nada.

—Ahora, ¿puedo volver al trabajo?

Wimbly parecía dudar en responder, así que Ava lo hizo por él.

—Sí, Jack. Gracias por tu ayuda. Y es un placer verte de nuevo.

—Tienes que volver a subir a mi escenario —dijo Jack.

—Quizás algún día —aunque en el fondo, honestamente no sabía si era cierto. No lo había considerado seriamente durante varios meses. Y ahora que Clarence se había ido, parecía un sueño muy lejano.

Mientras Jack se dirigía al otro lado del club, detrás del pequeño mostrador de comida donde antes se servían las bebidas, Ava miró a Wimbly. Supuso que se merecía la reprimenda verbal que estaba a punto de recibir. Sabía que se había pasado de la raya solo para demostrar algo y ahora iba a pagar por ello.

En cambio, obtuvo algo un poco diferente. Wimbly se puso de pie y le dio una sonrisa muy tenue.

—Tengo que decirte, Gold... me has puesto entre la espada y la pared.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, por un lado, tu valor sin límites. No puedo negar que eres o muy valiente o realmente tonta. Y dudo que Clarence Gold se casara con una mujer tonta. Además, hiciste un buen trabajo interrogándolo. Conocido antiguo o no, se ve claramente que tienes madera para esto.

No se esperaba los cumplidos, por indirectos que fueran. Se quedó desconcertada por un segundo, pero logró mantener cierta apariencia de control.

—¿Y eso te preocupa? —dijo Ava. Era vagamente consciente de que Frances se había acercado de puntillas para escuchar.

—¿A mí, personalmente? No. Pero tengo la sensación de que vas a causar algunos problemas por el camino. Si lo consigues, claro.

Le dio otra sonrisa y se dirigió a la puerta. Frances se acercó a ella y le lanzó una mirada severa que quedaba desmentida por la felicidad en sus ojos.

—Un día de estos vas a hacer que me dé un infarto —dijo Frances—. Pero honestamente... si puedes seguir poniendo a los hombres en su sitio así, bien podría valer la pena.

—No nos emocionemos demasiado —dijo Ava mientras caminaban de vuelta a la puerta, varios pasos detrás de Wimbly—. Puede que haya

conseguido que Jack Dooley hablara, pero seguimos sin tener respuestas.

—Tu uso de la palabra seguimos me asusta —dijo Frances—. Sabes que no puedes simplemente ir investigando este caso como si fueras un policía masculino, ¿verdad?

Ava optó por no decir nada, aún flotando ligeramente por los cumplidos que Wimby le había dado. Sin embargo, mientras se dirigían de vuelta a la calle, recordó su promesa de hablar directamente con el capitán Minard, solicitando que la pusieran en el caso. Iba a conseguirlo, y no había cantidad de hombres violentos y egoístas atacándola en vestuarios en el mundo que pudiera detenerla.

Iba a pedir que la pusieran en el caso. Iba a ser firme y directa con Minard, y si la echaban del edificio riéndose, que así fuera. Al menos lo había intentado. Al menos no se había conformado con el sótano de la WB cuando sabía que tenía mucho más que ofrecer.

CAPÍTULO DIEZ

Con toda la naturalidad posible, se apartó del toldo de la tienda de ultramarinos. Fingió mirar un reloj que ni siquiera llevaba puesto y luego echó a andar. Mantenía el brazo izquierdo pegado al cuerpo, asegurando el mango del hacha que llevaba metida en el pantalón. Caminar así resultaba un poco difícil y de vez en cuando la punta de la hoja le arañaba ligeramente. Pero eso no le importaba; de hecho, le gustaba bastante.

Estudió las curvas perfectas y el pelo dorado de ella. Mientras lo hacía, la voz en su cabeza sonaba más fuerte que nunca. La voz estridente y fantasmal de su madre, burlándose y provocándole. Esa noche, su último objeto de interés había cometido un grave error: había salido con amigas. Todas eran guapas, aunque de una manera vanidosa y casi deslumbrante. La forma en que las miraban los hombres con los que se cruzaban era claramente lo que buscaban. Solo otra manera de atraer... otra forma de controlar. Ahora tenían derecho a votar, un sueño visible de igualdad, y algunas de ellas, sin duda, se lo habían tomado demasiado en serio.

La noche pareció ponerse de su lado cerca de la medianoche, cuando las tres salieron del club. Él ya iba un poco por delante en la dirección que sabía que ella tomaría, hacia su pequeño apartamento quizás. O posiblemente a casa de sus padres. Aún no estaba seguro si vivía sola o con sus padres. Aunque eso no importaba. Esta noche no llegaría allí, especialmente porque una de sus amigas había salido del club agarrada a un hombre corpulento que fumaba un puro. Observó cómo se despedía borracha de sus amigas, con el brazo alrededor de la cintura del hombre y la mano de él en su trasero.

La había estado siguiendo durante unos días, así que sabía dónde vivía. También sabía que ella se creía intocable, que ninguna de las cargas y tristezas de la vida le afectarían jamás. Quizás por eso pensaba que su amiga era suficiente protección mientras caminaba el medio kilómetro desde el club hasta su casa.

Pero él también sabía dónde vivía esta amiga. Habían charlado en su portal de vez en cuando. Y era allí donde planeaba hacer su movimiento. Podía verlo justo delante, un edificio de apartamentos bastante acomodado.

Un hombre solitario estaba sentado en el portal, escribiendo en un libro y fumando un cigarrillo.

Aceleró un poco el paso, con la cabeza gacha y mirando a la calle. Cuando pasó por el portal de la amiga, una oleada de emoción estalló en su corazón. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sacar el hacha. Empezó a murmurar nerviosamente para sí mismo. Era consciente de ello y hacía lo posible por mantenerlo en voz baja. Pensó en su madre y en el hacha y le costaba contenerse.

La oyó reír suavemente en algún lugar detrás de él. Cuando llegó al borde del edificio de apartamentos, vio el callejón que había más adelante, entre otro edificio de apartamentos y una sastrería.

Mírate, dijo la voz de su madre. Escondiéndote en las sombras como un maldito cobarde...

Acalló la voz, deseando que una cortina oscura cayera en su mente sobre ella, sobre todo excepto la mujer en el portal.

En algún lugar detrás de él, oyó al hombre que fumaba hablarles.

—Es tarde para que dos bellezas como vosotras vayan solas a casa, ¿no creéis? —dijo.

Sonrió; las cosas no podían ir mejor. Si más tarde surgían preguntas, la amiga sin duda recordaría al hombre fumador con su diario y su comentario.

Mientras las mujeres respondían entre murmullos, se deslizó en el callejón. Era sucio y oscuro. No había nadie más, aunque vio un perro callejero tumbado somnoliento contra la sastrería un poco más atrás.

Las escuchó charlar, reír. Temía que su dama entrara y se divirtiera un poco más, quizás tomando unas copas más si su amiga había conseguido hacerse con una botella o dos por el camino. Después de todo, la prohibición en Nueva York se tomaba en serio, pero era bastante fácil conseguir algo de alcohol si sabías dónde buscar.

Pero no... las oyó despedirse. Y luego escuchó sus pasos. El hombre fumador no dijo nada más, y podía imaginarse al cabrón mirando a su dama por detrás.

Sacó el hacha y esperó. El tiempo pareció congelarse e incluso su respiración parecía haberse detenido. La oyó acercarse e imaginó que incluso podía olerla: su perfume, su sudor, el alcohol que seguramente tenía en el aliento.

Respiró hondo y entonces allí estaba ella. Vio su pelo ondear con la brisa, casi dorado, y luego su hombro. Extendiendo su mano libre, la agarró y la arrastró al callejón.

Ella abrió la boca para gritar, pero él ya había blandido el hacha. Impactó justo encima de su ojo izquierdo y el golpe hizo que los dedos que agarraban el hacha temblaran. Sus rodillas cedieron y se desplomó en el suelo. Él se agachó, viendo que aún respiraba y temblaba. Levantó el hacha de nuevo y la hundió otra vez.

En ese momento, el sonido que hizo fue el único ruido en el mundo.

Era incluso más fuerte que la voz de su madre en su cabeza y por eso, estaba agradecido.

CAPÍTULO ONCE

Ava iba caminando con Jeffrey hacia el colegio y estaba tan absorta en sus pensamientos sobre el caso que apenas prestó atención a los dos hombres que iban delante de ella. Hablaban de forma ostentosa, como solían hacer los hombres adinerados de camino al trabajo.

—¿Te has enterado de esto? —dijo el hombre bien vestido con sombrero fedora al que caminaba a su lado. Le mostró un periódico a su amigo—. Parece que hay un loco suelto.

—Sí —dijo el otro hombre, echando un vistazo al periódico—. Es una verdadera lástima.

Ava, que apenas había mirado el periódico, alzó la vista con curiosidad para ver de qué hablaban. Se preguntó si sería otro artículo sobre el asesinato de Evelyn White.

—Disculpen —dijo Ava, apresurándose un poco—. ¿Un loco?

Ambos hombres se giraron. Iban bien vestidos y muy aseados, probablemente banqueros o abogados. Había bastantes como ellos en las calles cercanas al colegio de Jeffrey por las mañanas, de camino al trabajo.

—Lo siento mucho —dijo el hombre con el periódico—. No pretendía asustar al chico.

—No, no es eso. Es que... escuché lo de esa mujer el otro día.

—Oh, bueno, parece que ha habido otra. Anoche, de hecho —Le mostró el periódico, manteniéndolo en alto como para proteger los ojos de Jeffrey de los titulares.

La noticia no era el titular principal (imaginó que era demasiado reciente para tener tanta importancia), pero estaba en la portada, cerca de la parte inferior. El titular decía: ¡Segunda víctima del "asesino del hacha" encontrada momentos después de su muerte!

—¿Esto ocurrió anoche? —preguntó a los hombres.

—Así es. Ya no es una ciudad segura. Se está volviendo demasiado grande, maldita sea —Frunció el ceño, miró a Jeffrey y luego le ofreció el periódico a Ava—. Sírvasse, señora. Y tenga cuidado.

Ava leyó el artículo, aunque no había mucho. Una mujer llamada Annie Tate había sido asesinada cuando volvía a casa desde un club de lujo la noche anterior. La habían apuñalado en la cabeza con lo que parecía ser la

misma arma que había matado a Evelyn White. La mataron en un callejón a solo una manzana del apartamento de su mejor amiga y a menos de cuatro manzanas de su propia casa. El artículo terminaba diciendo que la policía parecía mal preparada para manejar una población en constante crecimiento donde mucha gente pensaba que podía salirse con la suya en prácticamente cualquier cosa.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Jeffrey.

—Sí —dijo ella—. Solo es una historia muy triste. Pero tú no necesitas oír hablar de eso —Metió el periódico bajo el brazo y le cogió la mano.

—¿Es sobre cosas de policías? —preguntó él, sin dejarse disuadir.

—Sí, lo es. Pero tú no tienes que preocuparte por cosas de policías. Tienes que preocuparte por cosas del colegio.

—¿Está bien si le digo a todos en el colegio que ahora estás con la policía? —preguntó. Miró al suelo al preguntar, como si estuviera un poco avergonzado.

—Eso es decisión tuya —dijo ella—. Sé que estabas muy orgulloso de contarle a todos que tu padre era policía. Solo tienes que saber que algunas personas no creen que las mujeres merezcan un lugar en la policía.

—Bueno, eso es una tontería.

—Me alegro de que pienses así —dijo ella mientras el colegio aparecía a la vista. Se arrodilló y le dio un abrazo—. No seas muy duro con el abuelo esta tarde. Hoy debería poder recogerte a tiempo.

Jeffrey le devolvió el abrazo como lo hacen los niños que están creciendo: con fuerza, pero breve. Lo vio cruzar la calle apresuradamente, deteniéndose ante un Studebaker negro que traqueteaba. Cuando volvió a mirar el periódico, fue todo un contraste. Pero también la hizo apresurarse hacia el trabajo, ahora más ansiosa que nunca por hablar con el capitán Minard sobre ser asignada a este caso. No podía entender exactamente por qué, pero se sentía cercana a estos crímenes ahora, quizás porque ella, como el testigo de la historia, había visto a este asesino y no había podido detenerlo.

Mientras recordaba ese momento, el caso se sentía más que cercano. Se sentía personal.

Escuchó el alboroto dentro de la comisaría antes incluso de abrir las puertas. Las voces urgentes y los sonidos de mucha gente en movimiento solo se amplificaron cuando las abrió. Encontró el lugar en caos. Lo más

cerca de ella, había dos policías gritando a un hombre encogido que sostenía una libreta y un bolígrafo. Supuso que era un periodista, quizás que venía a conseguir una declaración sobre los asesinatos del hacha. No muy lejos de ellos, había varias personas rebuscando apresuradamente en un archivador, revisando frenéticamente registros y archivos en busca de algo en particular. A lo largo de la pared derecha, vio a una recepcionista corriendo rápidamente con papeles en la mano, dirigiéndose a las oficinas traseras. Cerca del centro de la sala principal, justo al lado del mostrador de recepción, vio al capitán Minard hablando en voz alta a un grupo de unos doce policías. Tenía el periódico de la mañana en la mano.

Ava avanzó lentamente, dándose cuenta de que al prestar atención intermitente a cada situación que ocurría a su alrededor, podía juntar fragmentos de conversación que le contaban todo lo que estaba pasando. No era mucha más información de la que había encontrado en el artículo, pero supuso que era mejor que nada.

Annie Tate era una firme defensora de los derechos de las mujeres, miembro de varias organizaciones que animaban a las mujeres a salir y hacer campaña por candidatos políticos. El hecho de que Evelyn White también hubiera estado profundamente implicada y hubiese sido una voz activa sobre los derechos de las mujeres había sido advertido, relacionado y estaba siendo investigado en ese momento.

Mientras se acercaba a donde Minard hablaba en voz alta a una docena de policías, obtuvo más información.

—Los forenses dicen que las heridas coinciden perfectamente con las encontradas en Evelyn White. Sin duda es la misma hacha. En cuanto al hombre que lo está haciendo, lo único que tenemos es que es de estatura y peso medios. Y al parecer es condenadamente rápido. Y fuerte, si la profundidad de estos hachazos es una indicación —suspiró y tiró el periódico al suelo, como con asco—. Chicos, andaos con ojo ahí fuera. Este no es un borracho exaltado vendiendo alcohol ilegal. Este hombre es un asesino. Y aunque parece que ha elegido a jóvenes guapas como sus objetivos, no podemos asumir que no atacará si se le provoca. Así que salid ahí y haced vuestro trabajo... pero hacedlo de forma segura y responsable.

Dio una única y sonora palmada y los policías se dispersaron rápidamente. Algunos de ellos pasaron rozando a Ava al salir, lanzándole miradas de desconfianza. En el fondo, sabía que el momento era terrible, pero Ava avanzó de todos modos. Iba a conseguir un momento de Minard

antes de que se viera desbordado de nuevo. Mientras lo hacía, aún podía oír a los policías reprendiendo al reportero detrás de ella. Uno de ellos lo estaba insultando, alegando que la mala prensa era injusta. Sabía que esto solía ser cierto, basándose en algunas de las historias que Clarence le había contado. A veces, si había un crimen particularmente grave y la policía no lo había resuelto todo en unas pocas horas, se veía como incompetencia. E incluso Ava sabía que eso no era justo.

Minard había empezado a alejarse, de vuelta hacia su despacho. Ava reunió valor y le llamó:

—¿Capitán?

Él se dio la vuelta con la impaciencia de un hombre que claramente no quería que le molestaran. Cuando vio que era Ava quien se acercaba, no hizo ningún esfuerzo por ocultar el desdén en su rostro.

—Señora Gold, como puede ver, estamos un poco ocupados aquí. Un potencial asesino en serie suelto por la ciudad tiende a provocar eso. Así que, por favor... asegúrese de que lo que quiere decirme es importante.

Ava se horrorizó al descubrir que las palabras no querían salir. Estaban ahí, en la punta de la lengua, pero no conseguía pronunciarlas. Cuando finalmente logró hablar, salieron como piedras de su boca, las palabras pesadas y pareciendo caer al suelo.

—Déjeme ayudar con esto.

Él la miró como si le acabara de contar un chiste que no entendía.

—Vete al WB, Gold.

—Señor, yo vi a este tipo. Lo perseguí. Puedo...

—Sí, lo perseguiste. Lo perseguiste y se escapó.

Ella se tragó una réplica mordaz y en su lugar optó por:

—Pero mi descripción de él puede...

—Tu descripción de él ha sido tomada por policías mucho más experimentados y capaces que tú. Ahora... esta es tu última advertencia. Vete al WB. Si quieres ayudar, haz el trabajo que pediste.

Se giró tan rápidamente que incluso si Ava hubiera podido pensar en una respuesta adecuada, no habría tenido tiempo de darla. Con furia y decepción mezclándose como un cóctel venenoso en su estómago, Ava marchó hacia las escaleras del WB. En el camino, pasó junto a una cara familiar: el detective Wimbley, observándola atentamente desde su escritorio en la sala común.

Esto de alguna manera solo la enfureció más. Luchó contra las lágrimas de rabia mientras se abría paso por la concurrida comisaría, pensando que, Decimonovena Enmienda o no, algunas cosas en este mundo desquiciado nunca cambiarían realmente.

Pero quizás ella sería la excepción. Pronto sabría la respuesta porque, desde luego, no tenía intención de parar.

CAPÍTULO DOCE

El detective Frank Wimbly había presenciado todo el intercambio. Observó cómo Ava Gold se acercaba con valentía al capitán Minard, y luego se estremeció un poco al ver cómo Minard respondía. Le habló como si fuera una niña terca, sin hacer el más mínimo intento de fingir que lo que ella tenía que decir importaba. Frank tenía el máximo respeto por el capitán Minard, pero pensó que la interacción con Ava era vergonzosa, especialmente después de todo lo que su marido había dado a este cuerpo de policía.

Mientras el caos continuaba a su alrededor, Frank se frotaba las manos nerviosamente (algo que hacía cuando estaba pensando profundamente) y observaba a Minard dirigirse de vuelta a su despacho.

—¿Qué estás haciendo, Wimbly? —se preguntó Frank a sí mismo, un poco sorprendido.

Se puso en pie y se dirigió en la misma dirección. Sabía que Minard le apreciaba e incluso le respetaba más que a la mayoría de los otros policías. Frank llevaba tiempo allí y, como detective, tenía una especie de ventaja intangible que los demás agentes de la comisaría simplemente no tenían. Minard parecía saberlo y valorarlo. Frank solo esperaba que le sirviera de algo en los próximos minutos.

Vio a Minard entrar en su despacho, cerrando la puerta tras de sí. Sin desanimarse, Frank continuó adelante. Estaba frente a la puerta cerrada diez segundos después. Dudó por un momento, preguntándose si esto solo echaría más leña al fuego en un polvorín ya chisporroteante. Dejando de lado la precaución, levantó la mano y llamó.

—¿Qué? —fue la respuesta desde el otro lado de la puerta. No era una buena señal en absoluto.

—Soy Frank, señor —dijo a través de la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Sí, Frank, pasa —dijo Minard. No había irritación ni duda en su voz. Quizás no sería tan malo después de todo.

Frank entró en el despacho del capitán. Estaba abarrotado con tres sillas, dos archivadores y un gran escritorio lleno de archivos y papeles diversos. Una máquina de escribir de modelo más nuevo descansaba en el extremo más alejado, con una hoja de papel insertada.

—Por favor, dime que tienes alguna idea sobre este asesino del hacha —dijo Minard, suspirando y reclinándose en su silla.

—Creo que está haciendo todo lo que puede ahora mismo. Creo que es solo cuestión de hacer las preguntas correctas a las personas adecuadas. Pero si me permite...

Minard le dio un simple asentimiento. Sus ojos ahora eran inquisitivos, quizás esperando alguna información útil o orientación.

—Vi a Ava Gold acercarse a usted hace un minuto más o menos. Y perdone que lo diga, señor, pero creo que está perdiendo una oportunidad de oro... por así decirlo.

—Es demasiado nueva —dijo Minard—. ¡Y una mujer! Te has dado cuenta, ¿verdad?

—Sí, señor, soy consciente.

—Clarence Gold era un magnífico agente, pero...

—Y su pérdida está fresca en la mente de todos —dijo Wimbly—. No solo eso, sino que ayer, cuando estuve en Harlem intentando obtener algunos detalles sobre Evelyn White, ella apareció con Frances Knight. Fue capaz de sacar información de un posible testigo que no quería tener nada que ver conmigo. Fue porque tenían una historia, pero la forma en que lo hizo... señor, sabe lo que hace.

—Aprecio tu preocupación, Frank. Pero si dejas que aunque sea una sola mujer del Departamento de Mujeres se involucre en un caso como este, se reirían de mí en toda la ciudad.

—A menos que tenga éxito. A menos que resulte ser la viuda de uno de los mejores agentes que hemos tenido. Todo ese alboroto de fuera... es porque sabemos que la ciudad se va a asustar. Pero si permitimos que Ava Gold participe activamente en la investigación, distraerá de eso. Demonios, para la población femenina que tiene derecho a tener miedo de este asesino, incluso podría darles algo de esperanza. Señor... una mujer en el caso podría ser bueno para nosotros... para usted.

Minard agachó la cabeza, sacudiéndola lentamente.

—Lo peor de todo es que tienes toda la razón. Pero ella... —Se detuvo aquí y suspiró—. Ayer con este testigo, ¿fue profesional?

—Mayormente. Fue por la vía personal. Tratando de apelar a ellos, tratando de relacionarse.

Dando un suspiro aún más profundo, Minard cogió el auricular del teléfono montado en la pared detrás de él. Marcó tres números, mientras el

interior del teléfono zumbaba y traqueteaba.

—¿La vigilarás? —dijo Minard.

—Si eso es lo que...

Pero fue interrumpido cuando Minard habló al otro lado de la línea.

—Señora Knight, soy el capitán Minard. Envíe a Ava Gold a mi despacho, ¿quiere?

Cuando entró en el despacho y vio no solo a Minard, sino también al detective Wimby, Ava estaba segura de que estaba en problemas. ¿Se había excedido ayer? ¿Wimby había venido a quejarse seriamente a Minard y ahora, con el último detonante de acercarse al capitán esa misma mañana, iban a despedirla? ¿Entendía él lo mucho que necesitaba este trabajo? ¿Entendía que tenía un hijo que criar, un piso que pagar?

No quería cerrar la puerta tras ella, pero sentía que era lo que se esperaba que hiciera. Al cerrarla, no le pidieron que se sentara. En su lugar, Minard la miró fijamente. Wimby observaba a Minard expectante, esperando algo.

—Señora Gold, sea franca conmigo —dijo Minard—. Solicitó este trabajo en el velatorio de Clarence. No soy tonto. Sé que tiene objetivos de algún tipo de venganza por su muerte trabajando aquí, esperando atrapar a los culpables, ¿no es así?

—Sí —No veía sentido en negarlo.

—Si la pongo en el caso del asesino del hacha, ¿será capaz de apartar esa necesidad de venganza y relegarla al fondo de su mente? El trabajo policial no trata de venganza. Se trata de mantener a los demás a salvo y hacer cumplir la ley. La motivación está bien. La venganza suele ser un gran motivador. Pero no puede ser su objetivo. ¿Lo entiende?

Aún estaba enganchada en la primera parte de la declaración, la parte en la que había dicho Si la pongo en este caso. Pero entendió la totalidad, así que asintió y dijo:

—Sí, señor.

—El detective Wimby dijo que demostró cierta habilidad interrogativa cuando se topó con él ayer, y confío en él. Pero no confío en una mujer con una vendetta.

—Lo entiendo.

—Ahora, por ser honesto con usted, esto también se trata de crear una historia. Una mujer policía a la caza de un asesino de mujeres en una ciudad que aún, incluso diez años después, celebra que se aprobara el derecho al

voto de las mujeres. Así que si está en este caso, es policía ante todo. Se mantendrá profesional. Cualquier mala prensa que cause no la hará volver a la oficina de la WB, será el fin de su trabajo aquí.

Ava solo pudo asentir. Hizo lo posible por no parecer sorprendida. Estaba consiguiendo lo que había pedido, pero ahora escuchaba el coste.

—¿Cuándo... cuándo empiezo?

—Ahora mismo. Trabajaré en pareja con el detective Wimby de manera no oficial.

Al parecer, esto era una novedad para Wimby; se sobresaltó y miró a Minard confundido. Cuando quedó claro que Minard no iba a decir nada al respecto, Wimby recompuso su expresión.

—Eso es todo —dijo Minard—. Pónganse a trabajar.

Ava se giró y abrió la puerta. Cuando volvió a salir a la comisaría, soltó un gran suspiro, sin darse cuenta hasta entonces de que lo había estado conteniendo mientras estaba en el despacho. Un destello de triunfo surgió en su interior, pero fue breve.

Santo Dios, pensó. De alguna manera... de alguna manera soy detective. Clarence, échame un ojo, ¿quieres?

Wimby se le acercó por detrás. Parecía tan sorprendido como ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Acabo de meter la pata ahí dentro?

—No lo sé —dijo ella, recuperando el aliento—. ¿Tengo que agradeceréte a ti?

—Quizás un poco. Pero a partir de ahora, todo depende de ti. Y nos jugamos el pellejo los dos. Así que pongámonos a trabajar, como ha dicho.

Caminaron juntos hacia las puertas principales, pero con cierta distancia. Él le abrió las puertas y cuando salieron a la calle, a Ava le golpeó como una tonelada de ladrillos en la cabeza. Había pedido el caso y lo había conseguido. Pero... ¿y ahora qué? Un plan le vino rápidamente a la mente y parecía engañosamente simple.

—Así que este es mi plan —dijo Wimby mientras empezaban a caminar—. Creo que deberíamos volver al barrio en el que estuvimos ayer y hablar con algunos de esos dueños de clubes. Quizás incluso con algunas de las familias.

—Sí, suena bien.

—Si no conseguimos nada allí, tengo una lista de hombres que han sido detenidos por intentar dirigir garitos ilegales que podrían saber algo.

Mientras hablaba, Ava recordó su conversación con Jack el día anterior. Se le ocurrió una idea, pero sabía que no era una que Wimbly fuera a apreciar.

—Creo que debería ir yo sola —interrumpió Ava.

—¿Perdona?

—Viste la reacción de Jack Dooley hacia ti ayer. No fue el único que se siente así. Ningún gerente de club o relacionado con clubes va a hablar contigo. Y si lo hacen, te van a engañar a propósito y luego te darán largas.

—Sí, pero tú vendrás conmigo. Como ayer... y eso jugará a nuestro favor.

—Posiblemente. O podría correrse la voz de que ahora estoy con la policía. Conozco a algunas personas en esos barrios, gente con negocios y cierto grado de éxito. Si voy por ahí con un poli estirado, voy a perder su respeto y confianza. Eres detective... tienes que ver eso, ¿no?

La expresión de su cara le dijo que lo entendía. Pero no le gustaba nada.

—Vaya, me he metido en una trampa terrible, ¿no?

—Iré a hablar con algunos de los dueños de negocios y asiduos a los clubes de los sitios más elegantes. Yo sola. Simplemente tiene más sentido.

—Odio admitirlo, pero es cierto. Mientras haces eso, hablaré con la familia y los amigos de las mujeres muertas. Mataremos dos pájaros de un tiro. Nos encontraremos aquí en unas horas y compararemos notas —Soltó un pesado suspiro y añadió—: Minard me matará si se entera de que te he dejado ir sola.

—No se lo diré si tú no lo haces —dijo en broma—. Mira, sé que me has echado un cable ahí dentro, y no voy a hacer que te arrepientas.

Honestamente, era difícil pensar en Minard en ese momento. Estaba más preocupada por ayudar a la familia y seres queridos de la víctima, más preocupada por asegurarse de que nadie más muriera. Y si tenía que saltarse un poco el sistema para conseguirlo, estaba bien con eso.

—No hay manera de que fueras así de mandona y autoritaria con Clarence —dijo Wimbly. Podía notar que lo decía en broma, pero también había algo de resentimiento.

—En el trabajo, por supuesto que no dijo calurosamente—. En otras cosas... bueno —dijo, soltando una risita y encogiéndose de hombros.

—A las cinco —dijo Wimbly—. Me encuentras aquí a las cinco. Si hay algún problema o una pista, buscas un teléfono y llamas a recepción. Si llegas más de cinco minutos tarde esta tarde, se acabó. Iré a ver a Minard y le diré que no eres más que una señorita terca y engreída que no acepta instrucciones.

—Me parece justo —dijo Ava. Se dio la vuelta y empezó a caminar.

Y con su nueva posición y responsabilidad, la ciudad se sentía mucho más grande... y mucho más peligrosa.

CAPÍTULO TRECE

Ava encontró las puertas de Heat Wave abiertas, incluso a la temprana hora de las 10 de la mañana. El local solo tenía capacidad para unas cien personas, pero eso no importaba; el mayor atractivo era el bar clandestino que funcionaba en el pequeño desván del ático. Era un antro con una acústica estupenda. Alguien entraba, escuchaba la música durante unos minutos y luego se colaba arriba. Cuando bajaba, aún moviéndose al ritmo de la música, nadie se percataba de que se marchaba con una o dos botellas escondidas bajo el abrigo. Ava lo sabía porque había actuado en su escenario en ocasiones cuando era cantante.

Dudó frente a las puertas. Sus días como cantante de jazz habían quedado atrás hacía poco menos de dos años, pero parecía una eternidad. Algunas de las mismas calles alrededor de aquellos viejos lugares ahora se sentían diferentes. Lo había notado durante las patrullas con Frances, pero caminando sola con su actual misión, era mucho más evidente.

Heat Wave quizás no fuera el mejor sitio para empezar a buscar. Un local más grande podría haber sido más prometedor. Estaba, por supuesto, el Cotton Club. Pero nadie estaría allí hasta dentro de varias horas. Además, Ava también sabía que algunas personas muy poderosas frecuentaban el Cotton Club: empresarios, famosos, políticos. Nunca había tenido el privilegio de cantar allí, pero había asistido algunas veces. No era tonta; no había forma de que una detective novata pudiera conseguir ninguna pista en un lugar así.

Pero Heat Wave al menos estaba abierto porque también servía como un pequeño restaurante entre semana. Cuando Ava entró, el lugar olía a huevos recién fritos, carne chisporroteante y café. Todo ello ligeramente eclipsado por el olor típico de un pequeño club de jazz: humo, sudor y un penetrante olor subyacente que Ava siempre había asociado con los instrumentos de viento. Solo había dos personas sentadas en la pequeña barra de la entrada. Un hombre que hacía las veces de cocinero y camarero se apresuraba a servir una taza de café con un plato de huevos.

No reconoció al cocinero, lo cual era una pena. El cocinero y camarero que solía conocer era un hombre negro obeso y alegre conocido simplemente como Bear. El cocinero actual parecía ser de origen italiano.

No había estado dentro de Heat Wave en casi ocho meses, así que suponía que muchas cosas habían cambiado, algo que solía ocurrir en los clubes de jazz más pequeños, gracias a la ley seca.

Se acercó a la barra y se sentó junto a uno de los dos comensales. Estaba esperando a que el cocinero volviera para pedir un café y preguntar qué había pasado con Bear. Pero antes de que el cocinero regresara, una voz ronca habló a su lado.

—¿Ava? —dijo el hombre sentado junto a ella.

Se giró a su derecha y vio un rostro vagamente familiar. Era uno que no había visto en casi tres años y, en aquel entonces, no estaba parcialmente cubierto por la barba que ahora veía. Tardó un rato en recordar el nombre, pero cuando lo hizo, sonrió y el nombre salió casi como una risa.

—¿Reggie?

Reggie Wilson le sonrió radiante. Se sintió terrible por haber tardado tanto en darse cuenta de quién era. ¿Cuántas noches había tocado su trompeta detrás de ella en este mismo club y al menos en otros cuantos? Reggie era sin duda uno de los mejores trompetistas freelance de la ciudad, no atado a ninguna banda para poder disfrutar tocando con una variedad de personas. No estaba segura de dónde venía, pero siempre había insinuado que su familia había sido bastante privilegiada en el sur después de la Guerra Civil. No queriendo formar parte del racismo que aún no había disminuido por allí, había venido a Nueva York tan pronto como pudo, trayendo solo una trompeta y algo de ropa.

—¿Dónde demonios te habías metido, loca? —preguntó Reggie.

—Bah, siempre he estado por aquí. Simplemente me alejé un poco, con la idea de volver.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo podría ser eso?

—Bueno, iba a ser pronto... pero la vida tomó un rumbo diferente.

—Vaya, sé perfectamente a qué te refieres —dijo Reggie.

—Sigues tocando, ¿verdad?

—Por supuesto. Toco aquí esta noche con un cuarteto de primera.

El cocinero se acercó y Ava pidió su café y un bollo —lo que Bear solía llamar un bollo de cielo de gata por su tamaño y forma. Sin embargo, se olvidó de preguntar por Bear, ya que estaba tan absorta poniéndose al día con Reggie.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Reggie—. Fue por el crío, ¿verdad? Tu hijo creció y necesitabas ser madre, ¿no? Lo veo mucho. Sobre todo en

mujeres, eso sí. Los hombres parece que pasan.

—Sí, eso fue parte de ello. Y no me arrepiento.

—Me alegro por ti —frunció el ceño y cuando levantó la mirada, su humor había cambiado—. Supongo que ahora estarás aún más ocupada con el crío, ¿eh? Me enteré de lo de tu marido. Solo le vi un par de veces, sentado al fondo de los locales donde cantabas, pero parecía adorarte.

—Así era. Y en cuanto a lo que hago ahora... —se detuvo aquí, luchando contra una inesperada oleada de emoción—. Estoy intentando ocupar su lugar, de alguna manera.

—¿Te refieres a hacer también de padre?

—No, me refiero a hacer de policía.

Reggie sonrió ampliamente y le lanzó una mirada perpleja.

—¿Me tomas el pelo?

—Para nada. De hecho, estoy en un caso ahora mismo. Esperaba poder pasar a hacerle algunas preguntas a Bear porque siempre estaba al tanto de todo.

—Vaya, hace tiempo que no vienes por aquí, ¿eh? A Bear le fichó un restaurante de postín. Lleva fuera tres o cuatro meses. Pero lo más importante... ¿de verdad eres policía? ¿Hay mujeres policía?

—Más o menos. Pero este es un tipo de acuerdo especial...

—¿Tienes pistola? —preguntó Reggie con un guiño.

—No. Nada de eso. Solo... espera un momento. ¿Tú sigues yendo por todos los locales, verdad?

—Así es. Algunos buenos, algunos malos, algunos que ni siquiera mencionaría. ¿Por qué lo preguntas?

Dudó antes de continuar, no quería asustarlo ni hacerle reticente a hablar con ella.

—¿Has oído hablar del asesino del hacha?

—Lo leí esta mañana —dijo mientras el cocinero le traía a Ava su café y el bollo—. Da bastante miedo. ¿Te han puesto a investigarlo?

—De una manera indirecta, sí. Ambas mujeres están relacionadas con locales nocturnos. La de anoche volvía de uno cuando la mataron. La primera víctima fue asesinada detrás de Key Factory. Dijiste que lo habías leído... ¿conocías a alguna de ellas?

—Los nombres no me sonaban, pero te diré una cosa: la forma en que las mataron me hizo pensar en un tipo del que siempre oía hablar en susurros por los locales. ¿Has oído hablar alguna vez de Tony Dos?

El nombre no le sonaba de nada.

—No, creo que no.

Reggie bajó la cabeza y la voz, disfrutando claramente de la idea de compartir lo que sabía.

—Tony Dos es literalmente un sicario del hacha. Según se cuenta, trabaja para la mafia, recorriendo la ciudad para cobrar deudas de juego. Y ese hacha... ese es su sello. Si te retrasas en un pago, te quita el dedo meñique con el hacha. Si eso no funciona, vuelve y te quita el pulgar.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó Ava.

—Nadie en concreto. Son cosas que se oyen, ¿sabes? He visto al tipo un par de veces —otros jugadores me lo señalaron. Un tipo de bajo perfil. No pensarías que es de ese tipo.

—¿Le has visto en locales? —preguntó sorprendida.

—Solo una o dos veces. Pero los mafiosos van cada vez más a los espectáculos, queriendo hacerse notar. Así que no era para tanto. Aunque, ya sabes... uno de esos sitios era Key Factory.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó. El caso ya estaba mostrando potencial y ni siquiera llevaba más de dos horas en la calle. ¿De verdad iba a resolverse todo tan fácilmente?

—Tal vez hace tres meses. No estoy seguro.

Ava dio un sorbo a su café y le dio un mordisco al bollo, pensativa. Buscó su monedero en el bolsillo, pero Reggie protestó.

—No, esto lo pago yo, señora policía. Veo que te vas ya.

—Gracias, Reggie. Y mira... quizás no le cuentes a nadie lo que estoy haciendo estos días. Ahora mismo, tengo el elemento sorpresa de mi parte.

—De acuerdo... solo si me prometes que cantarás conmigo primero cuando vuelvas a aparecer.

—Trato hecho —dijo. Y se sorprendió ligeramente al darse cuenta de que lo decía totalmente en serio.

Mientras Ava se dirigía a Key Factory —que estaba a unos cinco kilómetros de Heat Wave— se detuvo en algunos otros lugares que conocía. En algunos solo había estado una o dos veces, y otros sitios se sentían como en casa. Al igual que en Heat Wave, descubrió que algunos de los empleados que había llegado a conocer habían sido despedidos, arrestados o se habían ido a otro lugar. La Ley Seca estaba pasando factura en casi todos los sitios que miraba.

Vio dos caras conocidas por el camino: un pianista entrado en años que apenas parecía recordarla, y otro cantante que a menudo había cantado como su acompañante masculino. El cantante se llamaba Wayland Huston y cuando Ava se lo encontró en un prometedor local clandestino a la 1:30, estaba dando una lección de canto informal a un chico de dieciocho años que, por lo que se oía, claramente tenía talento pero necesitaba algo de afinación.

Wayland se alegró de ver a Ava y, como Reggie y Jack Dooley, expresó su tristeza por que se hubiera alejado del mundillo. Cuando le preguntó a Wayland si conocía a un tipo conocido como Tony Dos, se puso algo incómodo.

—¿Por qué preguntas por matones como ese, Ava? —preguntó—. Sabes que Tony Dos está en la mafia, ¿verdad?

—Lo sé. Solo he oído algunas historias y me preguntaba si eran ciertas. He oído que la mafia está asomando la cabeza más de lo que solía.

—Es verdad. Pero en realidad ni siquiera me importa porque significa más atención para los locales y la música. Pero algunos de estos tipos, como Tony Dos, son malas noticias.

—¿Qué sabes de él? —preguntó ella.

Compartió la misma información que Reggie le había dado, pero Wayland tenía algo más que ofrecer.

—Un soplón decía que Tony tuvo una fuerte discusión en un club la semana pasada. No sé por qué. Pero por lo que he oído, su novia de toda la vida le dejó y desde entonces está desquiciado. Algunos se preguntan si no irá por los clubs con esa maldita hacha encima.

Ava le deseó lo mejor a Wayland, dejándole con su alumno de canto apenas veinte minutos después de haberse reencontrado por primera vez en año y medio. Luego terminó su ruta, llegando a Key Factory a las tres de la tarde. Debería darle tiempo suficiente para volver a la comisaría a las cinco, según las órdenes de Wimby.

Al entrar por la puerta, vio a algunos de los músicos programados para esa noche sacando ya sus instrumentos al escenario, preparándose para lo que seguramente sería una prueba de sonido muy abreviada. Le hizo añorar aquellas tardes, con un par de copas de más y la luz del atardecer colándose por las polvorientas ventanas y puertas mientras se preparaba para la actuación de la noche. Quizás pronto conseguiría volver a ello.

Mientras se sumergía en la nostalgia de todo aquello, una voz cálida y entusiasta la saludó desde el otro extremo de la sala.

—¡Ava, sabía que esta vez no tardarías tanto en volver!

Se giró hacia Jack Dooley y le vio alisando un mantel de terciopelo en una de las pequeñas mesas repartidas por todo el suelo. Colocó una silla detrás y luego se acercó a saludarla.

Sonriendo, dijo:

—Veo que hoy has venido sin el poli.

—No estaba con él ayer.

—Bueno, ¡deberías estar con él de ahora en adelante! ¡Tu presencia le hacía mucho más agradable! —Negó con la cabeza, riendo, y dijo—: Todavía no me puedo creer que seas policía. Mujer policía. ¿Qué es? ¿Cómo se dice?

—No creo que importe. Mira, Jack, tengo que hacer esta visita corta. ¿Has oído hablar de la otra mujer que mataron?

—¡No! ¿Quién era?

—Una mujer llamada Annie Tate. ¿Te suena de algo?

Jack lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No me suena. ¿Crees que fue el mismo tipo que mató a la mujer en mi callejón?

—Parece que sí. Y por eso estoy aquí. Creo que podría tener una pista. ¿Qué sabes de un mafioso llamado Tony Dos?

—No irás a por él, ¿verdad? —preguntó Jack, horrorizado.

—No —dijo ella, aunque realmente no tenía ni idea de lo que le depararía el resto del día—. Solo he estado elaborando un perfil sobre él hoy. ¿Sabes quién es?

—Sí, claro. Un matón espeluznante, sin duda. No es que se lo fuera a decir nunca. Con la mafia... nunca se puede ser demasiado cauteloso, ¿sabes?

—¿Cuánto le conoces?

—No mucho. Solo por lo que me ha contado la gente. Ha estado aquí algunas veces. Nunca ha causado problemas, pero todo el mundo se mantenía alejado de él, ¿sabes? Excepto las mujeres que traía con él.

—Supongo que sabes lo que dicen que hace para la mafia.

—Sí. Corta dedos si debes dinero. Y si me preguntas, si puedes hacer ese tipo de cosas, no hay mucho más que no hagas.

—¿Hay algo que puedas contarme sobre él que no se haya rumoreado ya?

Jack miró al suelo y frunció el ceño. Abrió la boca y luego la cerró, mirando de nuevo a Ava y claramente luchando con algo.

—Está bien, Jack. Puedes contármelo. Tu nombre no saldrá a la luz.

—Había un tipo que solía venir por aquí hace un tiempo... casi todos los lunes y miércoles por la noche. Un gran jugador. Es un as del póker por lo que sé. Siempre se jactaba de haber jugado con todos. Incluso con algunos mafiosos. Decía que cuando los mafiosos salen a divertirse, a veces le llevan para ganar algo de pasta. Dijo que a veces juega con algunos mafiosos los jueves por la noche. Incluso nombró a algunos... y uno de ellos era Tony Dos. Así es aparentemente como consiguió su nombre; tiene mucha suerte con los doses.

—Los jueves —dijo Ava—. Así que... esta noche. ¿Sabes dónde juegan?

—Ava... no puedo. No puedo meterte en esto. Y si descubren que fui yo...

—Nunca te haría eso, Jack. Entre tú y yo... hay muchos ojos puestos en mí. Si fracaso y enfado a los mandamases, puedo vivir con ello. Pero una joven está muerta, dos, de hecho. Y quiero asegurarme de que no haya más. Además, lo último que querría hacer al intentar demostrar mi valía es poner en peligro a viejos amigos.

Jack asintió y no la miró cuando respondió.

—Es una partida de póker clandestina. Dura prácticamente toda la noche. Cartas, bebida, mujeres, una especie de fiesta por lo que he oído. La tienen en la trastienda de ese pequeño concesionario de coches en Madison.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Ava. Apenas podía creer su suerte, lo fiables que estaban resultando ser sus viejos amigos.

—Oh, sí... este idiota estaba tan orgulloso de sí mismo que contó hasta el último detalle.

—Gracias, Jack.

—De nada. Ahora, como pago, tienes que subir a mi escenario pronto.

Se sintió halagada; era la segunda invitación de este tipo que recibía hoy. La idea era casi tan emocionante como la información que acababa de conseguir: una pista sólida sobre un mafioso conocido por usar hachas contra la gente.

Intentó parecer confiada y tranquila al salir, pero cuando llegó a la calle, aceleró un poco el paso, ansiosa por contarle a Frank Wimbley que podría

estar tras algo. Pero más que eso, el extra de energía en su paso era una buena manera de convencerse a sí misma de que no estaba tan nerviosa como realmente lo estaba. En cierto modo, supuso que podría estar intentando huir de la sensación de mal presagio que empezaba a sentir, acechándola por detrás.

CAPÍTULO CATORCE

Cuando Ava regresó a la comisaría a las 4:55 de esa tarde, Frank no estaba por ninguna parte. No quería entrar en el edificio para buscarlo porque si Minard se enteraba, podría haber problemas. Dio unas vueltas a la manzana, deambulando por las calles cada vez más concurridas de la tarde, pero Frank no apareció. Cuando su reloj marcó las 5:20, pensó que merecía la pena arriesgarse.

Entró y descubrió que la comisaría se había calmado considerablemente desde la mañana. Aun así, supuso que Minard estaría encerrado en algún sitio investigando el caso del asesino del hacha. Se acercó rápidamente al mostrador de recepción e hizo todo lo posible por poner cara de apuro. Encontró a Wayne Gibb detrás del mostrador. Parecía un poco nervioso cuando ella se acercó.

—Hola, señor Gibb —dijo—. Me preguntaba si había algún mensaje para mí del detective Wimbley.

Gibb miró hacia el escritorio y hojeó unos papeles antes de negar con la cabeza.

—Nada.

Ella fingió confusión y se apoyó en el mostrador.

—Estaba siguiendo una pista y me pidió que volviera a la comisaría. Pero no lo he visto desde que nos separamos. Así que... supongo que tengo que dejarle un mensaje.

Gibb cogió un bolígrafo y le indicó con un gesto que continuara.

—Posible avance en el concesionario de coches de Madison.

Gibb lo anotó y dijo:

—¿Eso es todo?

—Sí, gracias, señor Gibb.

Aunque las cosas parecían incompletas y en el aire, terminó su día como estaba previsto. Completó parte del papeleo del paquete de bienvenida que había quedado desatendido, disfrutando de la sensación de seguridad de estar sentada detrás del escritorio en la oficina del Departamento de Mujeres. Cuando terminó todo, salió rápidamente para asegurarse de no encontrarse por casualidad con Minard. Además, seguía sin haber rastro de Frank, así que le pareció una pérdida de tiempo quedarse en la comisaría.

Pensó en la partida de póquer que tendría lugar en Madison más tarde esa noche. Jugó con la idea de llamar a la comisaría y darle la pista a Minard. Parecía lo más inteligente a primera vista, pero dudaba que alguien se tomara en serio su pista. Además, incluso si se la tomaban en serio, Minard y todos los demás más arriba en la cadena de mando exigirían saber de dónde había sacado la información, y no estaba dispuesta a delatar a sus viejos amigos.

Eran las 5:55 cuando llegó al gimnasio. Encontró la puerta cerrada con llave. Su padre solía mantenerlo abierto hasta las siete; se preguntó qué habría pasado hoy. Pensando si Jeffrey estaría enfermo o si habría tenido algún problema en el colegio, se apresuró a volver a casa.

Le dolían los pies cuando llegó a su apartamento. Se preguntó cuánto tiempo más durarían estos zapatos e hizo una nota mental para apartar algo de dinero para un par extra por si acaso. Estaba pensando en cómo empezar a ahorrar dinero cuando llegó a su apartamento. Podía oler comida cocinándose al otro lado: bizcochos horneándose y el olor de algún tipo de carne.

Entró y encontró a su padre y a Jeffrey en la cocina. Los bizcochos acababan de salir del horno, y la carne que se estaba cocinando era bacon, chisporroteando en el fogón. También vio que habían cortado un tomate. Por el tamaño desigual y el corte de las rodajas, supuso que esta había sido la contribución de Jeffrey.

—Papá, hoy llegué puntual —dijo Ava mientras cerraba la puerta tras ella—. ¿Por qué cerraste temprano?

—Mi única clase del día se canceló —dijo Roosevelt—. Y Jeffrey se estaba aburriendo, así que nos fuimos.

—¿Aburrido en el gimnasio de boxeo? —dijo Ava, inclinándose para besar a su hijo en la mejilla.

—Bueno —dijo Roosevelt—, eso, y tenía hambre. Ahora deja de interrogarnos y pon la mesa, ¿quieres?

Los tres se sentaron a cenar bizcochos con bacon y tomate, una cena sencilla que Jeffrey siempre había adorado. Y aunque los bizcochos de Roosevelt eran densos y secos, le encantaba que Jeffrey fuera lo suficientemente educado como para no quejarse. Mientras comían, Ava hizo todo lo posible para mantener toda la conversación centrada en el colegio de Jeffrey y lo que estaba ocurriendo actualmente en el gimnasio.

—¿Hay algún chico prometedor en el gimnasio estos días? —preguntó.

—Oh, sí, por supuesto —dijo Roosevelt, con los ojos iluminados—. Tengo un chico de diecinueve años que solía trabajar en los muelles... tiene puños como mazas de hierro y pies de bailarín. Con otros tres meses de entrenamiento, podría tener una oportunidad legítima contra algunos luchadores de verdad.

Se alegró de verlo entusiasmado porque eso entusiasmaba a Jeffrey, aunque aún no entendiera todo el alcance del boxeo profesional. Y cualquier cosa que mantuviera a Jeffrey animado y sonriente estos días era siempre bienvenida.

Terminada la cena, Roosevelt se ofreció voluntario para lavar los platos mientras Ava y Jeffrey se dirigían a su habitación. Mientras él se cambiaba y se ponía el pijama, Ava se sentó en el suelo y miró su pequeña colección de libros. Eligió uno y dijo:

—¿Qué tal El Cachorro con Suerte?

Jeffrey frunció el ceño, pero dijo:

—Vale. Está bien.

—¿No quieres un cuento? —preguntó Ava.

—No uno de esos. Quiero uno como los que solía contar papá.

Ava sintió que se le encogía un poco el corazón. Las palmas de las manos se le humedecieron de inmediato y se le ocurrió una idea.

—Jeffrey, jamás podré contar esas historias como lo hacía tu padre. Pero ¿sabes qué? ¿Y si te cuento una historia sobre tu papá? Seguro que hay muchas para elegir.

—¡Vaya! ¿En serio? ¡Eso sería genial!

Se sentaron en la cama y, mientras ella comenzaba, Jeffrey apoyó la cabeza en su hombro.

—Bueno, ya sabes que a tu padre no se le calentaba la sangre con facilidad —empezó Ava—, pero eso no fue así el día que tuvo que ahuyentar a todos esos perros callejeros que se habían colado en una carnicería.

Jeffrey empezó a reírse enseguida, y eso la ayudó a contar la historia. Porque aunque era una historia completamente real —y una de las más divertidas que había oído tanto de Clarence como de sus amigos—, le hacía echarle terriblemente de menos. Cuando la historia terminó diez minutos después, Ava no sabía si las lágrimas que le corrían por la cara eran de alegría o de tristeza.

Arropó a Jeffrey y le dio un beso de buenas noches. Se había estado acostando mucho más temprano desde que Clarence murió y, cuando cerró su puerta, le pareció que ya estaba quedándose dormido.

Encontró a su padre en el salón, hojeando sus discos. Le hizo gracia, ya que siempre había manifestado abiertamente lo mucho que le desagradaba el jazz. A él le gustaba lo que llamaba "música de paletos" de artistas como Uncle Dave Macon y Jimmie Rodgers.

—Sigue sin haber nada bueno que escuchar —dijo Roosevelt cuando ella entró en la habitación.

—Eso es cuestión de gustos —dijo Ava, acomodándose en su sillón favorito—. Gracias por la cena, papá. No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé. Pero quería. Ahora tienes este trabajo de postín. Necesitas toda la ayuda posible. Por cierto, ¿cómo va?

La niña que quería complacer a su padre se moría de ganas de contarle que le habían asignado un caso. Pero los hechos le quitarían toda la alegría: que solo estaba en él para dar una imagen bonita de la policía ante lo que parecía convertirse en un caso de asesino en serie.

—Hay mucho que caminar, eso seguro.

—¿Los hombres de allí te están dando la lata? ¿Necesitas que les eche un sermón?

Pensó en el hombre que había intentado agredirla en el vestuario, y en las reacciones de los que habían entrado con él.

—Recibo algunas bromas, pero nada demasiado malo. Soy una chica grande, papá.

—Oh, lo sé. Una chica grande con un gancho de derecha temible, además —Se crujió los nudillos nerviosamente y miró a su hija con tristeza—. Ava, he estado pensando y... si me aceptas, me gustaría quedarme aquí por un tiempo. Creo que será más fácil hasta que te acostumbres al trabajo y hasta que tú y Jeffrey os habituéis a que Clarence ya no esté.

—Eso es encantador, papá, pero ¿dónde dormirías?

—Traeré el colchón de mi piso.

Ava arrugó la nariz al pensar en el sucio apartamento sobre el gimnasio, el lugar que había sido su hogar durante más de diez años, desde que su madre murió. Estaba a punto de comentar sobre su apartamento y el mencionado colchón, pero entonces se le ocurrió una idea. Con la idea vino la culpa, y luego un poco de emoción.

—Sabes —dijo—, podrías empezar esta noche, si quieres. Hay un pequeño caso en el trabajo con el que me pidieron que ayudara después de la jornada, pero no sabía cómo te sentirías al respecto... y le había dicho a Jeffrey que llegaría a tiempo esta noche. Si quieres quedarte aquí esta noche, podrías usar mi cama y yo dormiré con Jeffrey cuando vuelva.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de casos tienen a las mujeres trabajando después de la jornada?

—Creo que son solo cosas de archivos... investigando estos dos asesinatos recientes de mujeres.

La mentira salió con demasiada facilidad, al igual que el pensamiento de la pistola de Clarence descansando en el estante superior del armario de su dormitorio.

—Me apunto si tú quieres —dijo Roosevelt—. ¿Estás segura de que tener a tu viejo viviendo contigo no va a molestar?

—Claro que no —dijo, poniéndose de pie y dándole un abrazo—. Me encanta tenerte cerca. Y creo que ayuda a Jeffrey más de lo que crees.

—¿Te vas ahora? —preguntó él.

—Sí. Cuanto antes me vaya, antes volveré. Solo necesito cambiarme de ropa.

Esta era otra mentira. Parece que se están acumulando, ¿eh?, pensó.

Sabía que estaba mintiendo porque la idea que tenía parecía un poco descabellada. Ahora, pensando en el viejo Smith and Wesson Model 10 que Clarence guardaba en su armario, no podía evitar pensar en su plan.

Fue al dormitorio y se dirigió al armario. Pensó en Jeffrey y en lo cuidadosa que necesitaba ser cuando saliera. Pero más que eso, pensó en un hombre conocido como Tony Dos, y en cómo no iba a estar en esa partida de póquer para siempre.

CAPÍTULO QUINCE

Las calles estaban iluminadas por unas cuantas farolas sombrías mientras Ava se dirigía hacia Madison Avenue. Se acercaban las nueve y no había mucha gente en la calle. De camino, se detuvo frente a una cabina telefónica pública, preguntándose si debería llamar a la comisaría para ver si Frank había aparecido y le había dejado algún mensaje. Sin embargo, le pareció mala idea; si se descubría que había llamado a esa hora buscando a Frank, realmente parecería que habían estado trabajando por su cuenta y que ella ya se había salido completamente de los límites.

Dio la espalda al teléfono y siguió caminando mientras aparecía a la vista el cruce que la llevaría al concesionario de automóviles. Caminaba lentamente para no llamar la atención de nadie con quien se cruzara. Sabía que probablemente desentonaba un poco porque llevaba una fina chaqueta de punto a pesar del moderado calor de la noche de verano. La chaqueta era necesaria, sin embargo, ya que ocultaba la pistola que llevaba metida entre la espalda y la cintura de su falda.

Cuando el concesionario apareció a la vista, intentó convencerse a sí misma de no seguir adelante. Tenía una hija en casa. Tenía un futuro por delante, aunque Clarence ya no estuviera. ¿Realmente pensaba que iba a presentarse sin más en la partida de póquer de un mafioso y obtener todas las respuestas que necesitaba para este caso?

No lo sabía. Pero lo que sí sabía era que sus rodillas ya estaban decidiendo por ella, trabajando en conjunto con sus pies para llevarla al otro lado de la calle. Miró hacia los cristales oscurecidos del concesionario. Había otros en la ciudad que estaban teniendo mucho más éxito a medida que la gente empezaba a ganar más dinero y se daba cuenta de lo fiables y necesarios que serían los automóviles en los próximos años. Incluso había previsiones de que la mitad del condado los utilizaría en la década de 1950, algo que a Ava le parecía casi irreal. Sin embargo, el de Madison era más nuevo y, por lo que sabía, no le iba tan bien como a los demás. Teniendo en cuenta eso, supuso que tenía sentido que el propietario permitiera partidas ilegales de póquer con hombres de mala reputación en su propiedad. Sin duda, había algún tipo de ventaja económica en ello.

Se mantuvo a una buena distancia después de cruzar la calle. Permaneció fuera de la sombra del edificio hasta que dio la vuelta completa hasta la parte trasera. Si necesitaba una prueba de que Jack Dooley le había dicho la verdad, la vio en forma de tres coches aparcados en el estacionamiento trasero. Había una sola puerta en la pared trasera del edificio y, al acercarse, pudo ver un pequeño resquicio de luz en la parte inferior, apenas tocando el aparcamiento.

Ava se acercó a la puerta y pegó la oreja. Podía oír varias voces murmurando y movimientos amortiguados. Alguien tosió ligeramente, luego dos personas se rieron. Incluso creyó oír la débil voz de una mujer.

Lentamente, intentó abrir la puerta y se sorprendió bastante al comprobar que no estaba cerrada con llave. Supuso que cualquiera con información sobre esta partida habría recibido una invitación, así que no había necesidad de cerrar la puerta. Con el pomo ya medio girado en sus manos, pensó que bien podría seguir adelante y terminar el trabajo. Respiró hondo, reunió valor y empujó la puerta para abrirla.

Al mismo tiempo, entró y sacó el S&W Model 10. El mundo se tambaleó por un instante, sobre todo por la sensación casi natural que la invadió al sacar el arma.

Al entrar y cerrarse la puerta tras ella, el mundo pareció congelarse por un momento. Ava se encontró mirando una habitación bastante pequeña y abarrotada. Había cuatro hombres en la sala, sentados alrededor de una pequeña mesa colocada en el centro. Uno de los hombres tenía una mujer de piernas largas sentada sobre sus rodillas. Otro hombre también estaba emparejado con una chica que tenía unas piernas que parecían llegar directamente hasta el cuello. En ese momento estaba inclinada, fingiendo echar un buen vistazo a las cartas, pero en realidad solo estaba metiendo su generoso pecho en la cara del hombre de forma obvia. La habitación estaba llena de humo y del fuerte pero atractivo olor a licor.

—¿Qué demonios...? —dijo uno de los hombres cuando todos los ojos se volvieron hacia Ava.

Vio al hombre conocido como Tony Dos, algo más bajo que el resto, pero vestido con mucha elegancia. Tenía una sonrisa vacilante en el rostro mientras intentaba averiguar por qué esta loca se había presentado de repente en su partida de póquer. Los otros hombres tenían la misma expresión en sus caras, pero entonces, de repente, parecieron darse cuenta del arma en sus manos.

Las preguntas volaron por el aire como balas cuando todos se pusieron repentinamente en una especie de atención frenética.

—¿Qué haces con esa pistola? —preguntó uno de los hombres.

—¿Quién demonios eres? —preguntó otro.

Tony Dos, poniéndose de pie y llevando la mano a su cintura, preguntó:

—¿Qué haces aquí, loca?

—Mantén las manos donde pueda verlas, Tony.

Los ojos de Tony se entrecerraron cuando ella usó su nombre. Vaciló y dejó de mover las manos. Los otros hombres también se pusieron de pie, y sus mujeres retrocedieron hacia la pared más alejada.

—¿Es esto algún tipo de redada? —preguntó Tony. Se rio entre dientes y sonrió, mirando a sus chicos. Cuando volvió a mirar a Ava, dijo—: ¿Eres algún tipo de policía?

Todos se rieron de esto, incluso las mujeres.

—De hecho, sí —dijo Ava—. Y no, esto no es una redada. Esto es...

Apenas vio moverse al hombre de la derecha. Se movió muy rápido, lanzándole una botella marrón. Un líquido transparente de olor penetrante salió despedido mientras la botella volaba dando vueltas hacia ella. Ava esquivó la botella justo a tiempo; pudo oír cómo silbaba al pasar junto a su oreja y recibió salpicaduras de alcohol en el pelo.

Mientras estaba distraída, Tony volvió a llevarse la mano a la cintura, seguramente para sacar una pistola. Ava giró sobre sí misma al esquivar y volvió a dar la vuelta con un golpe de revés. Le dio a Tony en el pecho y este trastabilló hacia atrás. Efectivamente, iba a por una pistola, que cayó al suelo cuando ella le golpeó.

Mientras él intentaba alcanzarla, una de las mujeres del fondo pareció haber tenido suficiente de esta escena. Se lanzó hacia delante, dirigiéndose a la puerta. En su prisa, su pierna elegantemente esculpida golpeó la cabeza de Tony Dos justo cuando este agarraba la pistola. Ava aprovechó la ocasión y se lanzó hacia delante, con su arma aún en alto.

—¡Levántate, Tony! —dijo Ava.

Tony hizo lo que le pedía, mirándola como si pudiera dispararle balas con los ojos. Ava no estaba segura de que nadie la hubiera mirado nunca con tanta ira. Mientras se miraban fijamente, otro de los jugadores de póquer aprovechó la oportunidad y, en un acto de desesperación, volcó la mesa. Las cartas, el dinero y los puros salieron volando. Se derramó más

alcohol y la trastienda del concesionario de coches se llenó de repente de una actividad frenética.

La mesa golpeó las piernas de Ava y esta tropezó hacia atrás. Uno de los otros hombres se abalanzó sobre ella, con los ojos puestos en su pistola. Ava no quería usarla —en realidad, para nada— así que rápidamente la pasó a su mano izquierda para poder recibir al hombre con un violento golpe en la barbilla. Le sacudió con fuerza y él se tambaleó hacia atrás, con los ojos desorbitados mientras caía.

Tan pronto como cayó, otro hombre se abalanzó sobre ella. Mientras lo hacía, Ava se dio cuenta de otras dos cosas: el tercer hombre iba a por la pistola de Tony y Tony se dirigía a toda prisa hacia la puerta, justo detrás de la mujer de generoso pecho.

Actuó rápidamente, calculando que tenía unos tres segundos antes de que el tercer hombre tuviera la pistola en sus manos y apuntara. Levantó su propia arma, odiando lo extraña que se sentía en su mano izquierda. Sin embargo, fue suficiente para que el hombre que se abalanzaba sobre ella se detuviera. Con sus ojos distraídos por la visión de la pistola, Ava volvió a mover su mano derecha, golpeándole de lleno en la sien. Él giró en un semicírculo, tropezó con una de las patas de la mesa y cayó hecho un ovillo.

Ava puso entonces su pie sobre la mesa volcada y empujó con fuerza. La empujó contra el hombre que iba a por la pistola de Tony y la pata más cercana a él le golpeó en el hombro. Mientras él se tambaleaba por ese ataque, Ava agarró la pistola de Tony y se giró para evitar que se escapara.

Pero era demasiado tarde. Tony ya había salido por la puerta y cruzado el aparcamiento. Apenas podía ver su figura oscura convirtiéndose en nada más que una sombra mientras corría por la esquina y bajaba por Madison. En su huida, había derribado a una de las mujeres de la trastienda. Ella seguía en el suelo, sujetándose el antebrazo contra el pecho. Ava instintivamente se agachó para ayudarla a levantarse, con los ojos aún fijos en la figura que huía de Tony.

Mientras observaba, vio otra figura salir disparada de las sombras de uno de los edificios vecinos, en rumbo de colisión con Tony Dos.

—¿Qué demonios...? —dijo Ava.

Echó a correr, soltando a la mujer delgada tan rápidamente que casi volvió a caer al suelo. Ava corrió tan fuerte como pudo, pasando ahora la pistola de nuevo a su mano derecha. Mantuvo los ojos fijos en las dos

figuras mientras se juntaban y, cuando se desplomaron, se vio claramente que alguien había salido de la nada para derribar a Tony Dos.

No fue hasta que estuvo a unos doce metros de distancia cuando vio claramente la otra figura.

Era Frank. Tenía a Tony Dos en el suelo y le estaba poniendo las esposas. Frank levantó la mirada hacia Ava y dijo:

—Espero que haya una buena razón para que le esté poniendo estas cosas.

—Sacó una pistola contra mí... o, más bien, lo intentó —dijo Ava.

—¡Loca del demonio! —gritó Tony mientras Frank lo ponía de pie—. ¿De qué va todo esto?

Ava y Frank lo ignoraron. Frank miró en la dirección de la que venían Ava y Tony y frunció ligeramente el ceño.

—¿Le estabas persiguiendo o algo así? Recibí tu nota sobre el concesionario...

—Más o menos. Hay otros tres tipos allí atrás —dijo Ava.

—¿Te han hecho daño? ¿Siguen allí?

Ella se encogió de hombros casi juguetonamente.

—Oh, siguen allí, desde luego.

—¡La loca esa entró repartiendo hostias con la cacharra esa en la mano! —dijo Tony.

—Espera —dijo Frank, llevando a Tony con ellos mientras se apresuraban a volver al concesionario—. ¿Me estás diciendo que interrumpiste una partida de póquer y te enfrentaste tú sola a cuatro hombres?

—Yo no diría enfrentarme —dijo Ava.

Llegaron a la puerta y Ava la abrió lentamente. Uno de los hombres se estaba poniendo de pie, usando la pared como apoyo. Los otros dos seguían inconscientes.

Frank se volvió hacia ella con una sonrisa confusa —una sonrisa impresionada, si Ava la interpretaba correctamente.

—Si a esto no lo llamas enfrentarte, me gustaría saber cómo lo llamas tú.

—¿Cuántos problemas me va a causar esto? —preguntó Ava.

Con la misma sonrisa en la cara, Frank negó con la cabeza.

—Si puedes empezar a mostrar algo de este lado tuyo en la comisaría, me aseguraré de que no haya problemas.

—Oh, yo puedo hacer que sean suficientes para ti —dijo Tony.

—Eso suena a amenaza, Tony Dos —dijo Frank—. Creo que tenemos que tener una pequeña charla en la comisaría.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—No soy ningún chivato —dijo Tony mientras lo arrastraban a la comisaría. Ava iba justo detrás de él y la atención automática que generaba el hombre la hacía sentir algo incómoda. Hablaba en voz alta, como si quisiera asegurarse de dar un espectáculo a todos los que estaban de servicio—. Y no he hecho nada malo esta noche.

—Cuéntaselo al interrogador —dijo Frank, empujándolo bruscamente. Ava se dio cuenta de que Frank quería llevar al tipo a una sala de interrogatorios antes de que causara demasiado alboroto en la oficina y los pasillos de la comisaría.

—¿Por qué me tratas con tanta brusquedad? —exigió Tony—. Ahora te haces el duro, ¿eh? ¡Pero fue esta tía la que hizo todo el trabajo! —Se carcajeó mientras atraía más y más atención, con los agentes girándose en su dirección mientras lo llevaban por el edificio—. ¿Habéis oído eso, maderos? ¡Este gran y malo poli no hizo nada más que placarme cuando estaba distraído! ¡Fue la chavala la que tenía los músculos de verdad!

Frank hizo una mueca y arrastró a Tony hasta las salas de interrogatorios. Cuando Ava lo siguió, se dio cuenta de que era la primera vez que entraba en una. Honestamente, cuando le pidió el trabajo a Minard, nunca soñó que hubiera llegado tan lejos, y mucho menos en tan poco tiempo. Era impresionante, pero también la hacía sentir como si todo el peso del mundo estuviera, en ese momento, sobre sus hombros.

La habitación solo contenía una mesa y dos sillas, una a cada lado. Simple y directo, pero para Ava se sentía como el escenario de alguna gran prueba. Y ella era la única que la estaba haciendo.

Frank empujó a Tony a la silla del lado opuesto de la mesa con tanta fuerza que casi se volcó, y Tony con ella.

—¿Has terminado de gritar? —preguntó Frank.

—¿Qué pasa, madero? ¿Te avergüenzo?

Ava pudo ver la furia en los ojos de Frank cuando se volvió hacia ella. Hizo todo lo posible por mantener su voz tranquila y calculada cuando habló.

—Agente Gold, ¿podría salir y dejarme hablar con este caballero?

Ava asintió. Estaba un poco decepcionada, pero dada la forma en que había ido la noche, no quería presionar demasiado.

—Ni hablar, madero —dijo Tony. Los miró a ambos, con una sonrisa cada vez más amplia en su rostro—. No tengo ni idea de qué quieres hablar, pero no diré ni una palabra a nadie más que a ella —Asintió hacia Ava cuando dijo esto y ella pudo notar por la sonrisa arrogante que aún tenía en la cara que pensaba que estaba manejando la situación a su favor al hacer tal petición.

—Ni lo sueñes —dijo Frank.

Tony se encogió de hombros y cruzó los brazos.

—Entonces adelante, buscad vuestros cargos de mierda para presentar contra mí. Pero sé cómo funciona este juego, oh sí que lo sé. Esta tía entra blandiendo una pistola y noquea a unos hombres desarmados. Luego tú me placas sin provocación. Y seamos sinceros. Sabes algo de mis conexiones, ¿verdad? Puedo hacer que esto se vea mal no solo para ti, sino para toda la comisaría. Demonios, para toda la policía de Nueva York. Y con ese asesino suelto... vaya, eso se vería terriblemente mal, ¿eh?

Ava observó cómo Frank se alejaba de Tony. Podía ver la contención en los músculos de su antebrazo y en la tensión de su mandíbula. Con la espalda aún vuelta hacia Tony, dijo:

—De acuerdo. Entonces habla.

Tony asintió hacia la silla frente a él, como si acabara de invitar a su mejor chica a cenar.

—¿Qué os trajo a mi partida de póquer esta noche? —preguntó Tony.

Ava sabía que no tenía intención de hacerlo fácil, que solo estaba interpretando un papel para molestar a Frank. Pero ella también podía jugar a ese juego. Por arrogante que la hiciera sentir, ya sabía que lo había impresionado con sus habilidades de lucha esa noche. Si de alguna manera podía mantenerse en esa zona, estaría de perlas.

—Un soplo de alguien —dijo ella.

—¿Qué tipo de soplo? Ten cuidado ahora. No mucha gente sabe de esa partida de póquer. Si realmente quisiera, podría preguntar por ahí y averiguar quién te lo dijo. Podría causarles problemas.

—Oh, no lo dudo. Tu reputación... bueno, se está extendiendo. El hacha y todo eso —Esto pareció no sentarle bien a Tony, así que ella continuó rápidamente antes de que el comentario tuviera tiempo de calar—. Tony,

honestamente me importa un bledo qué tipo de cosas estés haciendo con la mafia estos días. Alcohol, mujeres, pegar palizas... me da igual.

—¿Esperas que me crea eso?

—Créelo o no... me da lo mismo. No. Hay un juego más grande aquí. Mencionaste al asesino que estamos buscando hace unos segundos. Y eso es curioso... porque todavía lo estamos buscando. Y tú resultas ser nuestro principal sospechoso.

La sonrisa se deslizó del rostro de Tony tan rápido que parecía que su cara se estaba derritiendo.

—¿Me estás tomando el pelo, guapa?

—No. Y no me llames guapa.

Estaba claro que Tony Two no estaba acostumbrado a que le hablaran así. Ella vio cómo su rostro pasaba por una variedad de emociones. Cuando se detuvo en la ira por un momento, entendió cómo podría infundir miedo a la gente a pesar de su pequeña estatura.

—¿Qué pasa, Tony? —preguntó Ava.

—¿Aparte de estar siendo interrogado por una tía creída?

—Sí, aparte de eso.

Observó cómo lo que parecía ser sinceridad se asentaba en sus facciones. Su postura se relajó ligeramente y sus ojos se suavizaron.

—Seamos francos. Seguramente sabréis algo sobre mí, ¿no? He hecho cosas que no son precisamente... ejemplares. Pero jamás haría daño a una mujer. Un hombre que hiere a una mujer es la peor escoria del mundo. Lo creáis o no, es una norma común entre muchos de los hombres con los que trabajo. Hay cosas que simplemente no se hacen.

—Por supuesto, respeto eso —dijo Ava. El tono de la conversación había cambiado por completo con la confesión de Tony, así que pensó que debía aprovechar el momento. Aun así, dudaba de la sinceridad de sus palabras. Después de todo, uno de sus amigos delincuentes le había lanzado una botella de cerveza. Sin embargo, siguió interpretando su papel y dijo—: Y si nos puedes dar algunos detalles sobre tu paradero la noche en que estas dos mujeres fueron asesinadas, podrás marcharte.

Notó que Frank se tensaba detrás de ella al oír este comentario, pero decidió ignorarlo por el momento.

—¿Cuándo fue? —preguntó él.

—El más reciente fue anoche mismo. El primero hace dos días.

Tony se removi6 inc6modo en su asiento. Ella pudo ver c6mo reflexionaba sobre varias cosas mientras su rostro muy expresivo se frunci6 en un gesto de preocupaci6n.

—No puedo dec6rselo.

—¿Y por qu6 no?

—Porque estar6 delatando a algunas personas. Y, al igual que no pegamos a las mujeres, tampoco solemos delatar a nuestros amigos.

—Con todos mis respetos —dijo Ava—, no me trago esa chorrada de no pegar a las mujeres. Sabemos la clase de hombres con los que te juntas. Recuerdo perfectamente c6mo me lanzaron una botella de cerveza a la cabeza.

Tony se encogi6 de hombros y dijo:

—Oye, yo no la tir6.

Ava lo medit6 un momento antes de decir:

—¿No puedes contarnos lo que necesitamos saber sin revelar los nombres de las personas con las que estabas?

Tony Dos lo consider6 por un momento y luego neg6 con la cabeza.

—Lo siento, no. No puedo correr ese riesgo.

—Supongo que no servir6 de nada si te dij6ramos que no investigar6mos nada que suene sospechoso a menos que est6 relacionado con estos asesinatos, ¿verdad?

—Lo siento —dijo. Y por extra6o que pareciera, Ava estaba bastante segura de que lo dec6a en serio.

Frank dio un paso adelante y, cuando lo hizo, Ava se alegr6 de ver que su actitud hab6a cambiado.

—Est6 bien —dijo—. Pero entiendes que no podemos dejarte ir ahora mismo, ¿verdad? No a menos que nos des alg6n tipo de coartada.

—S6, lo entiendo —Entonces se recost6 en su silla, como si no le molestara en absoluto.

Frank mir6 a Ava y dijo:

—¿Podemos hablar fuera un momento?

Salieron de la sala de interrogatorios, cerrando la puerta tras Tony Dos. Frank se alej6 unos pasos de la puerta y se apoy6 contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Creo que lo hizo 6l —dijo Frank.

—¿Bas6ndote en qu6? —pregunt6 Ava.

—Para empezar, en su negativa a decirnos dónde estaba cuando mataron a esas mujeres.

—Entiendo eso, pero si está con la mafia, ¿no tiene sentido? —Recordó varias ocasiones en las que Clarence había llegado a casa quejándose de cómo ciertos miembros de la mafia eran prácticamente intocables. No solo eso, sino que eran uña y carne y nunca se traicionaban entre sí. Si ella lo sabía, seguramente Frank también—. ¿Qué hay de lo que dijo sobre no hacer daño a las mujeres? ¿Es como una norma general entre los mafiosos?

—No lo sé —Se quedó pensativo un momento y luego se encogió de hombros—. Tengo que admitir que no me viene a la mente ningún caso en el que los mafiosos hayan matado a mujeres. Algunos maltratan a sus esposas, y siempre se mantiene en secreto. Así que... no lo sé.

—Entonces déjame preguntarte esto —dijo Ava—. Supongamos que lo retenemos como sospechoso... que acaba en una celda. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que la mafia empiece a meter las narices en todo esto cuando se entere de que Tony Dos está en el calabozo por dos asesinatos, pero sin ninguna prueba?

—No lo sé —dijo de nuevo, esta vez un poco amargado y enfadado—. Pero por ahora, es la única baza que tenemos, una baza que tú pusiste en marcha cuando irrumpiste sola en esa partida de póquer. Así que, por ahora, nos quedamos con esto mientras seguimos investigando el caso, buscando pruebas de que Tony lo hizo o de lo contrario.

Con eso, Frank se dio la vuelta y se marchó hacia la oficina general, quizás de vuelta a casa por lo que Ava sabía. Mientras tanto, ella solo pudo girarse y mirar la puerta cerrada de la sala de interrogatorios, atormentada por el hecho de que estaba bastante segura de que el hombre al otro lado era inocente. Claro, era nueva en todo esto, pero había escuchado a Clarence hablar sobre cómo leer a la gente. Y basándose en lo que había sacado de sus historias, simplemente no creía que Tony Dos estuviera siendo lo suficientemente defensivo. Estaba más preocupado por delatar potencialmente a los hombres de su círculo íntimo que por estar bajo sospecha de asesinato. Simplemente no le cuadraba.

CAPÍTULO DIECISIETE

La voz de su madre resonaba más fuerte que nunca. Era como si la vieja arpía estuviera en la habitación contigua, gritándole a través de las paredes.

—Por poco te pillan la última vez, pedazo de idiota —dijo ella—. Dios mío, te dejas llevar por esos impulsos enfermos y ni siquiera eres capaz de hacerlo bien.

Estaba sentado en el pequeño sillón donde había muerto su madre. Se frotaba la cabeza, sintiendo que le venía jaqueca, pensando en las terapias que había soportado en el hospital. ¿De verdad le habían ayudado, o lo habían empeorado?

—Deberían haberte dejado allí —dijo la voz de su madre—. Deberían haberte dado electroshocks para freír ese triste cerebro tuyo. Dios, eres patético.

Se levantó de un salto del sillón como si algo le hubiera mordido. Empezó a dar vueltas por el salón, respirando con dificultad. Sabía que su madre no estaba en ninguna parte de la casa. La habían enterrado en la ciudad, en uno de los cementerios al azar repartidos alrededor de una de las inútiles iglesias. No estaba seguro de cuál. No había asistido al funeral. Aun así, miraba fijamente la pared, temeroso de lo que ella pudiera decir a continuación.

Supuso que podría marcharse de la ciudad. Estaba demasiado abarrotada y esas mujeres estaban por todas partes. Quizás si se fuera hacia el sur, donde aún quedaban campos y tierras de cultivo por doquier, tal vez entonces su cabeza se aclararía.

—Eso es —dijo su madre desde la otra habitación—. Huye de tus problemas. No hace falta que los afrontes como un hombre...

Gritó y se dirigió a la puerta. Salió a una tarde razonablemente fresca y sintió un momentáneo alivio. El aire fresco y el sol eran como un agente purificador, lavando el ruido de la voz de su madre de su cabeza. Caminó con la cabeza gacha, lo que pareció alejar lentamente la jaqueca que había sentido crecer detrás de sus ojos.

Caminó y pensó en su madre, en matarla y vagar por las calles hasta que lo ingresaron en el hospital. Todo era un borrón, en realidad, pero nunca se había molestado en cuestionarlo. Recordaba vagamente un rostro flotando

sobre él, el de un policía, y luego un médico. Y después vinieron las camas y los tratamientos dolorosos, y el tren de medicamentos. Nadie había relacionado nunca la muerte de su madre con su vagabundeo por las calles. Todo se había esfumado, y lo único que quedaba era la voz molesta que a menudo estallaba en su cabeza.

De alguna manera, estos pensamientos confusos le habían llevado a las calles de la ciudad. Eran calles familiares, avenidas y callejones por los que había caminado innumerables veces en los últimos meses. Se detuvo un momento, sin estar muy seguro de cómo había llegado allí. La noche empezaba a caer y eso también era un alivio. La noche hablaba de cosas invisibles, de sombras y secretos. Sonrió, a pesar de su inquietud.

Las mujeres estaban por todas partes. Muchas iban del brazo de hombres. Algunas caminaban solas, quizás de compras o de visita con amigos. Algunas eran guapas y otras corrientes. Otras —solo unas pocas aquí y allá— eran tan hermosas que no tenía sentido para él. Rostros perfectos, ojos brillantes, pechos escondidos por la ropa pero perfectos de todos modos, la forma en que caminaban, cómo olían...

Ah, pero también había poder ahí. Y eso era lo que a menudo enfurecía su corazón.

Se detuvo frente a una pequeña tienda de tabaco y observó a una mujer al otro lado de la calle. La espiaba a través de una ventana abierta de un apartamento. Estaba haciendo algo con las cortinas, arreglándolas o quitándoles el polvo, no estaba seguro. Su barbilla era bonita y angular, su boca una perfecta curva roja que sonreía despreocupadamente. El aire del verano entraba por la ventana y apenas le rozaba el pelo.

Estaba caminando hacia el edificio antes de ser plenamente consciente de lo que hacía. Estaba tan absorto por la visión de la mujer en la ventana que casi se metió delante de un coche. Saltó hacia atrás con una mueca de desprecio. Había demasiados de esos malditos coches en las calles ahora. ¿En qué demonios se estaba convirtiendo este mundo?

Con el corazón martilleando, volvió a pisar la calle. Miró de nuevo hacia la ventana donde había estado la mujer, pero ella se había ido a hacer otra tarea. Y aunque ella se había ido, el impulso no. Vibraba como un cable caliente a través de su corazón y no estaba seguro de poder escapar de él nunca, aunque honestamente no quería hacerlo.

La madre de Theresa le había advertido sobre aceptar el trabajo a una edad tan temprana. Le había hablado del tipo de hombres que atraían "esos clubes" y los problemas que conllevaban. Theresa suponía que su madre tenía razón, pero, por otro lado, su madre no tenía ni idea del dinero que ganaba.

Vale, solo era una chica de los cigarrillos en el Big Riff, pero para una joven de dieciocho años ganar ese dinero... era algo inaudito. Todo lo que tenía que soportar eran hombres mayores borrachos llamándola "muñeca" y "ricura", además de algún que otro apretón en el culo. Y por esa molestia, tenía más dinero metido en el escote por una noche de trabajo que el que su madre ganaría en toda la semana siguiente.

Y cuando había guardado las bandejas y se dirigía a las puertas para volver a casa, un hombre muy borracho se le había acercado, la había abrazado lo suficientemente fuerte como para presionar sus pechos contra su pecho, y le había dado las gracias por su duro trabajo, fuera lo que fuese eso. Y solo por eso, le había dado un billete de un dólar nuevo. En su borrachera, incluso se había ofrecido a acompañarla a casa. Ella se negó, aunque le encantaba la idea de lo que diría su madre si un caballero borracho de cincuenta y tantos años acompañara a su niña a casa.

El pensamiento le dibujó una sonrisa en la cara a Theresa mientras se dirigía a casa. La noche era preciosa, justo después de medianoche, cuando las noches de verano traen una frescura que, en su opinión, rivalizaba incluso con las mejores brisas de las mañanas más frescas.

Tenía que caminar siete manzanas hasta su casa, y aunque lo había hecho muchas veces antes, solo lo había recorrido a esta hora de la noche en tres ocasiones. Sin embargo, esta era la primera vez que caminaba con treinta y dos euros bien guardados en el sujetador. Theresa estaba ocupada pensando en cómo presentar el dinero a su madre (¿se pavoneaba o le ofrecía un poco para ayudar a pagar las facturas de este mes?) cuando la voz de un hombre la llamó desde la derecha.

—Eh, tú —fue todo lo que dijo la voz.

Se giró y vio a un hombre saliendo de un callejón entre dos pequeños edificios de apartamentos.

—Hola —dijo en voz baja, principalmente porque la habían educado para no ser nunca grosera con nadie.

—Es muy tarde, pequeña —dijo el hombre—. Puedo acompañarte a casa si quieres.

—No, gracias.

Pensó que ahí acababa todo, pero entonces él empezó a moverse. También estaba bastante segura de que murmuraba algo entre dientes.

—Oh, no de esa manera —dijo el hombre con una risa. Salió del callejón y caminó lentamente un poco detrás de ella—. No soy uno de esos hombres. De verdad. Solo sé cómo pueden ser las cosas en esta ciudad y quiero asegurarme de que chicas guapas como tú no estén en peligro.

—Estoy bien, gracias —dijo Theresa, ahora un poco nerviosa mientras el hombre seguía siguiéndola.

De nuevo, ese murmullo salió de su garganta. Era como si estuviera teniendo una conversación consigo mismo mientras intentaba no perderla de vista. De repente, deseó haber aceptado la oferta del borracho de acompañarla a casa.

—Vamos, venga —dijo él, su tono ahora más alegre al dejar de murmurar.

—Estoy bien —dijo ella, un poco más firme ahora—. Mi casa está justo aquí en...

Él se movió rápidamente. Antes de que se diera cuenta, ya no estaba detrás de ella. Estaba justo a su lado. Estaba alargando la mano y agarrándole el hombro. No era el tipo de manoseo juguetón o apreciativo que había experimentado toda la noche en el Big Riff. Había peligro en el agarre de este hombre y lo supo antes incluso de que le apretara el hombro. Peor aún era el extraño ruido de parloteo que hacía. Estaba bastante segura de que hablaba entre dientes. Reconoció la palabra "madre", pero eso era todo.

Sintió que intentaba tirar de ella hacia atrás, probablemente de vuelta al callejón del que había salido. Actuando tan rápido como él, Theresa giró bruscamente hacia la izquierda y se zafó de su agarre con un movimiento del hombro. No perdió tiempo en apresurarse calle abajo. En dos zancadas de sprint, uno de sus zapatos de tacón salió volando de sus pies y cayó con estrépito en la acera.

Miró hacia atrás y vio que él venía tras ella. Vio partes de su cara en las sombras de la noche. Estaba sonriendo —por Dios que estaba sonriendo mientras la perseguía— y había algo en su sonrisa que daba más miedo que cualquier cosa imaginada que pudiera hacerle si la atrapaba.

Y aun así, seguía murmurando entre dientes.

—...¿verdad que sí, mamá? Si tú solo...

Abrió la boca para gritar pidiendo ayuda, pero resultó que no lo necesitaba. Había dos hombres de pie en la esquina de delante. Uno fumaba un puro y ambos la miraban correr hacia ellos. Cuando sus ojos se posaron en el hombre que la seguía, los dos se pusieron en marcha.

—¿Le está molestando este hombre, señorita? —preguntó uno de ellos.

—¡Sí! Sí, intentó...

Pero antes de que pudiera explicarse, los hombres echaron a correr. Vinieron corriendo en su dirección y luego la pasaron. Cuando se dio la vuelta para ver qué pasaba, vio que el hombre que había salido de los callejones se había retirado. Los hombres que potencialmente le habían salvado la vida lo perseguían, intentando asegurarse de que no escapara.

Pero en unos segundos quedó claro para Theresa, y también para los amables hombres, que el hombre era demasiado rápido. Ya se había escabullido por una calle lateral y estaba fuera de vista. El hombre con el puro aún colgando de la comisura de la boca se acercó a ella con cautela en los ojos.

—¿Estás bien, jovencita? —preguntó.

Theresa asintió y empezó a llorar.

—Venga, vamos —dijo mientras su amigo se unía a él—. Déjanos asegurarnos de que llegas a casa.

Esta vez, Theresa dijo que sí.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cuando Ava entró por la puerta de la Oficina de Mujeres, la mayoría de las mujeres aplaudieron. Lottie en particular parecía estar muy entusiasmada. Incluso soltó uno de esos silbidos agudos con los dedos que los hombres solían usar para las mujeres que pasaban por la calle. Frances estaba sentada en su escritorio, poniendo los ojos en blanco ante el espectáculo, pero también había satisfacción en su rostro.

Ava negó con la cabeza, pero era difícil contener su sonrisa.

—No hace falta todo esto —dijo.

—Perdona —dijo Lottie—. El rumor que corre por la comisaría es que anoche les diste una paliza a cuatro hombres, y lo hiciste sin la ayuda de Frank Wimbly.

—Tuve suerte —dijo Ava. Sabía que era parcialmente cierto, pero tampoco quería regodearse en la adulación. Era una regla que su padre le había enseñado en el gimnasio de boxeo. Cuando la gente empieza a alabar a un luchador, se vuelve confiado. Se vuelve arrogante y se ablanda. Y entonces, cuando llega ese golpe de gracia a la cabeza, duele mucho más cuando tienes que levantarte.

—Cuando tienes a Tony Dos —un miembro confeso de la mafia con un historial bastante violento— gritando que eres una luchadora increíble, eso es más que suerte —dijo otra de las mujeres. Era una de las mujeres que no le había hablado en sus primeros días. Al parecer, los acontecimientos de anoche habían cambiado su actitud.

—Sea como sea —dijo Frances—, lo importante es que te dieron la oportunidad de cerrar el caso del asesino del hacha y lo hiciste. Atrapaste a un asesino e hiciste las calles más seguras. Eso es lo importante.

—¿Qué? —dijo Ava—. ¿Quién ha dicho que era el asesino?

—Prácticamente todo el mundo —dijo Frances—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No lo sé muy bien —dijo Ava—. Disculpadme, señoras.

Salió de las oficinas de la Oficina de Mujeres y se dirigió al piso de arriba. Se dirigía a la oficina de Minard para averiguar cuál era realmente el estado del caso del asesino del hacha cuando vio a Frank cruzando la sala.

También notó que algunos de los hombres se reían disimuladamente mientras pasaba junto a ellos.

Frank la alcanzó cuando estaba a pocos pasos de la oficina de Minard. Manteniéndose tan profesional como pudo, Frank dijo:

—Agente Gold, ¿podemos hablar un momento?

Ella asintió mientras él la conducía hacia lo que supuso era su escritorio. Estaba ligeramente apartado de la sala principal. Estaba desordenado con algunos expedientes abiertos y parecía de alguna manera más prestigioso que los escritorios más pequeños situados en el área central. Ella se quedó de pie en el borde con los brazos cruzados mientras Frank se sentaba detrás del escritorio. Cuando habló, lo hizo en voz baja, como si estuviera aterrorizado de que los otros agentes pudieran oírles hablar.

—Escucha —dijo—. Sé que no tuviste nada que ver con todas esas cosas que Tony Dos estaba soltando cuando lo trajimos aquí. Pero suficiente gente lo oyó en la comisaría como para que se corra la voz. Confío en que eres una mujer honesta, y te agradecería que no hicieras nada para echar más leña al fuego.

—Nunca haría algo así —dijo ella. Sinceramente, estaba un poco ofendida de que hubiera asumido que ella pensaría siquiera en algo así.

—Me lo imaginaba. Solo quería llegar a un entendimiento.

—Por supuesto. Ahora, hablando de entendimiento, quiero saber por qué todo el mundo dice que tenemos a nuestro asesino. Nunca llegamos a un acuerdo de que Tony Dos fuera el asesino del hacha.

Frank se encogió de hombros y miró nerviosamente alrededor de la comisaría.

—Tienes razón. No lo hicimos. Y si te soy sincero, yo tampoco estoy seguro. Pero la realidad de la situación es que encaja. Después de que te fueras anoche, el capitán Minard me preguntó si creía que Tony era el asesino. Le dije que creía que era una posibilidad muy fuerte que Tony Dos fuera nuestro hombre, pero que no era una certeza.

—Entonces, ¿dónde está?

—¿Tony? Está en una celda de detención.

—Pero él no lo hizo.

—Eso no lo sabes —dijo Frank, ligeramente molesto—. No hay razón para hacer esto más difícil de lo que tiene que ser. Ahora mismo, tenemos a alguien bajo custodia, alguien que al menos parece estar en la línea de lo que estamos buscando.

—Y tampoco hay necesidad de ser perezoso y despreocupado al respecto —dijo Ava—. No tenemos pruebas, y por la forma en que habló anoche de no hacer daño a las mujeres... parece más preocupado por quizás soltar la lengua sobre su amigo que por el hecho de ser sospechoso de asesinato.

—Escúchame, Gold. Todo encaja perfectamente y conseguimos arrestar a un conocido jefe del crimen. Es una victoria absoluta para todos, incluida tú.

—Pero hemos pillado al hombre equivocado.

Exasperado, Frank bajó aún más la voz y dijo:

—Si insistes en darle vueltas a este asunto, te daré un día más para que hagas lo que creas que puedes hacer. Dos días como máximo absoluto. Y no es por ser un capullo... es porque sé sin ninguna duda que si lo alargas, vas a tener a Minard detrás de ti. Te pasará por encima y vas a quedar como una idiota delante de las pocas personas de la comisaría que no están ya en tu contra o deseando que fracasas. Si Minard pregunta dónde estás, le diré que estás hablando con testigos. Pero eso es todo. Un día. Pero estás perdiendo el tiempo. Tony Dos es nuestro hombre y está en una celda.

Tenía una docena de cosas que quería decir en respuesta, pero optó por lo más sensato. Era otra ocasión en la que las reglas del cuadrilátero entraban en juego. Podías hablar todo el día y quedarte sin aliento; al final, los resultados venían dados por tus acciones.

Con eso en mente, Ava salió de la comisaría y volvió a la calle, esta vez con la tarea bastante extraña de demostrar que un mafioso era inocente de asesinato.

En lugar de salir corriendo a buscar a las pocas personas que conocía de sus días como cantante, Ava pasó un rato paseando por las calles. Se dirigió a la zona donde habían matado a la primera mujer, justo detrás de la Fábrica de Llaves. Luego se encaminó hacia donde habían asesinado a la segunda mujer. También estaba muy cerca de un club, aunque no era uno con el que Ava estuviera muy familiarizada.

Cerca del mediodía, Ava tuvo lo que esperaba fuera una oportunidad. Pasaba por delante de un banco cuando apenas alcanzó a escuchar una conversación entre un hombre de aspecto robusto y otro mucho más pequeño vestido con un traje muy elegante.

—...y un día de estos, las mujeres de esta maldita ciudad se darán cuenta de que el derecho al voto no las hizo invencibles. Jovencitas guapas

paseando por la calle sin miedo alguno. Vamos, es como si estuvieran buscando problemas. Podría haber acabado tiesa como las otras dos si yo no hubiera aparecido.

A Ava no le gustó mucho su tono hacia las mujeres, pero lo que decía encajaba con lo que estaba buscando.

Se volvió hacia el hombre y se metió en la conversación.

—Disculpe, señor, ¿podría repetir lo que acaba de decir?

Él la miró al principio con algo parecido a apreciación, pero luego le lanzó la misma mirada turbia que la mayoría de los hombres daban a las mujeres que parecían querer informarse de algo más que de lo que debían preparar para cenar.

—Vaya, no pretendía ofender a nadie —dijo con sarcasmo—. No quería decir...

—Soy del Departamento de Mujeres de la policía municipal —dijo ella—. Estoy buscando cualquier información sobre estos supuestos asesinatos con hacha. Por lo que he oído, ¿ayudó usted recientemente a una joven en apuros?

—Sí, así es —dijo. Ella notó por la forma en que sacaba pecho y levantaba ligeramente la barbilla que estaba muy orgulloso de ello—. Anoche, de hecho.

—¿Le importaría contarme qué pasó?

—Por supuesto —Se tomó un momento para encender un puro y empezó a darle caladas antes de comenzar—. Ocurrió a unas seis manzanas de aquí, de hecho.

—¿Me lo podría mostrar?

—Ay, señora, tengo que volver pronto al trabajo —Parecía estar dividido, realmente quería hacer el papel de héroe—. Pero puedo darle la dirección.

—Eso sería muy útil. Primero, ¿puede contarme qué pasó?

—Había salido después de unas partidas de billar con mi hermano. Volvíamos a casa sin prisa porque los dos habíamos perdido algo de dinero y era tarde. No teníamos ganas de toparnos con nuestras mujeres, ¿sabe? En fin, íbamos sin prisa y vemos a esta preciosidad corriendo calle abajo. Llevaba uno de esos trajes ajustados que ves a las chicas que trabajan en esos clubes, ¿sabe? Dijo que era vendedora de cigarrillos, pero no recuerdo de qué club. En fin, al principio nos pareció gracioso verla correr así, pero luego vimos al tipo que venía detrás y nos dimos cuenta de que la

perseguía. Y era rápido el tío, se lo digo yo. Pero le gritamos y lo asustamos.

—¿Pudo verlo bien?

—Qué va, estaba demasiado oscuro. Yo diría que era de estatura media. Blanco, seguro. Pero nada más.

—¿Y acompañaron a la chica a casa?

—Claro que sí. Mi hermano y yo.

—¿Dnde vive?

El hombre del puro le dio las indicaciones, y parecía casi tan orgulloso de dar esa información como lo había estado al contar la historia de su heroicidad. Las dio con tanto orgullo que Ava no dudó que fueran cien por cien correctas. Y aunque sabía que era una gran ciudad y que la pista podría no llevar a nada, no tardó mucho en descubrir que el hombre tenía, de hecho, toda la razón.

La residencia de la chica era un piso a solo seis manzanas, en una zona de la ciudad que parecía estar a caballo entre el barrio rico y el que tenía más dificultades que la mayoría. Solo había siete pisos en el edificio, y el hombre le había indicado el número 4.

Ava llamó a la puerta y esperó. Mientras lo hacía, escuchaba los sonidos del edificio: alguien tosiendo a unas puertas de distancia, un tarareo procedente del piso de al lado. Y entonces escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta del apartamento número 4, suaves y arrastrando los pies. Abrió la puerta una guapa mujer rubia que aparentaba poco más de veinte años. El hombre que fumaba puros la había descrito a la perfección. Por supuesto, ya no llevaba la ropa de trabajo de la noche anterior. Ahora vestía un pijama y, aun así, conseguía estar impresionante.

—¿Sí? —preguntó la mujer—. ¿Puedo ayudarte?

—Soy del Departamento de Mujeres de la Policía de Nueva York —dijo Ava—. Tengo entendido que anoche sufriste un intento de agresión.

La chica la miró perpleja durante un momento.

—¿Tienen una división entera de mujeres?

—Así es. Y estoy en una misión especial. ¿Cómo te llamas?

—Theresa Neilson.

—Bien, Theresa, ¿sabías que ha habido dos asesinatos en los últimos días, y que ambas víctimas eran mujeres?

—No hasta anoche, cuando esos dos hombres me rescataron. Me lo contaron todo y me dijeron que era una insensata por andar sola por la calle.

—No utilizaría esas palabras exactamente, pero en general tenían razón, ¿sabes?

—Entonces, ¿qué necesitas?

—Toda la información que puedas proporcionarme sobre lo que pasó anoche.

—Claro. Pasa. Tengo café hecho si te apetece.

Ava entró y echó un vistazo alrededor. El apartamento era austero, pero estaba bien decorado. No parecía el hogar de una joven soltera.

—¿Vives aquí sola? —preguntó Ava.

—No. Vivo con mi madre. Pero se fue a trabajar hace unas horas.

—¿Sabe ella lo del altercado de anoche?

—Dios, no. Jamás se lo diría. Ya se preocupa demasiado. Además... la verdad es que no fue para tanto.

—Podría haberlo sido si no hubieran aparecido esos dos hombres.

—Quizás. Entonces, ¿qué necesitas saber?

Ava pensó que la mujer se esforzaba demasiado en convencerse de que el incidente no le había afectado. Estaba actuando con demasiada indiferencia.

—En primer lugar, ¿por qué no lo denunciaste?

—Como te dije... mi madre. Le habría dado un infarto o algo así.

—¿Pudiste ver cómo era ese hombre? Si pudieras proporcionar esa información, sería de gran ayuda.

—Solo vi sus ojos. Estaban muy abiertos y con una mirada enloquecida. Pero estaba oscuro, ¿sabes? Y al principio, cuando solo me estaba esperando, estaba medio oculto en la oscuridad.

—¿Estaba junto a un callejón?

—Sí —dijo Theresa, abriendo un poco los ojos.

—¿No viste su pelo ni ningún rasgo facial?

—No, nada de eso. Lo siento.

Ava dejó escapar un pequeño suspiro interno. Suponía que había sido demasiado esperar. Algo decepcionada, preguntó:

—¿Notaste algo en él que pudiera ayudar a identificarlo?

—No creo. Todo fue tan rápido y... espera, ¿sabes qué? Me di cuenta de que estaba como hablando solo. O quizás con alguien que él creía que estaba allí, como si estuviera chiflado o algo así.

—¿Tienes idea de lo que decía?

—No realmente. Escuché la palabra madre varias veces, como si estuviera hablando con su mamá —Theresa se estremeció visiblemente y soltó una risita nerviosa—. Ahora que lo pienso, fue bastante espeluznante.

Ava encontró ese dato bastante extraño, pero lo guardó en su memoria de todos modos. Un hombre merodeando entre las sombras y murmurando sobre su madre... quizás había algo ahí. También pensó en la figura que se movía sigilosamente en las entradas de los callejones. Y aunque ciertamente había muchos callejones en Nueva York, el idiota podría estar facilitándole involuntariamente la búsqueda de los correctos.

Primero, sin embargo, tendría que hacer algo de trabajo. Al salir del apartamento que Theresa compartía con su madre, Ava pensó que quizás era hora de ir llamando a algunas puertas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Tras una buena caminata, Ava regresó al escenario del asesinato de Annie Tate con la primera chispa de esperanza en el caso. Annie había muerto entre una tienda de ropa y un edificio de apartamentos que se parecía bastante al de Theresa; no era lujoso ni de clase alta, pero estaba lejos de ser un cuchitril. Sabía que los detectives que investigaban el asesinato habían interrogado a los vecinos, pero no contaban con la nueva información que ella tenía ahora. Así que, arriesgándose a cubrir terreno que los agentes masculinos ya habían pisado, entró.

Este edificio de apartamentos constaba de veinte viviendas, repartidas en tres plantas. Cuando llamó a la última puerta, solo había recibido miradas de fastidio, mujeres irritadas y dos hombres que se rieron ante la idea de que una mujer estuviera involucrada en una investigación policial seria. Las pocas personas que cooperaron tenían poco que decir, aparte de cómo la ciudad se iba a pique o que no habían visto nada sospechoso o fuera de lo común.

Tras desperdiciar casi una hora, Ava se dirigió de vuelta a la entrada. Había un hombre solitario fumando un cigarrillo en los escalones y dos niños a la derecha, jugando a las tabas a la sombra del edificio. Se acercó al callejón y echó un vistazo. Parecía uno de los cientos de callejones de Nueva York: sucio y estrecho, casi como si invitara a que se llevaran a cabo actos sórdidos allí.

—¿Eres poli o algo así? —preguntó una voz detrás de ella.

Ava se giró y vio al hombre fumando que había pasado en la entrada. Parecía un poco desaliñado y sucio, pero la saludó con una sonrisa cuando la vio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Te oí llamando a las puertas dentro —dijo él—. Además... ¿no llevan las mujeres policía esos silbatos? —preguntó, señalando el suyo.

—Me has pillado —dijo ella, tocando el silbato—. ¿Vives aquí?

—Mi novia vive aquí —dijo él—. Y no me deja fumar en su apartamento.

—Quizás acabo de hablar con ella, entonces.

—Qué va, trabaja como costurera en una de esas tiendas de ropa. Y yo trabajo en los muelles, lo que significa que tengo medio día para holgazanear y no hacer nada mientras espero a que vuelva a casa.

Ava se acercó más a la entrada, pensando que debía aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara.

—¿Oíste hablar del asesinato que ocurrió aquí hace unas noches?

—Claro que sí. Casi lo vi, además.

—¿Casi viste el asesinato?

—Sí. Lo perdí por unos segundos, creo.

—¿Puedes explicar a qué te refieres?

Dio una calada a su cigarrillo y pensó detenidamente, tratando de recordar los momentos.

—Estaba aquí fuera, haciendo esto mismo. Fumando. Y me fijó en este tipo que pasa, como con prisa. Y la razón por la que me llama la atención es porque me dio mala espina. Estaba como murmurando para sí mismo, ¿sabes? Fue suficiente para que decidiera entrar, para quitarme de la calle. Así que me levanto para hacer justo eso, apagando mi cigarro. Pero entonces pasan estas dos chicas guapas. Cuchicheando como hacen las jóvenes. Puede que incluso les dijera hola... no lo recuerdo bien. Las miré un rato mientras se alejaban —dijo, un poco avergonzado—. Ya sabes, como mirándolas por detrás. Y luego entré.

—¿Sabes si una de las mujeres era Annie Tate, la que fue asesinada?

—No puedo estar seguro. Nunca vi una foto de la mujer muerta después. Pero no, no conocía a ninguna de las chicas que pasaron.

—¿Pudiste ver bien al hombre que iba delante de ellas?

—No. Caminaba con los hombros encorvados y pasó rápido, andando muy deprisa. Creo que podría haber tenido el pelo castaño, pero ni siquiera estoy seguro de eso.

—Dijiste que estaba murmurando algo. ¿Escuchaste alguna palabra en concreto?

—Estoy bastante seguro de que le oí decir algo como "Cállate". Y quizás algo sobre su madre.

—¿Pero no estás seguro?

Lo pensó un momento más y luego asintió.

—No podría jurarlo, pero estoy bastante seguro de que dijo algo sobre su madre o mamá, o algo así.

—Gracias —dijo ella, ya alejándose.

—De nada —gritó el hombre desde atrás. Pero Ava apenas le oyó. Por fin tenía una pista, aunque podría no llevar a nada.

Aun así, sopesó su significado mientras se apresuraba de vuelta a la comisaría. Pensó en ir directamente a contárselo a Minard, así de emocionada estaba por tener por fin algo con lo que trabajar. Pero sabía que Minard se reiría de ella y probablemente la apartaría del caso si le llevaba algo tan débil. Luego pensó en Frank, pero incluso mientras pensaba en él, se le ocurrió una idea mejor. Y cuando se le quedó grabada en la mente, sonrió y aceleró el paso.

Estaba tan absorta intentando encajar las pequeñas piezas del puzle que ni siquiera se dio cuenta de que había vuelto a la comisaría hasta que empezó a subir los escalones. Una vez dentro, apenas echó un vistazo a la sala común. Se dirigió directamente al sótano y se alegró de ver a Lottie sentada en su escritorio. No le sorprendió ver que Frances no estaba; probablemente estaría de patrulla por ahí.

—Vaya, vaya —dijo Lottie—. ¡Así que te acuerdas de nosotras, las pobres viejas de la Brigada de Mujeres!

—Pues claro —dijo Ava, acercándose al escritorio de Lottie. Al mirar a las otras cuatro mujeres de la sala, deseó haber hecho un mejor trabajo recordando sus nombres. Más allá de Frances y Lottie, las cosas se volvían un poco borrosas. Mientras observaba a las otras cuatro mujeres, vio exactamente lo que necesitaba en el escritorio de una de ellas.

—Perdona —le dijo a la mujer—. ¿Cómo te llamas?

—Deidre Idelman —Deidre era más bien menuda, una apariencia ligeramente desmentida por sus hombros anchos y su barbilla de aspecto fuerte.

—¿Puedo ver ese mapa? —preguntó, señalando el papel doblado en el borde de su escritorio.

Deidre se lo entregó y Ava lo abrió sobre el escritorio de Lottie.

—¿Alguien sabe dónde puede estar Frances? —preguntó.

—Seguramente en su ronda habitual —dijo Lottie—. ¿Por qué? ¿Tienes algo para nosotras?

—Creo que sí —dijo con una sonrisa. Cogió un lápiz del escritorio de Lottie y dibujó un gran círculo alrededor de la zona donde habían ocurrido los dos asesinatos y el intento fallido contra Theresa—. Tenemos un asesino que está utilizando estos callejones para cazar a sus víctimas, todas mujeres.

—Sí... eso ya lo sabemos —dijo Deidre.

—¿Algo nuevo? —preguntó Lottie en tono juguetón.

—Sí. Creo que encontraremos a nuestro asesino si nos ceñimos a estas zonas y estamos atentas a un hombre que esté observando a mujeres.

Además, parece que habla solo. En particular, sobre su madre.

—Madre mía, los hombres y sus madres —dijo Lottie con una carcajada—. ¿Es que nunca se acaba?

Ava entendió la broma, pero no se rio.

—Para este tipo no —dijo—. Bueno, ¿quién quiere salir a buscar a Frances para transmitirle esto?

—¿No quieres encargarte tú? —preguntó Lottie.

—Me gustaría, pero... bueno, primero tengo que hacer una parada personal. Hay un favor que tengo que pedirle a alguien.

Lo que pensó, pero no dijo, fue que quizás también era el momento de sincerarse por fin con su padre, de hacerle saber exactamente lo complicadas que se habían puesto las cosas en el trabajo.

CAPÍTULO VEINTE

El gimnasio de boxeo de su padre estaba más concurrido de lo habitual al acercarse el final del día. Dos pesos ligeros se enfrentaban en el ring central, y un hombre más corpulento hacía repeticiones con uno de los entrenadores a tiempo parcial de su padre en un ring lateral. Los sonidos entrecortados que salían de los sacos de velocidad al fondo tenían un ritmo agradable, casi como una melodía de jazz acelerada cuando el batería remataba el groove.

Encontró a su padre en la entrada del gimnasio, mostrando a un novato la postura correcta para una posición defensiva. Cuando Roosevelt vio a su hija, su rostro se iluminó como siempre. Era una de las muchas cosas que Ava apreciaba de él; mostraba la misma alegría al verla ahora que cuando era una niña de tres años corriendo para abrazarle. Siempre había sido así, aunque se vieran casi todos los días. Roosevelt se disculpó con su alumno y se acercó a ella mientras observaba sin mucho interés a los hombres que se enfrentaban en el ring central.

—¿Has terminado pronto hoy? —preguntó al reunirse con ella.

—No realmente. Parece que va a ser otro día largo —sabía lo que tenía que decirle, pero era mucho más difícil de lo que esperaba. Cuando las palabras salieron, casi sintió como si estuviera dando malas noticias—. Papá... de hecho, me han asignado a una investigación de asesinato.

Al principio sonrió, y ella sabía por qué. Pensaba que estaba bromeando. Después de todo, a las mujeres policía simplemente no se les daba ese nivel de responsabilidad. Pero cuando vio que su expresión no cambiaba y estaba teñida de un poco de tristeza, su sonrisa se desvaneció.

—¿Una investigación de asesinato? —dijo.

—Sí. Y soy muy consciente de que mi fracaso en este caso probablemente pondría fin a mi carrera como agente muy pronto. Tengo que hacerlo bien, papá.

Roosevelt suspiró y cuando sus ojos se encontraron de nuevo con los de ella, vio que había una especie de orgullo muy vacilante en su mirada, pero estaba mayormente ahogado por el miedo.

—He leído sobre ese asesino del hacha. Mata mujeres. ¿Es eso en lo que te han puesto?

Ella solo pudo asentir.

—Bueno, pensaba que ya tenían al asesino... ese tal Tony Two, ¿no?
¿Algún pez gordo de la mafia?

—No es él, papá.

—Entonces, ¿por qué los periódicos dicen que sí lo es?

—Porque muestra al público que al menos hay algún tipo de avance en el caso. Pero no es él.

—Entonces, ¿por qué me cuentas esto? —preguntó—. Creo que es bueno que le den esta oportunidad a una mujer, pero no me hace mucha gracia que sea mi hija.

—Me están utilizando como publicidad y como distracción de los propios asesinatos. Así que tengo que resolverlo. Tengo que llevarlo hasta el final, cueste lo que cueste.

—¿Y qué va a costar? —preguntó Roosevelt. Ella podía notar que se estaba enfadando cada vez más con cada intercambio, así que no vio sentido en pintarle un cuadro bonito.

—Necesito que cuides a Jeffrey unos días. Todavía puedes quedarte en el piso. Pero tengo que dedicar toda mi atención a este caso durante los próximos días.

Roosevelt miró hacia el techo y dijo:

—Ahora mismo está arriba, en mi pequeño cuchitril. Está estudiando, esforzándose mucho porque le dije que si lo hacía, podría bajar y le dejaría golpear los sacos de velocidad cuando cerrara. Quiero a ese chico, y por supuesto, estaré encantado de cuidarle. Es un buen chico, Ava...

—Lo sé. Es una de las razones por las que estoy haciendo esto.

—¿Estás segura de eso?

—¿Qué quieres decir? —La pregunta le dolió. Pensar que su padre cuestionaba sus motivos era demasiado; casi como una traición.

—Quiero decir que, por mucho que lo mires, parece un intento de venganza. Y lo entiendo. Demonios, lo respeto. Pero ten presente que fue perseguir a lunáticos lo que mató a Clarence en primer lugar.

No estaba segura de qué le dolía más: que su padre usara la muerte de Clarence en su contra o el hecho de que tenía toda la razón. De cualquier manera, era demasiado para asimilar en ese momento, especialmente cuando sabía que actualmente tenía a otras mujeres de WB peinando las calles mientras ella ponía en orden sus asuntos.

Cuando se alejó de su padre, no estaba segura de haberse sentido alguna vez tan herida y enfadada por un solo comentario que hubiera salido de su boca. Y mientras subía la pequeña escalera hacia el pequeño apartamento escondido de su padre sobre el gimnasio para hablar con su hijo, el golpeteo de los sacos de velocidad al fondo ya no sonaba como música, sino como el fuego de una ametralladora mordiendo sus talones.

El atardecer caía sobre la ciudad cuando regresó a la comisaría. Mientras subía las escaleras, Ava vio a Frances y Lottie doblando la esquina al final de la manzana. Las esperó, fijándose en la expresión de emoción en el rostro de Lottie.

—¿Alguna novedad? —preguntó Ava.

—No —dijo Frances.

—Venga ya, eso no es cierto —protestó Lottie—. Descubrimos que hay un montón de tíos que saben silbar muy fuerte. También aprendí algunas expresiones coloquiales que supongo significan mujer atractiva. Si me preguntas, buscar a un chalado entre todos los que hay para elegir en Nueva York va a llevar una eternidad.

—¿Deidre sigue por ahí también?

—Sí —dijo Frances—. Tiene una amiga que trabaja en ese restaurante grande de Bleeker. Va a reunirse con ella, como para tantear el terreno. Pero escucha, Ava... No sé si a Minard le va a hacer mucha gracia que impliques a más mujeres policía en esto. ¿Qué hay de Wimbly? ¿No te ayudará?

—Frank Wimbly está, como muchos otros, convencido de que Tony Dos es el asesino.

—¿Y qué te hace pensar que no lo es? —preguntó Lottie.

—Tony Dos estaba realmente confundido por las acusaciones. Además, si los rumores sobre él son ciertos, solo usa su hacha para mutilar y herir a hombres que se cruzan con la mafia. Ninguna de las mujeres muertas, ni la mujer a la que intentó agredir anoche, tienen conexiones con la mafia que sepamos. Y la forma en que fueron asesinadas no encaja con las características de un hombre que se dedica a cortar dedos de vez en cuando.

—Me parece suficiente —dijo Lottie—. Pero yo lo dejo por hoy. Si chicas como nosotras echamos horas extra, Minard acabará pillándonos tarde o temprano.

Ava estuvo de acuerdo, pero también pensó que ella haría parte del trabajo fuera de horas, como el día anterior. Aun así, entró en la comisaría pensando en Jeffrey. Se había tomado bien la noticia y parecía

entusiasmado de que su madre formara parte de un caso tan importante. Por supuesto, ella había decidido no darle detalles, solo que era un caso grande e importante. Él también pensaba que iba a ser toda una aventura pasar unos días enteros con su abuelo.

Pensar en su padre le trajo a la mente el hiriente comentario que le había soltado. Lo oía con claridad en su cabeza... y quizás por eso se enganchó con otro pensamiento.

Fue perseguir a chiflados lo que mató a Clarence en primer lugar.

Era bastante cierto. Pero eso ya no parecía importante. Era una palabra... una palabra que rara vez había oído usar a Clarence. Le recordaba algo que sentía que podría ser importante. Se quedó parcialmente paralizada, pensativa, justo dentro de las puertas de la comisaría mientras poco a poco iba encajando las piezas. Recordó a Clarence en el salón una noche, con expresión sombría mientras se sentaba a su lado.

—Es un mundo peligroso ahí fuera —había dicho—. El chiflado al que detuve hoy... Nunca había visto nada igual...

A Clarence le habían encargado hablar con ese chiflado varias veces después del caso inicial, con la esperanza de que el criminal revelara algo más sobre su crimen y cualquier otra persona relacionada con él. Y casi cada vez que Clarence se refería a este hombre en particular, usaba esa misma palabra: chiflado.

Con destreza y con toda la naturalidad que pudo, Ava se dirigió al departamento de archivos y cogió el expediente de un hombre llamado William Snide. Mientras lo sacaba bien escondido bajo el brazo, tuvo la sensación de que su día estaba lejos de terminar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Ava observaba cómo la cárcel del condado se acercaba desde el asiento trasero del taxi Checker. El atardecer aún no había dado paso a la noche, pero el lugar tenía un aspecto siniestro. Apartó la mirada del edificio y volvió a los archivos que había cogido de la comisaría, que describían los asesinatos y fechorías de William "Willie" Snide. Tras leerlos durante el trayecto, se sentía casi sucia por el mero hecho de tenerlos en sus manos.

El conductor aparcó el taxi en el estacionamiento de visitantes y se giró torpemente hacia ella. Parecía avergonzado cuando Ava le explicó que era miembro del departamento de mujeres de la policía de Nueva York. Pero ahora que había llegado el momento de pagar, se mostraba muy amable.

—Son un dólar treinta —dijo.

—Necesito que me espere aquí —dijo ella. Era solo una precaución por su parte. Suponía que conseguir un taxi para que la recogiera no sería demasiado difícil, pero esta zona de la ciudad parecía desierta y no quería quedarse tirada.

—Le costará más.

—Lo sé —esto le dolía, ya que cualquier gasto inesperado la hacía empezar a preocuparse por la situación económica en casa. Pero ahora tenía trabajo y sabía que los pequeños ahorros que había acumulado Clarence llegarían a ella en las próximas semanas—. Volveré en unos treinta minutos.

El conductor no parecía muy contento con esto, pero no dijo nada mientras ella salía del coche. Al llegar a la puerta principal de la prisión, miró atrás para asegurarse de que el conductor no había cambiado de opinión. Al ver que su transporte seguía allí, entró con la carpeta de Willie Snide aún en la mano. Se dirigió al mostrador de recepción, donde encontró a dos hombres con uniformes de guardia, fumando cigarrillos y riéndose de algo.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó uno de ellos, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar que la estaba mirando de arriba abajo.

—Me llamo Ava Gold y soy del Departamento de Mujeres de la Policía de Nueva York. Necesito hablar con uno de sus presos.

Ambos hombres parecían bastante divertidos de que la policía de Nueva York enviara a una mujer para tal encargo.

—¿Y qué preso sería ese, guapa? —preguntó el más joven de los dos.
—William Snide.

Esto borró cualquier gesto de diversión de sus rostros.

—Ni hablar —dijo el mayor de los dos.

Ava colocó la carpeta que había cogido de la comisaría sobre el mostrador.

—Me han dado sus expedientes como prueba de mi solicitud. Si lo desean, pueden llamar por teléfono a mi supervisor, el capitán Minard.

Dijo esto solo porque sabía que no lo harían. Sabía que un hombre no querría parecer que necesitaba la aprobación de otro hombre para nada, ni siquiera cuando se trataba del sistema penitenciario.

—Como quiera —dijo el hombre mayor, poniéndose en pie—. Sígueme.

Ava hizo exactamente eso. La condujo por el pequeño vestíbulo y luego por un amplio pasillo. Allí, llamó a una puerta que estaba entreabierta y asomó la cabeza. Ava no pudo ver con quién hablaba, pero escuchó el breve intercambio.

—Llama a Rafferty —dijo el hombre mayor del mostrador—. Hay una policía aquí que necesita hablar con Willie Snide.

—¿Para qué demonios? —llegó la brusca respuesta desde dentro de la oficina.

—No pregunté. No quería saberlo.

—De acuerdo. Ve para atrás y lo llamaré. Cierra la puerta, ¿quieres?

El hombre hizo lo que le pidieron. Cuando se volvió hacia Ava, sus ojos parecían distantes y llenos de miedo.

—¿Cuántos guardias quiere en la sala?

—¿Es realmente necesario? —preguntó ella.

El hombre sonrió nerviosamente y, ignorando su pregunta, dijo:

—Empezaremos con dos.

La condujeron a una pequeña habitación diez minutos después. Cuando cruzó la puerta, el hombre de la recepción se marchó, claramente ansioso por hacerlo. Dentro de la habitación, dos guardias permanecían en esquinas opuestas, inmóviles como estatuas. Uno era bastante grande, casi del tamaño de un árbol. El otro era de estatura media y parecía muy incómodo. Mantenía la mano muy cerca de su pistola reglamentaria, enfundada en su costado.

Entonces sus ojos se posaron en William Snide. Estaba sentado en una mesa de madera desgastada en el centro de la habitación. Su escuálido tobillo estaba sujeto a un extremo de una cadena; el otro extremo estaba fijado a una barra atornillada al suelo. Aparentaba cada uno de sus cincuenta y un años. Su piel parecía casi demasiado blanca, como si siempre tuviera mucho frío. Su rostro, destacado por una gran cicatriz que le cruzaba la frente, era demacrado y de alguna manera macabro. Sin embargo, cuando le sonrió, casi le pareció atractivo de una manera extraña. Tenía la cabeza afeitada y la barba del mentón medía unos quince centímetros y necesitaba urgentemente un recorte.

—Me encantan las visitas —dijo Willie, como si ella se hubiera unido a él en un porche para tomar un vaso de té helado—. ¿Quién podría ser usted?

—Me llamo Ava Gold, del...

—El Departamento de Mujeres de la Policía de Nueva York. Sí, lo sé. Me lo informaron estos humildes guardias. Gold... Ava Gold —le sonrió cálidamente mientras ella tomaba asiento lentamente en el lado opuesto de la mesa—. ¿Algún parentesco con Clarence Gold?

—Era mi marido.

—¡Oh! Ya veo. Qué bien. Él es... espera. ¿Era su marido?

—Murió recientemente.

El ceño fruncido de Willie parecía genuino. Luego volvió a sonreírle, pero esta vez había algo siniestro en su gesto.

—Déjame adivinar. Lo mataron mientras trabajaba. Y ahora crees que puedes ocupar su lugar y continuar donde él lo dejó... haciendo de esta ciudad deplorable un lugar más seguro. ¿Algo así?

Ella lo ignoró, percibiendo que ya estaba intentando provocarla. Lo observó por un momento, costándole creer que el hombre delgado y de aspecto bastante normal frente a ella fuera capaz de todo lo que contenía la carpeta que había dejado sobre la mesa entre ellos.

Hace tres años, Willie Snide mató a su esposa estrangulándola. Luego le cortó la cabeza con un hacha y la metió en una maleta, que llevó consigo a la ciudad con la intención de dejarla en casa de su suegra. Un policía lo detuvo al notar sangre saliendo por la parte inferior de la maleta, y el agente recibió un hachazo en el cuello por sus molestias. Después de eso, Willie se dio a la fuga. Fue una persecución de tres días durante la cual Willie acabó matando a cinco personas más. A una la mató mordiéndole el cuello. A otra la colgó en un cobertizo a las afueras de Amityville y la desolló como si

fuera ganado. Allí fue donde lo encontraron, extrayendo órganos con gran precisión y etiquetándolos. En su testimonio, afirmó que el asesinato de su esposa había sido un arrebato de pasión, pero que el acto de matar había sido mucho más placentero de lo que esperaba y pensó que podría disfrutar un poco más antes de ser capturado.

—¿Esa es mi carpeta? —preguntó Willie.

—Lo es.

—¿Puedo verla?

—No. Señor Snide, yo...

—Willie, por favor.

—Willie, estoy aquí porque esperaba que pudieras ofrecer algunas ideas sobre un caso actual en el que estoy trabajando.

Sus ojos se llenaron de una alegría infantil y juntó las manos sobre la mesa.

—No tengo ni idea de por qué has venido a buscar mi ayuda, ¡pero estaré encantado de hacerlo! ¿Qué necesitas?

—Como ya hemos comentado, mi marido te detuvo. Él fue quien hizo el arresto. Y algunas de las cosas que dijo que hiciste... las describió como impactantes. Nunca entró en detalles, así que supuse que era algo bastante grotesco. Y luego miré esto hoy —dijo, dando unos golpecitos a la carpeta frente a ella—. Dices que el asesinato de tu esposa fue por pasión, uno que te reveló cuánto disfrutabas matando. Necesito saber cómo es eso. Necesito saber cómo anticipar cuándo puede volver a atacar un asesino actual y esperaba que pudieras arrojar algo de luz sobre la naturaleza de por qué... de por qué la gente lo hace.

Willie se rio con ganas. Fue un sonido que le puso los pelos de punta a Ava. También la enfureció un poco.

—¿Por qué? Bueno... si estuvieras en el bosque y te cruzaras con un oso, tendrías miedo, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo ella, sin saber a dónde iba esto.

—¿Y por qué tendrías miedo?

—Porque el oso podría atacar.

—Exacto. Probablemente te atacaría. ¿Y por qué? Pues porque eso es lo que hacen los osos. Lo mismo pasa con una serpiente. Las serpientes muerden porque se sienten amenazadas. Son serpientes. Eso es lo que hacen. Y los humanos no somos diferentes. En el fondo, no somos mejores

que una serpiente que ataca o un oso feroz. Matamos. Está en nuestra naturaleza.

—No me lo creo —argumentó Ava.

—No hay nada que creer. ¿Qué me dices de ese pequeño conflicto en el extranjero? De julio de 1914 a noviembre de 1918. Esa encantadora guerrita es prueba de que somos muy buenos matándonos unos a otros. Que a muchos de nosotros nos gusta.

—No he venido aquí para recibir lecciones sociales o cívicas —dijo Ava, poniéndose de pie—. Siento haberte molestado. Esto ha sido un error.

Dio tres pasos alejándose, odiando la sensación de darle la espalda a Willie. Pero entonces su voz la detuvo. Una palabra con su voz seca.

—Poder.

Ella se volvió hacia él y lo miró fijamente.

—¿Es así de simple?

—Sí. En el fondo, la razón por la que maté a mi esposa... fue la necesidad de ejercer poder sobre ella. Solo que... cuando vi la vida escapar de sus ojos, no fue suficiente. Me di cuenta de que había quitado una vida. Me di cuenta de que había cruzado una línea y nunca volvería a ser el mismo. Y Dios, cómo me encantó esa sensación. Necesitaba más. Necesitaba...

Hizo una pausa aquí, como si estuviera en conflicto.

—Hubo cosas que intenté hacerle antes de cortarle la cabeza, pero simplemente no pude —dijo Willie—. Puedo entrar en detalles si quieres.

—No hace falta —dijo ella, con el estómago revuelto—. Explica lo de la línea. Cruzar esa línea.

—Quería más. Tenía que haber más que pudiera hacerle además de quitarle la vida. Así que le quité la cabeza. Y como insulto final, pensé en entregársela a su madre. Pero entonces ese maldito poli me detuvo. Y realmente, ni siquiera fue una cuestión. Lo maté sin pensarlo. Quería ensañarme de verdad con él. Tenía esta imagen en mi cabeza de cortarle las manos, pero sabía que no tenía tiempo.

—Por favor, haz que esto tenga sentido para mí —dijo Ava, volviendo a sentarse frente a él.

—¿Has matado alguna vez a alguien, señora Gold?

—No.

—Entonces no puedo explicártelo adecuadamente. Todo lo que puedo decir es que crucé esa línea y no había vuelta atrás. Estoy seguro de que hay

personas que matan a otro ser humano, tal vez en defensa propia o en una situación como la que tuvimos en el extranjero hace unos años, que lo odian. Que lo aborrecen. QUITAN una vida y pasan el resto de la suya intentando olvidarlo. Pero yo fui lo contrario. Era una compulsión. Era como un niño descubriendo un juguete nuevo y queriendo jugar y jugar y jugar.

Se inclinó hacia adelante y pareció darse cuenta de que se estaba involucrando demasiado en su explicación. Se recostó y dijo:

—¿Cuántos ha matado este asesino?

—Dos hasta ahora —respondió Ava—. Un tercero fue intentado pero lo detuvieron.

—Entonces seguramente lo hará de nuevo. ¿Cómo lo está haciendo?

—Con un hacha.

La sonrisa volvió a su rostro y ella casi pudo verlo recordando la sensación de su propia hacha en la mano.

—¿Dónde los está golpeando?

—En la cabeza y el cuello.

Willie asintió como si lo entendiera perfectamente.

—Sí, entonces volverá a hacerlo. De hecho, si lo está haciendo con tanto... con tanto entusiasmo, puedo asegurarte casi con certeza que no es la primera vez que mata.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrió, y ella pudo intuir un secreto oculto tras esa sonrisa. Resistió la tentación de indagar en ello y se mantuvo centrada.

—Necesito poder predecir cuándo y dónde.

—No creo que eso sea posible. Si es como yo... Quería hacerlo todo el tiempo. No dormí durante los tres días que estuve huyendo. Cuando no estaba matando, pensaba en matar. Imaginaba formas de descuartizar y mutilar y...

—¿Escuchabas voces? —interrumpió Ava.

—¿Sabes? Mucha gente me preguntó eso cuando me detuvieron y siempre parecían decepcionados con mi respuesta. No. No había voces guiándome. Hice lo que hice porque quería. Ni más ni menos —Sonrió una vez más y había pura malicia en ello—. ¿Esperabas venir aquí y descubrir que estaba loco? ¿Tu asesino está loco? ¿Oye voces?

—No lo sé —dijo Ava, sintiendo que la conversación llegaba a su fin—. Pero habla solo. Algo sobre su madre, por lo que sabemos.

—Quizás también la ha matado —dijo Willie. Esto fue seguido por una carcajada a través de la cual también dijo—: ¿Y qué hombre en su sano juicio no ha querido matar a su madre alguna vez?

Cuando empezó a reírse a carcajadas de nuevo, Ava se puso de pie.

—Gracias por su tiempo, señor Snide.

—¡Vaya, no te vayas! No recibo visitas. La gente cree que estoy loco, supongo —Se rio también de esto; era como si se hubiera abierto un grifo y ahora estuviera derramándose.

Ava salió de la habitación y se encontró en otro pasillo. Pero conocía el camino al vestíbulo y el taxi que la esperaba. Y mientras caminaba hacia allí, el sonido de la risa maniática de Willie Snide la seguía, como burlándose de ella incluso ahora que se había ido, provocándola porque su visita a este loco había resultado en las más mínimas posibilidades.

Casi con seguridad volverá a matar...

Y qué hombre no ha querido matar a su madre...

Dos piezas más del rompecabezas, pequeñas e indefinidas, pero Ava no podía evitar preguntarse si podría haber algo allí.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El taxista pareció entender que Ava estaba reflexionando durante el viaje de vuelta a la ciudad. Permaneció en silencio mientras Ava miraba por la ventana las calles que se oscurecían. Una fina llovizna empezó a caer y parecía encajar perfectamente con los pensamientos de Ava. Mientras intentaba encajar algunas piezas muy dispersas, se dio cuenta de que Willie Snide le había afectado más de lo que creía mientras estaba sentada frente a él. En el asiento trasero del taxi, Ava sentía como si acabara de salir de una cueva profunda y oscura, anhelando la luz del sol.

Con el rostro de Willie en mente, hizo lo posible por recordar algunas de las cosas que había escuchado decir a Clarence sobre asesinos y psicópatas. Él siempre estaba dispuesto a compartir historias de su día con ella, teniendo cuidado de no ser demasiado desagradable o explícito. Ava siempre había escuchado con atención, ya que siempre había tenido cierto interés por el derecho penal. Clarence a menudo describía cómo él y sus compañeros rastreaban a los asesinos basándose en sus hábitos y preferencias, en horarios e incluso en comodidades.

Utilizó algunas de las historias y métodos de Clarence, tratando de relacionarlos con lo que sabía del asesino del hacha. Estaba utilizando callejones y parecía saber cuáles le llevarían a sus víctimas sin ser visto en momentos muy concretos de la noche. Eso indicaba que conocía bien la ciudad. Así que probablemente llevaba viviendo allí un tiempo. Y si llevaba viviendo allí un tiempo y estaba matando con tanta facilidad, le hizo pensar un poco más en algo que Willie Snide le había dicho:

—Si lo está haciendo con tanto entusiasmo, te puedo asegurar que no es la primera vez que mata —dijo Willie.

Ava sintió que había algo importante ahí. Mirando la llovizna desde el asiento trasero del taxi, se preguntó cuán probable era esto. Y si no era la primera vez que mataba... ¿le habrían atrapado antes y el departamento de policía no había hecho la conexión de alguna manera? No... eso parecía bastante improbable. Y si hubiera matado y le hubieran atrapado, habría acabado en una prisión como en la que Snide estaba actualmente, y seguiría allí.

Pero le han visto hablando solo, pensó. Y si realmente ha matado antes, esa combinación pinta un retrato completamente nuevo de nuestro asesino...

—Eh, esta es su parada, ¿no, señora? —dijo el taxista.

La voz del taxista interrumpió sus especulaciones. Miró por la ventana empañada por la lluvia, sin saber cómo había pasado por alto completamente que habían llegado a la comisaría.

—Sí —dijo, débilmente—. Gracias.

Ava pagó la carrera y salió a la llovizna. Se apresuró a entrar en el edificio con los restos del último pensamiento en su cabeza. Tal vez mató y nadie lo supo. O tal vez hubo especulaciones. Y está hablando solo... sobre su madre...

Ava sentía que estaba sobre la pista de algo, pero se negó a emocionarse demasiado. En su lugar, caminó por la comisaría, dándose cuenta de que nunca había estado dentro por la noche, excepto cuando había traído a Tony Dos. Sin ese tipo de alboroto, el lugar estaba tranquilo y tenuemente iluminado. Curiosamente, le recordaba a una biblioteca.

Se dirigió hacia las escaleras que la llevarían a las oficinas del Departamento de Mujeres, pero se detuvo en el departamento de registros. Con la mayor discreción posible, entró y devolvió el expediente de Willie Snide. Miró las filas de archivadores, preguntándose si podría haber respuestas o más conexiones para su creciente teoría. Aunque las hubiera, no tenía ni idea de por dónde empezar.

Casi salió de la habitación, pero dudó. Volvió al archivador donde había guardado los registros de Willie Snide y los sacó de nuevo. Leyó algunas de las notas y comentarios, hasta que finalmente llegó a una sección que solo había ojeado cuando lo había leído. Al principio de su juicio, Willie había sido remitido a un especialista de una institución mental, probablemente intentando determinar si necesitaba ser internado allí o en una prisión. Al final, había sido la prisión para Willie, pero el nombre y el número del psiquiatra que le había atendido —junto con el nombre y la información del intercambio telefónico— estaban anotados.

Memorizándolo, Ava se dirigió a la oficina del Departamento de Mujeres. La habitación estaba vacía, aunque había desorden en el escritorio de Frances. Y también había un teléfono de vela. Se acercó, tomó el asiento de Frances y levantó el auricular del gancho. Marcó el número de intercambio de cuatro dígitos en el disco y escuchó el siseo y el crujido mientras se conectaban las líneas.

Después de un rato, una voz anciana y áspera respondió:

—Centro Mental Rumsfield. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me llamo Ava Gold y soy miembro del Departamento de Mujeres de la policía de Nueva York. Me han asignado la tarea de hacer un seguimiento de los pacientes que han sido dados de alta durante el último año, en particular aquellos que habían mostrado tendencias violentas hacia las mujeres. ¿Con quién podría hablar para obtener esa lista de nombres? —dijo Ava.

—Ese sería Harvey, en registros. Pero ya se ha ido por hoy, señora.

—¿No hay nadie que pueda acceder a los registros y darme la lista ahora mismo? —preguntó ella, insistiendo.

El hombre suspiró y le pidió que esperara. Unos momentos después, volvió a coger el teléfono, demostrándole que acceder a los registros no había sido tan difícil después de todo.

—Tengo una lista aquí —dijo—, pero sin Harvey, no puedo reducirla a hombres que solo actuaron violentamente contra mujeres.

—¿Cuántos nombres hay en la lista?

—Doce nombres.

—¿Podría dármelos, por favor?

El anciano recitó los doce nombres y Ava los anotó todos.

—¿Algo más, señora? —preguntó, cansado.

—Sí, de hecho. Hay otra institución mental, ¿verdad? Justo al norte de la ciudad.

—Así es.

—¿Podría darme ese número, por favor?

El anciano suspiró, le pidió que esperase de nuevo y volvió al cabo de unos instantes. Ava anotó el número mientras l lo recitaba y finalizó la llamada. Luego, marcó la línea del manicomio al norte de la ciudad, esperando resultados similares. Pensó que después de esto, llamaría a otros de la zona: Bellevue, Buffalo State Hospital, Bloomingdale, Rockdale. Joder, esto va a llevar más tiempo de lo que creía, se lamentó para sus adentros.

—Manicomio Baker —dijo una voz femenina alegre, en claro contraste con el hombre con el que acababa de hablar.

Ava repitió el mismo discurso con esta mujer, empezando a sentirse como uno de esos loros de circo que imitaban a sus dueños.

—Buenos días. Me llamo Ava Gold y soy miembro del Departamento de Mujeres de la Policía de Nueva York. Me han asignado la investigación de los pacientes que han sido dados de alta en el último año, especialmente aquellos que mostraron tendencias violentas hacia las mujeres. ¿Con quién podría hablar para obtener esa lista de nombres?

Ava se sorprendió cuando la mujer volvió con solo dos nombres.

—Tengo a Alan Hatfield y Lester Stubbs. Pero sé con certeza que Lester Stubbs se quitó la vida al salir de aquí... ni siquiera una semana después, de hecho.

—¿Y qué hay de Hatfield?

—No he oído nada de él. Según veo aquí, fue dado de alta hace unos seis meses.

—¿Hubo algún incidente mientras estuvo allí?

—Ninguno que yo sepa... aparte de los ocasionales ataques de gritos que tenía con su madre.

—¿Durante las visitas? —preguntó Ava, animándose. Una pequeña chispa de emoción la recorrió; fue casi como una leve descarga eléctrica.

La mujer rió nerviosamente.

—Oh, no... ella nunca estaba allí. Pero Lester sin duda le gritaba como si lo estuviera.

—Señora, escuche —dijo Ava—. Esto es muy importante. Necesito hablar con alguien lo antes posible sobre Lester Stubbs. Podría ser sospechoso en un caso en el que el departamento está trabajando a contrarreloj para resolver.

—Ese sería el Dr. Huffman —dijo la mujer—. Normalmente llega alrededor de las siete de la mañana. ¿Quiere que le deje una nota para que espere su visita?

—Sí, eso sería estupendo. Gracias.

Ava terminó la llamada con esa creciente chispa de certeza que ahora se convertía en algo más grande. Casi fue al escritorio de Frank para dejarle una nota, pero lo pensó mejor. No tenía sentido involucrarle a menos que estuviera absolutamente segura. Llena de promesas y adrenalina, Ava continuó haciendo llamadas. Tenía una teoría suficiente y, según su estimación, una pista sólida que se estaba construyendo. En lo que a ella respectaba, nada iba a interponerse en su camino ahora.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Ava usó el dinero en efectivo que había escondido en una vieja lata de grasa para pagar al taxista a la mañana siguiente, dándole las mismas instrucciones. Que se quedara en el aparcamiento y esperara a que ella saliera. Al ver la facilidad con la que sacó el dinero, el taxista asintió agradecido.

El Asilo Baker era un edificio hermoso, mucho más pequeño y elegante que las instituciones del centro de la ciudad. El paisajismo por sí solo le daba el aspecto de un hotel más que de un manicomio. Esto la tranquilizó al entrar por la puerta principal. Y casi de inmediato, esa tranquilidad se desvaneció.

Entró por un vestíbulo que parecía bastante normal, pero en cuanto se dirigió hacia la recepción, la fachada reconfortante del lugar desapareció por completo. Podía oír a alguien gritando en algún lugar más adentro del edificio y había un leve olor a orina en el aire, orina que claramente había sido limpiada con algún tipo de solución industrial pero que aún permanecía en el ambiente. Las paredes habían sido pintadas recientemente, aunque era evidente que debajo solo había hormigón gris. Incluso el mostrador situado al fondo del vestíbulo parecía de segunda categoría. Sin embargo, la mujer detrás de él parecía no darse cuenta o no preocuparse por estas cosas.

—Buenos días —dijo—. ¿Puedo ayudarla?

Antes de que Ava pudiera responder, volvió a oír ese grito, perdido y lejano. Era un tipo de chillido tan agudo que era difícil saber si quien gritaba era hombre o mujer.

—Sí, soy la agente Ava Gold —dijo. Era un poco surrealista, ya que no estaba segura de haberse referido a sí misma como agente todavía—. Estoy aquí para hablar con el Dr. Huffman. Una señora con la que hablé anoche debería haberle dejado una nota.

La recepcionista revisó una serie de notas en su escritorio y finalmente asintió.

—Sí, la veo justo aquí. Debo llevarla directamente con el Dr. Huffman —dijo, poniéndose de pie—. Por aquí, por favor.

Ava siguió a la recepcionista alejándose del mostrador y por un pasillo a la derecha. Aquí, a solo unos pasos, el olor a orina era más fuerte. También

olía a sudor y a otro olor penetrante que no pudo identificar. La llevaron más allá de lo que supuso era una especie de sala común donde varios pacientes se ocupaban de sus propios asuntos. Vio a un hombre de unos cincuenta años coloreando furiosamente algo en una hoja de papel, y a otro mirando fijamente un libro ilustrado, sin parpadear, con un hilo de baba cayéndole por la barbilla.

Cuando el grito volvió a resonar por el pasillo, ella se sobresaltó. Delante de ella, la recepcionista se limitó a reír por lo bajo.

—Algunos se ponen un poco agresivos por la mañana, como puede ver.

Ava, por supuesto, había oído hablar de algunos de los tratamientos bárbaros que a veces se llevaban a cabo en ciertos manicomios. Aunque se estaban aprobando nuevas leyes, en su mayoría eran superficiales y ambiguas. Conocía las terapias de electrochoque que, hasta donde sabía, apenas mejoraban el estado de los pacientes. También había oído historias de terror sobre lobotomías, pero procuró no recordar esos detalles mientras recorría los pasillos.

Llegaron al final del corredor y giraron a la derecha. Aquí, el interior parecía estar en mejor estado, principalmente porque era donde se encontraba el despacho del médico. La recepcionista le indicó a Ava la segunda puerta y luego se dirigió de vuelta a la entrada del edificio.

Ava se acercó a la puerta entreabierta y llamó mientras asomaba la cabeza.

—¿Dr. Huffman?

El hombre sentado detrás del gran escritorio estaba algo entrado en carnes y lucía un bigote bien peinado. Vestía lo que Ava supuso que pasaba por una bata de médico en esta institución, con unas gafas bifocales metidas en el bolsillo del pecho. Levantó la vista de un montón de notas y carpetas y le dedicó una sonrisa.

—¿Agente Gold? —dijo.

—Sí respondió ella, notando el ligero toque de humor en su tono al pronunciar la palabra Agente.

—Adelante. Le he reservado quince minutos antes de que tenga que salir a hacer mis rondas.

—Se lo agradezco —dijo, tomando el único asiento que había en su lado del escritorio.

—Me han dicho que necesitaba hablar conmigo sobre Lester Stubbs, ¿no es así?

—Así es.

—Bueno, Lester era un...

Fue interrumpido por un grito desgarrador procedente de algún lugar del edificio. Era casi como el aullido de un primate. Huffman se levantó, se acercó a la puerta y la cerró con una sonrisa.

—Disculpe por eso —dijo.

—No se preocupe —dijo ella, aunque toda la visita hasta ahora la había puesto nerviosa—. En cuanto a Lester, la mujer con la que hablé anoche indicó que a menudo tenía ataques de gritos que sonaban como conversaciones con su madre. ¿Le suena acertado?

—S, ese es Lester —dijo con una extraña especie de alegría. Era como si estuviera hablando de un perro que tuviera la costumbre de perseguir ardillas.

—¿Qué trajo a Lester a su cuidado? —preguntó Ava.

—Bueno, Lester llegó hace poco más de cinco años cuando golpeó a su hermana casi hasta matarla. La agredió porque ella rechazó el regalo que le había hecho: un conejo muerto, toscamente destripado, relleno de cintas y lazos. Más tarde me reveló que había matado a otros tres conejos, dos gatos y un perro callejero en un intento de practicar la elaboración del regalo. También descubrimos después, gracias a la madre, que Lester se colaba en la habitación de su hermana por la noche y se masturbaba mientras la veía dormir. La madre y la hermana lo pillaron haciendo esto en varias ocasiones.

—¿Había algún historial de que intentara agredir a su madre? —preguntó Ava.

—Ninguno que la madre nos contara. Hubo algunas veces en las que Lester afirmó que su madre abusaba de él. Dijo que una vez, después de que lo pillaran en la habitación de su hermana, su madre le acercó una cerilla encendida a los genitales.

Las imágenes eran espantosas, pero la forma despreocupada en que Huffman hablaba de ello era aún peor. Ava hizo todo lo posible por parecer imperturbable y continuó.

—¿Alguna vez mencionó que quería matarla?

—Todo lo contrario —dijo Huffman—. Lester Stubbs adoraba a su madre. Sus ataques de gritos solían consistir en suplicarle perdón a voces. E incluso cuando yo intentaba que dijese algo en contra de su madre, nunca lo

hacía. En su lugar, se autolesionaba. Se hizo sangrar la nariz varias veces, incluso se arrancó un diente.

A Ava no le gustaba la manera en que Huffman le contaba estas cosas. De nuevo, era demasiado jovial, como si fueran anécdotas graciosas que pudiera contar a sus amigos durante un fin de semana en la sierra.

—¿Y a pesar de todo esto, se le permitió marcharse?

—Sí. Empezó a pensar con más claridad. Aprobó todas las pruebas cognitivas y los ataques de gritos disminuyeron. Cuando se hablaba de su hermana, el conejo o lo que hacía en la habitación de su hermana, mostraba verdadero arrepentimiento y pena. Rezó para aceptar a Cristo como su Señor y Salvador y, después de eso, fue como un hombre nuevo.

—¿Y cuándo exactamente le dieron el alta?

—Hace unas cuatro semanas. Quizás un poco más.

—¿Y estuvo aquí durante cinco años?

—Sí. Lester vino a nosotros cuando tenía dieciocho años —Titubeó aquí por primera vez y miró a Ava con ojos preocupados—. Lo siento... pero, ¿ha tenido Lester algún tipo de recaída?

—No lo sabemos. Actualmente estamos tratando de encontrar a un sospechoso de un crimen en particular y Lester encaja con algunos de los detalles.

—Ya veo. No creo que Lester... bueno, parecía estar bien cuando se fue de aquí. Diría que dudo que sea él, pero nunca se puede estar demasiado seguro de estas cosas.

—¿Sabe si él y su familia siempre vivieron por aquí? —preguntó Ava.

—Sí. Su padre murió cuando era muy joven, justo después de haber comprado una casa en la ciudad. Una vez que Lester fue puesto bajo nuestro cuidado, creo que su madre se mudó a Boston. Su hermana se casó y se mudó a otro lugar también, aunque no sé dónde. Como seguramente entenderá, no solemos hacer un seguimiento de ese tipo de cosas una vez que han sido dados de alta.

—Lo entiendo —dijo ella—. Pero, ¿hay alguna posibilidad de que tenga una dirección de donde Lester pueda estar viviendo?

—La tengo —dijo él—. Y no tengo problema en dársela, pero debo sugerirle que no mencione nada sobre esta conversación. Podría desencadenar fácilmente una recaída si alguien que no sea yo le abordara sobre estos temas. Así que si realmente debe hablar con él y hacerle preguntas, manténgalas simples y veladas.

Casi dijo el siguiente comentario que le pasó por la cabeza, pero se lo guardó para sí misma: Es mucha precaución, tanta como para preguntarme por qué demonios le dieron el alta en primer lugar.

—Gracias, Dr. Huffman —dijo—. Me acercaré a él con el máximo cuidado. Ahora... ¿puede darme esa dirección?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Cuando el taxista la dejó a una manzana de la dirección que Huffman le había dado, pagó y lo despidió. No le sorprendió demasiado descubrir que era un barrio marginal. Vaya, era el tipo de vecindario que hacía que un suburbio pareciera bueno. Había algunas casas, todas ellas parecían haber sido construidas con madera barata y losas de hormigón. Había basura en la calle y un olor en el aire que no era muy diferente del que había experimentado en el Asilo Baker.

Caminó la manzana hasta la dirección y encontró lo que estaba bastante segura de que era una pensión de mala muerte. Había oído hablar de ellas antes, pero nunca había tenido el disgusto de visitar una. Clarence le había hablado de ellas y de lo asquerosas que eran, de lo afortunado que se daba cuenta que era después de salir de ellas: tener un hogar y un techo estable sobre su cabeza.

El edificio parecía un bloque de pisos que alguien había empezado a construir y luego abandonado cerca del final. Había oído describir estos lugares como una especie de hotel de paso donde había pocas habitaciones, aún menos camas, pero más de una docena de hombres dormían en una sola habitación. Tenía todo el sentido que un hombre recién salido de una institución mental sin familia a la que acudir acabara en un sitio así.

Mientras se acercaba al destartado porche, vio a un hombre solitario de pie contra el lateral del edificio. Estaba orinando contra la pared lateral y no hacía absolutamente ningún intento de ocultar lo que estaba haciendo. Cuando llegó a la puerta principal, no tenía ni idea de si debía entrar sin avisar o llamar. Parecía el tipo de lugar donde ocurrían actos delictivos y no quería llamar y dar ningún tipo de aviso. Por otro lado, no llevaba encima la pistola de Clarence, así que irrumpir sin ningún tipo de protección era probablemente una invitación a resultar gravemente herida.

Al final, optó por una mezcla de ambas cosas. Llamó a la puerta, esperó un segundo y luego probó el pomo. No solo no estaba echado el cerrojo, sino que el pomo parecía que se le iba a caer en la mano. Abrió la puerta un poco y asomó la cabeza lentamente.

—¿Hola? —dijo. Y después de eso, le llegó el olor del lugar. Olía a orina, sudor, alcohol fuerte y lo que solo podía suponer que era el olor de

innumerables hombres tirándose pedos cuando les daba la gana. Era atroz, por decir lo menos, todo ello respaldado por un olor persistente a basura.

La puerta daba a una gran habitación con suelos de madera, una alfombra rasgada y un surtido de basura. Dos hombres estaban sentados en el suelo, jugando a las cartas. Ambos la miraron como si alguien les hubiera traído una comida exquisita.

—Parece que es nuestro día de suerte —dijo el más cercano a ella—. Joder, guapa, estás para comerte.

Asqueada y sin ninguna gana de que la miraran como si fuera comida, Ava le lanzó una mirada fulminante.

—Es bastante difícil comer algo cuando no tienes dientes.

El segundo hombre se rió por lo bajo mientras el primero se ponía de pie. Llevaba ropa que parecía no haber visto jabón en semanas. Quizás nunca. Mientras se acercaba a ella, Ava puso los ojos en blanco.

—Ni lo intentes —dijo, mostrándole el triste silbato que colgaba de su cuello—. Soy del Departamento de Mujeres de la Policía de Nueva York. Si me tocas, tendré aquí a media docena de polis en cinco minutos.

Esto detuvo en seco al aspirante a Romeo. Miró por encima del hombro de ella, hacia el porche y el patio muerto detrás de ella.

—Señora, no hemos hecho nada —dijo.

—Lo dudo. Pero no me importa. Tengo buenas razones para creer que un hombre al que quiero interrogar se ha estado quedando aquí. Un hombre llamado Lester Stubbs. ¿Lo conocéis?

El hombre que tenía delante no tuvo que responder. La reacción del segundo hombre, que había permanecido callado y tímido durante el intercambio, le dijo todo lo que necesitaba saber. Sus ojos se abrieron de par en par y se puso de pie de inmediato. Su partida de cartas se desparramó por el suelo mientras corría hacia la parte trasera de la casa.

O este hombre era Lester Stubbs o iba a avisar a Stubbs por alguna razón.

Ava empezó a correr hacia delante y se dio cuenta enseguida de que el otro hombre —el que la había considerado lo suficientemente buena como para comérsela— se estaba poniendo deliberadamente en su camino. Había una sonrisa espeluznante en su cara que le decía dos cosas: no tenía intención de moverse y probablemente quería que ella lo empujara solo para tener algo de acción.

Ava optó por no empujarlo. Liberó parte de su ira en un bien colocado gancho de derecha que aterrizó de lleno en el pecho del hombre mientras ella seguía corriendo hacia delante. Le oyó jadear y le vio empezar a tambalearse hacia atrás, pero no llegó a verle caer. Ya estaba a medio camino de la habitación y se dirigía por el pasillo trasero en la dirección que había tomado el segundo hombre.

A lo largo del pasillo, vio puertas parcialmente abiertas. Había varios hombres en algunas de ellas y era vagamente consciente de que se estaban asomando a sus puertas para ver qué pasaba mientras ella pasaba como una exhalación. Delante de ella, el sospechoso giró a la izquierda y pronto oyó que se abría una puerta. Ava metió otra marcha, el silbato golpeando contra su pecho como si le recordara que estaba ahí. Pensó que si el hombre le sacaba una ventaja considerable cuando saliera por la puerta trasera, soplaría el silbato para pedir ayuda. Por ahora, lo único que haría sería rebotar en estas paredes mugrientas.

Llegó al final del pasillo y giró a la izquierda. Vio al hombre justo un poco fuera de la puerta, corriendo por el rocoso patio trasero. Ava abrió la puerta de golpe y pudo ver que el hombre ya estaba reduciendo la velocidad, ya sin aliento. Sin embargo, ella no cedió. Corrió tras él, sus pies levantando polvo y su cuerpo inundado de adrenalina. Se estaba acercando a l rápidamente, y el hombre parecía saberlo. Cuando había cerrado la distancia y extendió su brazo derecho, el hombre prácticamente se había detenido. Se dejó caer de rodillas y levantó sus temblorosos brazos.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, lo siento mucho.

—¿Cómo se llama, señor? ¿Es usted Lester Stubbs?

Asintió y la miró con ojos tristes.

—Lo juro, no hay más conejitos. Lo pensé, pero no lo hice... lo juro. He sido bueno, muy bueno. Mi madre estaría orgullosa, he sido tan bueno.

Casi se sintió fatal por abordarle de esa manera cuando claramente no estaba en plenas facultades mentales. También se encontró en un callejón sin salida porque —a propósito o no, no estaba segura— la comisaría aún no le había proporcionado esposas, citaciones y, desde luego, tampoco una pistola. Todo lo que tenía era ese ridículo silbato.

—Escucha —dijo—. Necesito que vengas conmigo. Tenemos que dar un paseo, tú y yo. Necesito que camines justo delante de mí y sigas mis indicaciones.

—No. No quiero ir. He sido bueno, lo juro. No me hagas... no me hagas volver...

—Si no me haces caso, voy a hacer sonar mi silbato y vendrán agentes masculinos. Y no serán ni de lejos tan amables y comprensivos como yo.

¿Lo entiendes?

Llorando, Lester Stubbs asintió y se puso en pie.

—Lo entiendo. Seré bueno.

—Vuelve a la calle y gira a la izquierda —dijo ella—. Si corres, te atraparé. Si intentas hacer alguna tontería, haré sonar mi silbato.

¿Entendido?

De nuevo, él simplemente asintió. Y cuando le dio la espalda, Ava por fin se permitió relajarse. Y más allá de eso, se concedió un momento de triunfo, sintiendo la certeza de haber atrapado al asesino del hacha.

—¿Has perdido el juicio?

Minard le soltó esto desde detrás de su escritorio, mirándola con desprecio. Estaba más enfadado de lo que ella jamás le había visto y se debatía entre la confusión total y el miedo a perder su trabajo.

—No lo entiendo —dijo ella—. Lester Stubbs encaja mejor con el perfil del asesino que Tony Dos jamás lo hizo. No parece que esté usted interesado siquiera en interrogarle.

—Oh, será interrogado —dijo Minard—. Por eso estoy malgastando una sala de interrogatorios con él ahora mismo. Pero al mismo tiempo, voy a tener que encontrar la manera de que no parezca absolutamente terrible que una de mis agentes novatas haya intimidado a un simplón. Hablando de eso... si surge el tema, tienes que decir que Stubbs te atacó y por eso le perseguiste.

—¿Así que quiere que mienta?

—Sí. Mientes sobre ello si es necesario.

—Pero yo...

—Cállate. O haces lo que te digo en esto o puedes despedirte de este trabajo. —Golpeó con los puños sobre su escritorio para enfatizar. Pero luego, como si cambiara de marcha mental, se irguió y suspiró.

—Señor, debería...

—Gold, aquí está la parte verdaderamente jodida. Aquí está la parte que me dan ganas de echar tu cara bonita a la calle. La idea de buscar en los manicomios después de descubrir que este asesino ha estado murmurando

sobre su madre... fue brillante. Un buen movimiento, aunque me cueste admitirlo. Y fue ese pensamiento lo que te salvó el culo en esto. Hace media hora, estaba listo para despedirte. Pero... fue una jugada inteligente. Solo que ejecutada de manera muy chapucera.

—¿Cómo, señor?

La miró con furia y algo de ira volvió a sus ojos.

—Como Stubbs salió recientemente de un manicomio, tenía que haber pruebas muy sólidas contra él por estos asesinatos. Digamos que es el asesino. Si no encuentras algo que lo vincule absolutamente con alguna de las víctimas o la escena del crimen, quedará libre. Y para empeorar las cosas, ese refugio donde lo encontraste probablemente tiene hasta treinta hombres escondidos. Si tan solo dos de ellos afirman que Stubbs estaba en esa casa la noche de los asesinatos, queda libre, incluso si están mintiendo.

Maldita sea, pensó. Se sintió como una tonta por no haber pensado en nada de esto.

—Lo... lo siento, señor.

—No solo eso —continuó—. Estar allí sola cuando tienes un compañero fue imprudente. Un error estúpido de novata. Podrías haber muerto.

—Yo... no...

—No quiero oír que lo sientes, Gold. Quiero que lo arregles.

—Sí, señor.

—Y otra cosa —dijo con desdén—. He recibido dos visitas de periodistas que quieren hablar contigo. Sin mencionar a Frank Wimbley y Frances abajo cantando tus alabanzas. Te guste o no, los ojos están puestos en ti. Y si están en ti, están en toda la comisaría. Ten eso en cuenta la próxima vez que tu instinto te diga que hagas algo así.

—Sí, señor.

—Ahora lárgate de aquí. Puedes interrogar a Stubbs si quieres, pero será con otro policía supervisando. Aunque honestamente... no me molestaría. Ya tengo a dos detectives en ese refugio. Espero plenamente que me traigan pruebas de su inocencia en unas horas. Y además... todavía tenemos a Tony Dos, que aún podría ser nuestro asesino.

—Pero ¿y si él...?

—Ya hemos pasado por esto, Gold. Ahora... lárgate de aquí. Mi paciencia tiene un límite.

Se dio la vuelta y salió inmediatamente. Cuando cerró la puerta tras ella, se sintió expuesta. Prácticamente todos los ojos estaban puestos en ella mientras cruzaba la sala y se dirigía al pasillo. Algunos hombres se reían, y muy pocos intentaban ser discretos al respecto. Un novato al otro lado de la sala se puso de pie e hizo un gesto dramático de estirarse mientras decía:

—Eh, Gold, ¿quieres echar una carrera?

Ava se apresuró a alejarse, sintiendo que sus defensas se alzaban, así como una respuesta mordaz. Se apresuró hacia las escaleras al final del pasillo y se refugió en la oficina de la Brigada de Mujeres con las risas de innumerables oficiales empujándola por la espalda. Cuando abrió la puerta y entró, vio que la mayoría de las mujeres estaban allí. Todas la miraron con una mezcla de expresiones en sus rostros.

Lottie se acercó lentamente con una mirada comprensiva y dijo:

—Estoy muy por encima de hacer bromas a tu costa porque perseguiste a un hombre con discapacidad mental. Y por eso... probablemente no debería hablarte durante el resto del día.

Terminó con una sonrisa traviesa mientras volvía a su escritorio. Esto hizo que Ava se sintiera ligeramente mejor, pero cuando miró a Frances y vio la decepción en sus ojos, le dolió más de lo que esperaba.

—¿Crees que Stubbs es realmente el asesino? —preguntó Frances.

—Si me lo hubieras preguntado hace diez minutos, habría dicho que sí.

—Pero no te lo pregunté hace diez minutos. Te lo estoy preguntando ahora.

Dolía decirlo, pero Ava logró sacar las palabras y fue como escupir sus propios dientes.

—Simplemente no lo sé.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ava subió al piso de arriba en busca de Frank, pensando que sería mejor hablar con él sobre los acontecimientos de la mañana ahora que más tarde, cuando toda la comisaría lo supiera y se hubiera reído a gusto. No lo encontró en su escritorio, y cuando preguntó por su paradero en la recepción a Wayne Gibb, tampoco obtuvo respuestas allí. No pudo evitar preguntarse si la estaba evitando a ella y a la comisaría por completo, tratando de mantenerse alejado del lío que ella había causado esa mañana. Eso le hizo preguntarse otra cosa, algo que la hacía sentir culpable, aunque odiaba admitirlo: ¿culparía Minard en parte a Frank por esto, ya que él había sido quien había intercedido por ella?

Estaba a punto de dejar una nota en su escritorio cuando escuchó que la llamaban desde el otro lado de la oficina. Era Wayne Gibb, gritándole desde la recepción.

—¡Gold! ¡Tienes una llamada!

Ava no estaba segura de cómo responder. ¿Debería bajar a la oficina de la WB y hacer que dirigieran la llamada allí? ¿Necesitaba encontrar un teléfono y hacer que Gibb transfiriera la llamada? Después de todo, nadie había llamado nunca a la comisaría preguntando específicamente por ella. Sin embargo, Gibb le tendió su auricular, con el cable tirando suavemente de la base que descansaba sobre su escritorio. Ella se apresuró y lo cogió.

—¿Quién es? —preguntó.

Gibb no dijo nada, solo sonrió. A Ava le caía bastante bien Gibb. Recordaba que había sido solo un poco brusco el primer día, pero ahora, a menos que se equivocara, parecía que era una especie de aliado.

—Hola, soy Ava Gold —dijo al auricular.

—Ava, soy Hank Armstrong. ¿Te acuerdas de mí?

Se acordaba, y su rostro se iluminó. No había visto a Hank en años, no desde que había empezado a conseguir actuaciones aquí y allá en los clubes más pequeños. Era un experto en jazz y, por lo último que había oído, estaba ayudando a organizar conciertos para algunos de los clubes más grandes de la ciudad.

—¡Claro que sí! Pero... ¿cómo sabías que podías localizarme aquí?

—¿Bromeas? Tu nombre está en boca de toda la ciudad. Hay gente murmurando que la esposa del difunto Clarence Gold está persiguiendo a asesinos dementes. Tu nombre ha aparecido en los periódicos unas cuantas veces también. ¿No lo sabías?

Había sido vagamente consciente de esto también, pero había optado por ignorarlo. Pensó que nunca llegaría a ser gran cosa. Si acaso, pensó que podría ser utilizada como chivo expiatorio si el caso se torcía.

—¿Qué puedo hacer por ti, Hank?

—Tengo un nuevo curro, si no te has enterado. Estoy trabajando en la emisora de radio de jazz. No en la que suena como si se estuviera transmitiendo a través de una lata, ojo. ¡En la buena! La que entrevistó a Duke Ellington hace unas semanas.

—¡Eso es increíble, Hank! Parece que te va como anillo al dedo. Pero aun así... estoy un poco ocupada y...

—Sí, lo sé, lo sé. Escucha... te necesito en mi programa. Este asunto del asesino del hacha se está volviendo una locura, pero la noticia de una mujer policía persiguiéndolo es aún más emocionante. Es una historia que se escribe sola.

—No sé, Hank. En primer lugar, no creo que mi capitán lo apruebe de ninguna manera. En segundo lugar... esto no se trata de mi fama...

—¡Por supuesto que no! Se trata de mantener la ciudad segura, y de mostrar cómo las mujeres son tan capaces como los hombres en todos los aspectos. Mira, Ava... tengo un espacio libre al mediodía de hoy. Dentro de dos horas. Realmente creo que deberías hacerlo. Si lo necesitas, puedo hablar con tu capitán. Sería un tonto si rechazara esta gran publicidad gratuita sobre cómo el NYPD está totalmente a favor de la igualdad.

No sé si estoy de acuerdo con la parte de "totalmente a favor de la igualdad", pensó. Y a raíz de eso, había otra cosa. Se preguntó si salir en la radio podría potencialmente hacer que surgieran otros testigos. ¿Podría usar esto como una herramienta para llamar más la atención sobre el caso del Asesino del Hacha sin mencionarlo específicamente?

—Lo mejor que puedo hacer es preguntarle —dijo Ava, sorprendida de encontrar que el argumento final de Hank había funcionado—. Si lo aprueba, te veré al mediodía. Pero si dice que no, no puedo discutirlo demasiado. Ya estoy en la cuerda floja.

—Bueno, supongo que es todo lo que puedo pedir —dijo Hank—. Un placer hablar contigo, Ava. ¡Espero verte pronto!

Ava le devolvió el auricular a Gibb. Mientras lo colocaba de nuevo en la base, dijo:

—¿Te importa si echo mi granito de arena?

—Claro.

—Me dio una idea general antes de pasarte el teléfono. El capitán Minard lo aprobará, confía en mí. Fingirá que odia la idea, pero es un hombre inteligente. Es una gran publicidad para el departamento, y lo sabe.

Esto la hizo sentir significativamente mejor. Le permitió caminar hacia el despacho de Minard con algo parecido a la confianza. Incluso fue capaz de ignorar las risitas y las miradas groseras de los oficiales masculinos mientras pasaba, que aún se burlaban de su metedura de pata de la mañana. Llegó a su puerta, respiró hondo y llamó.

Cuando entró en la emisora, pudo escuchar «Black and Tan Fantasy» de Duke Ellington sonando al final del pasillo. Siguió el sonido, se registró con una recepcionista alegre y se encontró siendo escoltada hasta la cabina de grabación.

Hank Armstrong estaba allí para recibirla con los brazos abiertos.

—¿No te dije que todo saldría bien? —dijo orgulloso.

—Así es —asintió ella. Miró a su alrededor, algo desconcertada. Poder tocar y escuchar música jazz todo el día y que te paguen por ello... bueno, eso sería estupendo.

—Sé que estás ocupada con el caso —dijo Hank mientras se sentaba detrás de un largo escritorio lleno de extrañas cajas mecánicas, diales y cables, ninguno de los cuales entendía—. Así que después de esta canción, iremos al grano. Ya lo he aprobado con los directores de la emisora, y están tan emocionados como yo.

Ava asintió, mirando los micrófonos en el escritorio. Cuando Hank señaló la otra silla al final del largo escritorio, ella se sentó. Sus ojos seguían fijos en los micrófonos. ¿De verdad iba a hacer esto? ¿De verdad iba a convertir esta aventura en algo de lo que el público ahora formaría parte? Parecía incorrecto, de alguna manera. Había aceptado el trabajo como una especie de homenaje a Clarence y ahora iba a hablar de ello a toda la ciudad.

«Black and Tan Fantasy» terminó y Hank la miró, guiñándole un ojo. Observó cómo pulsaba un botón y se inclinaba hacia el micrófono frente a él.

—Muy bien, Nueva York... eso, por supuesto, fue «Black and Tan Fantasy» del único e inimitable Duke Ellington. Y tendremos mucho más como eso en un momento. Pero ahora mismo, tengo una sorpresa especial para todos vosotros. Ahora mismo, tengo en el estudio a una mujer verdaderamente increíble, una mujer con experiencia en el jazz. Pero por un momento, no vamos a hablar de jazz. En su lugar, vamos a charlar con la señora Ava Gold, la nueva incorporación al Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York, en la Oficina de Mujeres. Señora Gold, ¡gracias por acompañarnos hoy!

—Por supuesto —dijo Ava, hablando cuidadosamente en el micrófono. No podía recordar la última vez que había estado tan emocionada y nerviosa a la vez—. Es un placer estar aquí.

—Ahora, señora Gold... perdón, agente Gold, hay rumores circulando por toda nuestra gran ciudad de que la han asignado a uno de los casos más importantes que se están investigando actualmente en el NYPD. ¿Hay algo de verdad en eso?

Sabía que tendría que elegir sus palabras con cuidado. Esta era su oportunidad para corregir el error que había cometido con Stubbs esta mañana, y para demostrar a Minard que había tomado la decisión correcta al permitir esta entrevista.

—Así es, Hank —dijo finalmente—. La Oficina de Mujeres es una parte integral del NYPD, aunque a menudo no recibe mucha atención. Pero lo que el público no ve es cómo los supervisores tratan a las mujeres de la OM como iguales. Y trabajar en este caso, creo que demuestra el genuino interés del NYPD en la igualdad y los derechos justos para todos.

—¿Y qué hay del público? ¿El hombre de a pie? ¿Parecen estar tan interesados en esta misma igualdad?

—No tanto —dijo Ava—. Es difícil para algunos asimilar la idea de que una mujer puede ser tan eficaz como agente como un hombre. Y sinceramente, lo entiendo. El cambio no llega de la noche a la mañana. Pero el NYPD está dando los pasos necesarios para ser el faro en esto.

—Sí, ciertamente suena así. Ahora, como dije antes, tú y yo tenemos un poco de historia a través de algunos de los clubes de jazz de la ciudad. Eras toda una cantante no hace mucho... hace tan solo dos años, ¿correcto?

—Sí, ha pasado más o menos ese tiempo.

—¿Algún interés en volver a eso, o te ves quedándote en la OM como carrera?

—Bueno, esa es la belleza del jazz, ¿no? —dijo ella—. Nunca te abandona. Siempre está ahí y siempre está hablando. Así que no veo por qué no puedo tener ambas cosas.

—Bien dicho, agente Gold. Ahora, abriré las líneas para cualquiera que quiera hacer preguntas a la agente Gold sobre su trabajo en la OM. No durará mucho, porque tiene que volver al trabajo, así que llamad ahora, ¿vale? —Dio el número varias veces y luego silenció su micrófono. Hank le dio a Ava un gesto de aprobación y dijo—: ¡Eso ha sido oro puro! Corto y dulce y, por Dios, le has hecho la pelota al NYPD sin parecer obvia. ¡Buen trabajo!

Entró la primera llamada y Hank la atendió de inmediato.

—Estás al aire con la agente Ava Gold del NYPD, OM. Di eso un par de veces rápido, ¿eh? ¿Quién está en la línea y cuál es tu pregunta?

Una mujer de voz tímida habló. Sonaba algo mayor y casi asustada de estar en la radio.

—Agente Gold, me preguntaba si se le permite llevar esposas y una pistola mientras está en las calles.

—Buena pregunta —dijo Ava, preguntándose cómo darle la vuelta a esto para que no pareciera que el NYPD la estaba enviando mal preparada. Decidió dar una especie de respuesta ambigua—. Bueno, empezar en la OM es como empezar en el NYPD normal. Cuando estás de patrulla, a los agentes se les dan esposas, una pistola reglamentaria y un bloc de multas. En la OM, también nos dan silbatos, y se nos dice que los usemos con más frecuencia. Esto es simplemente para que el NYPD pueda proteger mejor a sus agentes mujeres mientras permite que los hombres se involucren en las situaciones más peligrosas.

Hank le dio un pulgar arriba mientras tomaba la siguiente llamada.

—¡Estás al aire con Ava Gold! ¿Cuál es tu pregunta?

Esta vez era un hombre, y ella pudo escuchar un humor mordaz en su voz.

—Sí, agente Gold. Me preguntaba cómo tiene tiempo para criar a sus hijos y tener la cena lista para su marido si está fuera jugando a ser policía.

—Así que pasaremos de esa inmediatamente —dijo Hank en el micrófono—. Que ese último interlocutor sea un ejemplo de cómo no actuar frente a la igualdad, amigos. Sigiente llamada, estás al aire. ¿Quién eres y cuál es tu pre...

—Me disculpo —dijo apresuradamente la voz de un hombre—, pero ¿hay alguna manera de que no esté al aire? Necesito hablar con la agente Gold de inmediato. Es bastante importante.

Hank le lanzó una mirada desconcertada mientras decía:

—¿Quién eres, interlocutor?

—Ella me visitó esta mañana y le di un nombre y una dirección. Eso es todo lo que diré.

Ava asintió rápidamente y susurró:

—Sí, por favor, quítalo del aire.

Esa sensación de emoción tan familiar había vuelto y esperaba que esta vez significase algo realmente.

Pensando rápido, Hank dijo:

—Bueno, amigos, tenemos que irnos porque este caballero nos lo está pidiendo. Parece que es un asunto importante. Pero demos las gracias a la agente Ava Gold del NYPD WB por pasarse por aquí y despedámosla con «Bell Hoppin' Blues» de Paul Whiteman y su orquesta.

Pulsó unos botones y le hizo un gesto a Ava, pasándole el teléfono de candelabro que tenía sobre el escritorio.

—Cógelo con este. Ya estás fuera del aire.

—¿Diga? —preguntó Ava—. ¿Dr. Huffman?

—Agente Gold, ¿podría volver a mi despacho? —preguntó él, con tono urgente—. Tengo información que puede necesitar.

—¿No puede dármele ahora?

—No —dijo él, con aún más urgencia en la voz—. Creo que es mejor que nos reunamos en persona.

—De acuerdo —dijo ella, ya poniéndose en pie—. Estaré allí en media hora.

Le devolvió el teléfono a Hank e hizo lo posible por cambiar el chip mental.

—Gracias por esta oportunidad, Hank. Siento que se haya interrumpido.

—¡Encantado de hacerlo! ¿Era alguna pista o algo así?

—Aún no lo sé. Nunca se sabe con este trabajo. Estoy empezando a descubrir que es bastante imprevisible.

—¡Ja! —exclamó Hank, dando una palmada en el escritorio—. ¡Igual que el jazz!

—Eso no está muy lejos de la verdad —dijo Ava.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ava pensó que Huffman parecía diferente a cómo estaba por la mañana. Se le veía más preocupado y como si el día le hubiera dado una paliza, aunque solo eran la 1:10 de la tarde. También parecía irritado. Sin embargo, cuando Ava se sentó en la silla que había ocupado hacía solo seis horas y media, la expresión de su rostro se volvió casi de disculpa.

—Siento mucho tener que hacerte esto —dijo—. Pero resulta que esta mañana no te di una lista completa de posibles sospechosos. No fue culpa mía. Hay otros tres médicos jefe aquí, y uno de ellos está actualmente en un barco rumbo a París por unas semanas. Ni yo ni el otro médico principal pensamos siquiera en considerar los archivos de este otro doctor porque normalmente no trata casos relacionados con la esquizofrenia. Dudo que alguien con quien hablaste por teléfono anoche lo hubiera considerado tampoco. Sus casos suelen centrarse en actos de violencia, ya sea hacia el propio paciente o hacia otros.

Casi comprendía tal descuido. Después de todo, había revisado innumerables nombres que le habían dado por teléfono la noche anterior de varios hospitales y, al tener solo doce nombres, todos se habían mezclado un poco mientras buscaba en los registros del NYPD.

—Pero supongo que encontró algo destacable en algunos de sus registros —dijo ella.

—Quizás —dijo él—. Nunca se me habría ocurrido de no haber tenido una consulta con uno de mis pacientes habituales hoy. Mi paciente mencionó que jugaba al póker apostando cacahuets con otro paciente que fue dado de alta hace un mes. El nombre me sonaba, pero no era alguien con quien yo hubiera tratado directamente.

—¿Quién es el paciente?

Huffman le pasó una carpeta, que ella abrió de inmediato. Una fotografía borrosa de un hombre que parecía tener poco más de treinta años le devolvió la mirada.

—Su nombre es William Gault. Fue ingresado hace un año y medio cuando confesó haber asesinado a su madre. Nadie le tomó en serio, principalmente por cómo lo describió. Dijo que era como un sueño, que apenas podía recordarlo. Pero describió cómo lo hizo, dónde lo hizo, y así

sucesivamente. Incluso dijo dónde se podía encontrar el cuerpo, pero resultó ser mentira. Su cuerpo nunca fue encontrado y nunca hubo ni una pizca de evidencia que lo relacionara con la desaparición.

—A medida que pasó aquí varios meses, quedó claro que probablemente se lo estaba imaginando todo. O bien su madre lo abandonó y su muerte imaginaria era su forma de afrontarlo. Parecía tener algunas inestabilidades mentales y, por triste que suene, no es tan raro que padres solteros abandonen a un hijo con discapacidad mental a una edad avanzada. Si esa línea de pensamiento es cierta, el añadir que la había asesinado le daba una apariencia de control sobre lo que había sucedido. O, al menos, eso es lo que pensábamos.

—¿Y basándose en todo eso... fue dado de alta el mes pasado? —preguntó Ava, horrorizada.

—Sí. Estaba completamente rehabilitado y empezó a aceptar el hecho de que su madre simplemente estaba desaparecida, que incluso podría haberlo abandonado.

—Entonces, ¿por qué llamarme? —preguntó ella.

—Porque temo que su médico cometió un error al darle el alta —Se inclinó, pasó unas páginas de la carpeta y señaló una línea cerca de la parte superior de las entrevistas iniciales en las que William Gault había participado al llegar al manicomio.

Ava lo leyó en voz alta, cada palabra como una pequeña explosión.

—Afirma haber matado a su madre con un hacha. Y luego habló de sacar ese hacha a la calle, en medio de un grupo de mujeres que realizaban una marcha política. Quería matarlas, una por una, poniéndoles el hacha justo en la cara —Suspiró aquí, cerrando la carpeta—. Dios mío. Doctor Huffman, ¿puedo ver la habitación en la que se alojó mientras estuvo aquí?

—Sí, por supuesto.

Salieron de su despacho y él guio a Ava por un pasillo bien iluminado. Los olores y ruidos del lugar ya no le molestaban tanto. El peso de la revelación que Huffman acababa de entregarle parecía bloquear todo lo demás por completo. Después de girar a la derecha al final del pasillo, llegaron a lo que supuso eran los dormitorios de los pacientes. Escuchó cantos, gritos y carcajadas procedentes de detrás de varias de las puertas.

Huffman se detuvo en la penúltima puerta de la derecha. La abrió y la hizo pasar. La habitación era bastante anodina y aún no había sido ocupada desde que William Gault fue dado de alta. La cama que le había servido de

lecho estaba sin sábanas. No había ventana ni nada con bordes afilados. Incluso los bordes de la cama estaban lijados. La habitación olía a lejía y a sudor rancio. Aparte de eso, no había nada. Paredes blancas, suelos de madera lisa, iluminación tenue en el techo.

Pensar que alguien que no estaba en sus cabales había vivido en este pequeño espacio —alguien que podría haber matado a su madre— era escalofriante. Escuchar los sonidos apagados del pasillo solo lo hacía aún peor. Reprimió un escalofrío mientras echaba un vistazo alrededor.

Se acercó a la cama y la examinó en busca de manchas de sangre o cualquier tipo de escondite, pero no vio nada. Pero cuando estaba a punto de alejarse, vio algo... era pequeño y apenas perceptible, pero estaba allí. En la pared, parcialmente oculto por la parte de la cama que sostenía el colchón, algo había sido grabado en la pared. No era profundo y muy pequeño, lo que hizo que Ava se inclinara sobre la cama para leerlo. Manos muertas para flores muertas.

Lo habían grabado tres veces, una encima de la otra. Cada línea no medía más de un centímetro y medio de alto, y la tercera de la fila apenas se distinguía.

—Manos muertas para flores muertas —dijo ella—. ¿Tienes alguna idea de lo que puede significar?

—No se me ocurre nada, la verdad. Agente, ¿hay algo más en lo que pueda ayudarle?

—Sí, de hecho —dijo ella—. Necesito la última dirección conocida de William Gault. Y necesito usar un teléfono.

Se apresuraron de vuelta a su escritorio, donde Huffman buscó en la carpeta de Gault su última dirección conocida. Mientras él la anotaba, Ava usó el teléfono de candelabro del escritorio de Huffman para llamar a la comisaría. Cuando Gibb contestó, a Ava le costó creer que hacía menos de dos horas estaba frente a él, usando su teléfono. Este se estaba perfilando como un día muy largo.

Gibb apenas había pronunciado tres palabras de su saludo cuando Ava le interrumpió:

—Gibb, soy Ava Gold. ¿Puedes comprobar si Frank Wimbly está por ahí?

—Eso es fácil —dijo Gibb—. Sé con certeza que no está. Le llamaron por algo hace media hora.

—¿Sabes por qué o adónde?

—Lo siento, pero no. Parecía muy reservado al respecto.

Su primer pensamiento fue: Vaya compañero, siempre ausente o haciendo lo suyo. Aunque, ¿no era eso exactamente lo que ella estaba haciendo? Así que, ¿quién era ella para juzgar de esa manera?

—Gracias de todos modos —dijo, colgando antes incluso de terminar la frase. Cuando terminó, Huffman arrancó una hoja de uno de sus cuadernos y se la entregó. Con la última dirección conocida de William Gault en mano, se dirigió de nuevo a la salida del manicomio por segunda vez ese día, esperando no estar encaminándose también hacia su segundo error del día.

El detective Frank Wimbly había visto su buena cantidad de cadáveres durante su tiempo como detective, pero el que estaba mirando ahora le helaba las entrañas. Ya era bastante malo que conociera a la víctima, pero el hecho de que también hubiera trabajado esencialmente con ella lo hacía mucho peor. Se agachó sobre el cuerpo mientras dos agentes detrás mantenían alejada a la multitud.

—¿Cuánto tiempo más hasta que llegue el maldito furgón? —gritó Frank por encima del hombro.

—Quizás diez minutos, calculo —dijo uno de los agentes.

El otro agente habló, y sonaba aterrorizado:

—Mejor que lo dejes en segundo plano —dijo el policía—. El capitán Minard viene hacia aquí.

—Joder —murmuró Frank entre dientes.

Se giró desde su posición agachada, mirando desde el callejón donde se encontraba hacia la calle. Solo había unos pocos curiosos intentando echar un vistazo por encima de la policía. Mientras observaba, vio acercarse una figura intimidante desde la calle. Ambos policías se apartaron para dejarle pasar. Era Minard, y cuando el capitán Minard hacía una aparición repentina en la escena de un crimen, normalmente significaba que se avecinaban tiempos difíciles.

Frank se volvió hacia el cuerpo, prefiriendo ver las dos heridas de hacha en la cara antes que la mirada gélida de Minard.

—¿Es cierto? —dijo Minard mientras se acercaba. Y luego, al llegar detrás de Frank, dijo—: Mierda.

—Es reciente, señor —dijo Frank—. No sé cómo nadie le vio.

—Tengo hombres por toda la ciudad ahora mismo, buscando a cualquiera que parezca tener prisa, escabulléndose por los callejones. — Minard pasó junto a Frank, luego junto al cuerpo y se agachó al otro lado.

Ambos miraron el cuerpo de Deidre Idelman en silencio reverencial. Su silbato WB colgaba de su cuello en diagonal, rozando el suelo sucio del callejón.

—¿Sabías que Ava Gold estaba dando una entrevista en la radio cuando probablemente ocurrió esto? —dijo Minard.

—Sí, lo deduje por la cronología.

—¿Sabes que yo aprobé la entrevista?

Frank levantó la mirada, ligeramente sorprendido, pero asintió:

—Fue una buena decisión. Una jugada inteligente.

Sin apartar los ojos de Deidre, Minard negó con la cabeza:

—No lo parece ahora, ¿verdad?

—Señor, no había forma de que lo supiera. Ninguno de nosotros.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Minard.

Era la única pregunta que Frank esperaba que no le hicieran. No sabía el paradero de Ava desde hacía casi doce horas. Ni siquiera sabía que iba a hacer esa maldita entrevista en la radio hasta que escuchó a alguien en la comisaría hablando de ello.

—No lo sé, señor —dijo Frank.

Minard no respondió con la explosión que Frank había estado esperando. Sin embargo, lo miró con esos ojos gélidos.

—¿No te dije que la vigilaras?

—Sí, señor. Lo hizo. Pero cuando trajo a Tony Dos de esa manera... pensé que había terminado. Sabía que tenía dudas, pero no tenía ni idea de que seguiría investigando.

—Parece que fue inteligente al hacerlo —argumentó Minard—. Porque aquí estamos, mirando a una tercera víctima, mientras Tony Dos está sentado en una celda. Parece que Gold tenía razón sobre que no era Tony Dos. Es una lástima que tengamos que prescindir de ella la próxima vez que la vea.

—¿Qué? —dijo Frank—. ¿Por qué?

—Por el momento en que ocurrió. Sí, la idea detrás de la entrevista fue inteligente. Es por eso que la aprobé aunque me puso los pelos de punta. Pero este asesinato, ocurriendo cuando ella estaba en la radio... eso va a dar muy mala imagen. Parecerá que priorizó la publicidad sobre la seguridad.

—Pero señor, eso no tiene sentido.

—¿Estás diciendo que estoy cometiendo un error?

—Estoy diciendo que está a punto de cometer un error. Le guste o no, es buena en esto. Parece que lleva años haciéndolo. No solo eso... pero si la despiden ahora después de que ya hemos empezado a hacer un gran alboroto sobre ella, eso va a ser una prensa terrible.

—Tenemos que dejar de pensar tanto en la prensa.

—Con todo respeto —dijo Frank—, buena suerte explicándoselo a sí mismo cuando necesite votos para mantener su trabajo, señor.

Minard lo miró con el ceño fruncido. El corazón de Frank latía con fuerza porque nunca se había atrevido a hablarle al capitán Minard de esa manera.

—¿Por qué te importa siquiera? —interrumpió Minard—. Ni siquiera te importa lo suficiente como para vigilarla. —Se puso de pie e hizo un gesto a alguien en la parte trasera del callejón para que se acercara. Frank esperaba que fuera el equipo forense—. Ahora —dijo Minard—. Deja que los forenses hagan su trabajo. Mientras tanto, creo que tú y yo podemos ir juntos a informar a Frances Knight que una de sus agentes fue asesinada en acto de servicio.

El corazón de Frank se hundió ante la idea. Y detrás de eso estaba la pesada noticia de que el trabajo de Ava Gold probablemente había terminado. Miró hacia abajo a Deidre mientras el equipo forense se acercaba, asumiendo que no podía haber sido un error. Matar tan descaradamente a un miembro de la policía —y a una mujer, además— hablaba de algo mucho más allá de la intención maliciosa.

Le hizo preguntarse si el asesino de alguna manera sabía que Ava Gold era la agente que lo perseguía activamente.

Y si ese era el caso, entonces Ava estaba en terrible peligro.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Por segunda vez ese día, Ava se encontró caminando por un barrio de clase baja. No había pensiones baratas en esta parte de la ciudad, pero sí varias casas que parecían estar al borde del derrumbe. Eran casas pequeñas, algunas poco más que chabolas de considerable tamaño. Lo que más le alarmaba era que este nivel de deterioro estaba a menos de dos kilómetros y medio de la bulliciosa parte de la ciudad que ella llamaba hogar.

Se acercó a la casa marcada con la dirección que le había dado el Dr. Huffman. Ava suponía que probablemente la madre había sido asesinada en esta casa, y si ese era el caso, existía una buena posibilidad de que William Gault hubiera regresado aquí. Quizás por nostalgia o por una sensación de seguridad. Desde fuera, el lugar parecía vacío, pero eso era cierto para la mayoría de las casas en esta manzana y desde donde estaba, vio a algunas personas deambulando por un porche unas casas más adelante.

Mientras caminaba hacia el porche, deseó de nuevo tener el Smith and Wesson Model 10 de Clarence. Lo había dejado en casa principalmente porque se sentía más expuesta durante las horas del día. Además, no tenía ni idea de cómo reaccionaría Minard si estuviera de servicio, recorriendo las calles con un arma que no le había sido asignada por el NYPD. Así que, desarmada y bastante nerviosa, Ava llamó a la puerta principal. Escuchó el sonido haciendo eco por la casa, como una piedra lanzada a la entrada de una caverna.

Tras un minuto y otro intento de llamar, Ava probó la puerta. Pensaba que estaría cerrada con llave, pero cedió con un poco de fuerza. Se había hinchado por el clima y el calor, arrastrando la parte inferior por el suelo de madera barata del interior. En cuestión de segundos, tuvo la certeza de que el lugar estaba vacío. Un olor rancio flotaba en el aire, y tenía la sensación de que nadie había pisado la casa en mucho tiempo.

Desde la entrada, veía un pasillo que llevaba hasta la parte trasera de la casa, terminando en una cocina. Casi de inmediato a la derecha, había una gran abertura que daba a la sala de estar. Un viejo sofá polvoriento se apoyaba contra la pared del fondo, y un sillón solitario estaba a la derecha de Ava, escondido en una esquina. Allí vio lo que supuso eran los restos del asesinato de la madre de William Gault. La parte superior del sillón tenía

una mancha granate oscuro en el respaldo, y había salpicaduras de sangre seca en las paredes. Parte se había desconchado, como el óxido, durante el tiempo que la casa había estado abandonada.

Ava echó un vistazo a la sala, sin saber muy bien qué buscaba ahora que sentía que el lugar estaba vacío. Lo último que quería en esta situación era parecer descuidada. Si esta visita de alguna manera resultaba crucial para la investigación, quería poder decirle a Minard que había sido lo más minuciosa posible. Así que, con ese fin, inspeccionó el resto de la casa con ojo crítico.

La sala no tenía nada destacable aparte de la sangre y excrementos de ratón dispersos por aquí y allá. Recorrió el pasillo y no vio nada más que una rata muerta, quizás la fuente de los excrementos en la sala. Examinó los dos dormitorios y aunque no encontró nada, se sintió un poco más inquieta. Uno de los dormitorios aún contenía un colchón, desnudo y tirado en el suelo. Estaba sucio, ligeramente cubierto de polvo. Se preguntó si era el dormitorio de William Gault... si era la habitación en la que había crecido, donde había empezado a cultivar sus rasgos homicidas.

Salió de la habitación y luego revisó el cuarto de baño, una estancia demasiado pequeña e incómoda para ser considerada un baño completo. Olía a moho. La pequeña bañera estaba ligeramente descolorida y había innumerables insectos muertos en el fondo. Ava retrocedió del cuarto de baño y revisó la cocina, sin encontrar nada nuevo.

Fuera de la cocina, había una puerta delgada a lo largo de la pared trasera, entreabierta y ofreciendo una vista del polvoriento patio trasero. Había otra puerta a la derecha, probablemente un armario o la entrada al sótano. La abrió y descubrió que revelaba escaleras de madera que conducían al sótano. Estaba húmedo y oscuro, pero ella comenzó a bajar de inmediato en aras de ser minuciosa. Las escaleras eran cortas y cuando sus pies tocaron la tierra desnuda debajo, solo había alrededor de treinta centímetros entre su cabeza y las vigas del suelo arriba. Con la puerta abierta arriba, un poco de luz del día bajaba por las escaleras, revelando apenas un suelo de tierra.

El suelo había sido excavado aquí y allá de manera metódica. Algunos de los agujeros tenían unos cuarenta y cinco centímetros de profundidad. Ava supuso que esto era de la investigación policial mientras buscaban el cuerpo de la madre. Todos los agujeros estaban vacíos, y uno incluso había raspado las tuberías de la fontanería interior en el cuarto de baño. Cuando

Ava pudo verificar que efectivamente no había nada que ver en el sótano, subió apresuradamente las escaleras y se alegró de respirar el aire viciado de la casa.

Comenzó a volver por el pasillo hacia la puerta principal cuando recordó su visita a la habitación ahora vacía de Gault en el manicomio. Las palabras ligeramente garabateadas en la pared, apenas visibles y al principio sonando como nada más que divagaciones de un loco: Manos muertas para flores muertas.

—Flores —dijo Ava en voz alta.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la cocina. Caminó hacia la puerta trasera que daba al patio trasero. Mientras la abría, el olor de la casa pareció seguirla. Escaneó el patio trasero, que no ofrecía mucho. Era aproximadamente un cuarto de acre, cerrado del siguiente patio por una valla de estacas deteriorada. Mientras escaneaba la valla, Ava divisó lo que al principio pensó que podría ser nada más que un montón de madera desechada. Sin embargo, al acercarse, vio la tierra ligeramente descolorida debajo y notó la extraña colocación de la madera.

La disposición parecía fuera de lugar porque en algún momento del pasado no muy lejano había formado una figura rectangular. Ava se acercó y vio por qué: había sido el intento de alguien de hacer un pequeño jardín o un parterre. Observó formas quebradizas aquí y allá que podrían haber sido malas hierbas, enredaderas o raíces desechadas. Algunos tallos secos y podridos se aferraban a la tierra en grupos.

Manos muertas para flores muertas...

El corazón de Ava pareció desinflarse mientras apartaba las tablas de una patada. Parte de la tierra vieja se desparramó. Cogió una de las tablas que parecía más resistente y hurgó en el suelo. Era mayormente blando y cedía con bastante facilidad durante unos centímetros, pero luego la tierra natural del patio tomaba el relevo.

Ni se te ocurra, le dijo una voz en su cabeza. Ve a buscar a Frank. Ve a contárselo a Minard.

Pero para entonces, ya estaba de rodillas y empezando a cavar con la tabla. Cuando intentó hacer palanca en el suelo, la tabla se astilló y se partió. Le dio la vuelta, trabajando con el otro extremo. Consiguió profundizar unos centímetros más antes de que se rompiera de nuevo. Hizo lo mismo con otra tabla, y luego con otra. Con la tercera, estaba a unos

veinte centímetros de profundidad cuando golpeó algo blando y flexible, algo que definitivamente no era tierra.

Trabajó alrededor de la zona, exponiendo un área de unos quince por quince centímetros. Para entonces estaba sudando profusamente, pero apenas se daba cuenta. Se encontró mirando una especie de tela, algo que una vez había sido azul pero que ahora era de un gris desvaído. Luego cavó hacia la derecha, sin buscar más profundidad.

Cuando la tierra empezó a desprenderse con más facilidad, rota por lo que estaba enterrado allí, usó sus manos.

Después de unos tres minutos usando sus manos, saltó hacia atrás, con el estómago recorriendo un tumultuoso camino hacia su garganta.

Una cara. Había parte de una cara mirándola. Estaba descompuesta y macabra, con la piel y el tejido casi completamente erosionados. Pero más allá de eso y de las cuencas vacías que la miraban fijamente, vio otra cosa que era simplemente demasiado difícil de pasar por alto.

Justo encima de un ojo y hasta la parte de la cabeza aún cubierta de tierra, había un surco largo y profundo, del tipo que fácilmente podría haber sido hecho por un hacha.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Llegó a la comisaría jadeando y empapada en sudor. En algún momento durante su carrera de vuelta, se había quitado los zapatos para correr más rápido, pero no recordaba claramente haberlo hecho. Cuando entró corriendo por las puertas y se dirigió directamente al escritorio de Frank, no le sorprendió en absoluto verlo vacío. Miró alrededor de la sala y vio que varias personas la observaban. Sin embargo, el buen humor con el que solían burlarse de ella había desaparecido. Quizás porque parecía un desastre, cubierta de sudor, con las manos y los brazos llenos de tierra hasta los codos.

Entre las miradas, divisó a Frank. Él la había notado, estaba de pie con tres agentes y aparentemente había interrumpido una intensa conversación cuando ella entró. Le dijo algo a uno de los agentes y luego se apresuró hacia ella. Odiaba que todos los ojos estuvieran puestos en ellos. La hacía sentir como si estuviera en exhibición... o como si estuvieran esperando algún tipo de espectáculo para entretenerse.

Cuando se acercó a ella, Frank no se detuvo. La tomó del brazo, dijo:

—Vamos —y la condujo hacia el despacho de Minard. Ava era vagamente consciente de que otros agentes murmuraban a su alrededor, pero estaba demasiado concentrada en el extraño comportamiento de Frank como para prestarles mucha atención. En un torbellino de movimiento, Frank abrió la puerta del despacho de Minard sin siquiera llamar. No la empujó dentro, pero estuvo cerca.

—¿Qué demonios? —dijo ella.

Minard estaba sentado detrás del escritorio, con una máscara de preocupación cubriendo su rostro. Miró a Ava por un momento, desconcertado por su aspecto sucio.

—Podría preguntarte lo mismo —dijo—. ¿Qué demonios, en efecto?

—Tengo al asesino —dijo ella—. Tengo un nombre y un...

—Bueno, tenemos otro cuerpo —dijo Frank.

—¿Qué?

—Tiene razón —dijo Minard—. Hace solo tres horas. —Tomó un profundo respiro y, con el ceño fruncido, añadió—: Era Deidre Idelman.

Simplemente no lo asimiló. Deidre Idelman era policía. ¿Cómo estaba muerta? ¿Cómo era víctima del asesino del hacha?

—¿Deidre? ¿Estáis... estáis seguros?

—Me arrodillé justo al lado del cuerpo —dijo Frank suavemente—. Y fue el asesino, sin duda.

—No lo entiendo. No...

Los envié a buscarlo, pensó. Deidre estaba ahí fuera buscando al asesino. Esto es mi culpa. La envié a su muerte...

—Gold —espetó Minard—. ¿Entiendes lo que te estamos diciendo?

Asintió distraídamente.

—Frances... ¿lo sabe?

—Sí. Está abajo con las otras mujeres. Les hemos pedido que se tomen los próximos días libres hasta que esto se resuelva.

—Sé quién es dijo ella—. El asesino, sé...

—¿Como sabías que era Tony Two al principio y montaste todo un espectáculo al respecto? —dijo Minard—. ¿Como sabías que era Lester Stubbs?

—Señor, ni siquiera me ha dejado interrogar a Stubbs.

—Porque he tenido a otros agentes que no están ocupados montando un espectáculo público haciéndolo en su lugar. Y hasta ahora... sí, parece que te equivocaste con él. —A estas alturas casi estaba gruñendo, pero pareció darse cuenta. Se detuvo, tomó aire y la miró tan sinceramente como pudo—. Gold, sé que te di permiso para esa entrevista. Pero ya sea como resultado de esa entrevista o por pura coincidencia desafortunada, ahora parece un momento horrible... un momento horrible, una situación general terrible. Ya no estás en este caso.

Acababa de empezar a procesar completamente que Deidre estaba muerta cuando escuchó estas últimas palabras. Quería sentarse, pero temía que si lo hacía, nunca volvería a levantarse. Dio un solo paso más cerca del escritorio de Minard y levantó las manos frente a ella, casi como si estuviera empujando una fuerza invisible.

—¿Ves esta tierra? —preguntó, su voz en algún punto entre la furia y una tristeza abrumadora—. Es de una tumba poco profunda que encontré en la calle Neibolt.

—Tumba poco pro... —comenzó Minard. Pero ahora, era el turno de Ava de interrumpir.

—Estaba en la antigua casa de un paciente de manicomio recientemente liberado llamado William Gault, que fue enviado al manicomio porque insistía en que había matado a su madre golpeándola en la cara con un hacha. La madre nunca fue encontrada. Pero está allí, en el patio trasero...

Las expresiones de horror y desconcierto en sus rostros podrían haberle dado un poco de satisfacción si no fuera por la abrumadora ola de culpa que se alzaba en ella. Y sobre esa ola, había una sola frase rugiendo como un océano en su cabeza: La enviaste. Es tu culpa que esté muerta.

—¿De dónde sacaste la información que te llevó allí? —espetó Minard.

—Investigué instituciones mentales locales en busca de hombres que hubieran sido liberados recientemente. Hablé con un... un doctor... el Dr. Huffm...

El mundo empezó a tambalearse y por fin se permitió sentarse. Se dejó caer, medio sentada medio desplomada, en la silla frente al escritorio de Minard. Notó cómo su rostro se arrugaba de angustia y sintió un nudo apretado formándose en su pecho, un nudo que sin duda se rompería en un llanto cargado de culpa.

—¿Ava? —dijo Frank—. ¿Ava, estás bien?

—Yo la envié —dijo Ava—. Les conté mi teoría y les dije dónde buscar y ahora está muerta.

—Sabemos que lo sugeriste —dijo Frank—. Hablamos con Lottie justo después de que ocurriera y... Ava, nadie te culpa.

De nada sirvió. Eran solo palabras vacías, aunque en algún rincón de su atormentada mente, Ava reconoció que Frank Wimbly intentaba consolarla... incluso delante de Minard.

—Vete a casa, Gold —dijo Minard. No sonaba enfadado, y era evidente que intentaba ser comprensivo con su situación—. Le he dicho lo mismo al resto del Departamento de Mujeres. Vete a casa. Te llamaré cuando todo esto se calme y veremos si podemos salvar tu futuro. Quizás otra comisaría, quizás...

Esta vez fue Frank quien le interrumpió y, incluso en su aturdida tristeza, Ava notó que Minard estaba más que molesto.

—Estoy de acuerdo, no debería estar aquí ahora —dijo Frank—. Pero me gustaría conocer los detalles de lo que ha encontrado.

—No podemos seguir sus pistas, visto cómo acabaron las dos últimas —argumentó Minard.

—De acuerdo. Pero ha informado de una tumba poco profunda con un cuerpo. Aunque no esté relacionado con este caso, hay que investigarlo.

Minard golpeó el escritorio con la mano. Se estaba poniendo rojo, claramente dividido en varias direcciones. Los miró a ambos con furia antes de preguntar finalmente, entre dientes:

—¿Cuál es la dirección, Gold?

—Ciento ochenta y seis Neibolt.

—Ya que estás tan ansioso por ir, Wimbly, ve allí y échale un vistazo. En cuanto a ti, Gold... puedes usar mi despacho para recomponerte. Luego lávate en el vestuario y vete a casa. Si te veo de vuelta aquí o cerca de este caso, no hablaremos de un traslado en el futuro; hablaremos de la pérdida de tu trabajo.

—Pero yo descubrí la tumba, señor. Debería ir con él.

—¿Acaso crees que el detective Wimbly no es lo bastante listo para encontrar un montón de tierra que estuviste cavando esta mañana?

—No es eso lo que quiero decir.

—Vete a casa, Gold. No te lo voy a repetir.

Con eso, Minard salió furioso del despacho, dando un portazo. Frank la miró con expresión sombría.

—Tengo que preguntar... ¿estás segura de esto?

—Sí. Había agujeros en el suelo del sótano donde la policía buscó el cuerpo. Pero ella está en la parte de atrás... donde solía haber un jardín de flores.

—William Gault, ¿verdad? Buscaré sus antecedentes. ¿Crees que es el asesino?

—Si no lo es, es una enorme coincidencia —dijo secamente. Sin embargo, sus pensamientos ya volvían a Deidre Idelman, la culpa aún se clavaba como garfios. Miró sus manos sucias mientras Frank salía del despacho y solo pudo esperar que la prisa que notó en sus pasos significara que, de alguna manera, aún estaba dispuesto a tomarla en serio.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Cuando se lavó la suciedad y el sudor en el vestuario, sintió como si también se hubiera lavado el día entero. De alguna manera, ya eran las cuatro de la tarde. Al salir de la comisaría bajo las miradas escrutadoras de prácticamente todos en la oficina y el vestíbulo, no podía recordar exactamente dónde se había ido el tiempo. ¿Cuánto tiempo había estado cavando detrás de aquella casa? ¿Cuánto tiempo había llorado en la ducha mientras la tierra de una tumba poco profunda se iba por el desagüe?

Al llegar al gimnasio de su padre, se sorprendió al encontrar la puerta cerrada. Miró a través de las ventanas y vio el lugar totalmente vacío. No recordaba que su padre hubiera cerrado temprano alguna vez, y normalmente estaba allí hasta las seis la mayoría de las noches, o incluso hasta las siete u ocho si tenía un alumno prometedor entrenando.

Curiosa y ligeramente preocupada, caminó las seis manzanas hasta su edificio de apartamentos. Al abrir la puerta, vio a su padre en el fregadero, lavando platos. Estaba bastante segura de que era la primera vez que lo veía lavar un plato. Él se volvió hacia ella, sorprendido.

—Has vuelto temprano —dijo.

—Lo mismo digo —respondió ella—. ¿Dónde está Jeffrey?

—Pues mira, creo que lo he agotado hoy. Le dejé divertirse un poco con los sacos de boxeo. Estuvo en ello durante horas. Así que está echando una siesta.

—¿Jeffrey está echando una siesta? —preguntó ella.

—Así es. Nunca dejan de sorprendernos.

—¿Por qué has cerrado temprano? —preguntó, sentándose a la mesa de la cocina. Se sentía agotada, cansada. Más que eso, una culpa aguda e implacable empezaba a devorarla por dentro. Aunque Frank había hecho todo lo posible por asegurarle que la muerte de Deidre no era culpa suya, no podía convencerse de lo contrario. Era casi como si la hubiera enviado directamente al asesino, o al menos así empezaba a sentirlo. Joder, tenía suerte de que Minard no la hubiera despedido de inmediato.

Miró a su padre y supo que necesitaba contarle todo, pero iba a ser muy difícil. Se preocuparía, naturalmente, y temía que surgiera la misma

conversación de siempre: que realmente no tenía nada que hacer en este tipo de trabajo.

—No venía nadie y la única clase que tenía esta tarde vino a la hora del almuerzo y me canceló. Así que después de que Jeffrey viniera del colegio y se desahogara con los sacos de boxeo, nos vinimos a casa. Solo llevamos aquí media hora más o menos y... —Se detuvo aquí, sentándose a la mesa y mirando a su hija—. Ava... ¿qué pasa? ¿Qué va mal?

Estaba casi llorando cuando dijo:

—¿Has tenido la radio puesta en algún momento hoy?

—Qué va. Es demasiado distracción en el gimnasio. ¿Por qué?

—Me entrevistó Hank Armstrong, un viejo amigo del jazz.

—¿Has salido en la radio? —preguntó Roosevelt, sorprendido.

—Sí. Sabes, siempre quise que me oyeran cantar en la radio. Pero en su lugar, me entrevistaron por ser miembro del Departamento de Mujeres. —Lo miró con cautela y añadió—: ¿Por estar en el centro de un caso de alto perfil?

—¿El mismo por el que tuviste que irte la otra noche?

Asintió, y las lágrimas brotaron libremente. A través de ellas le contó todo, empezando por la sugerencia de Frank Wimbley de que la pusieran en el caso del asesino del hacha como una forma de publicidad y distracción. Pasó por el arresto de Tony Dos y fue entonces cuando su padre empezó a interrumpir.

—Espera —dijo—. ¿Estás atrapando monstruos?

—Sí —dijo ella, dándose cuenta de lo absurdo que sonaba.

—No sé si debería estar aterrizado por tu seguridad o impresionado.

Ella le dedicó una débil sonrisa y dijo:

—Supongo que pueden ser ambas cosas, ¿no?

Con la historia saliendo un poco más fácil ahora, continuó, contándole cómo había perseguido a Lester Stubbs, así como las consecuencias del arresto de Stubbs. Terminó con el descubrimiento de la tumba poco profunda y luego al enterarse de la muerte de Deidre. Para entonces, se sentía como si un sacerdote hubiera venido y la hubiera exorcizado. Observó cómo el rostro de su padre pasaba por un millón de emociones diferentes, pero al final, cuando se quedó sin palabras y su cara estaba empapada de lágrimas, él extendió la mano y tomó la suya.

—¿Sabes que una vez tuve la oportunidad de pelear por el título, verdad? —dijo.

El comentario fue tan inesperado que Ava se preguntó si lo había oído correctamente.

—¿Qué?

—Una vez tuve la oportunidad de pelear por el título. Uno de los mejores momentos de mi vida.

Mientras se reclinaba en su silla, Ava supuso que tenía un punto. Durante la mayor parte de su vida, lo había escuchado soltar analogías de boxeo, la mayoría de las cuales eventualmente ayudaban significativamente. Así que se sentó allí, emocionalmente agotada, y escuchó.

—El problema es que lo conseguí porque estaba obteniendo victorias a diestro y siniestro y la gente empezaba a conocer mi nombre. El campeón de entonces había vencido a todos los pesos pesados del circuito y quería alguien nuevo. Así que cuando el promotor vino con la oportunidad y una jugosa paga, la acepté. Pero era demasiado joven, demasiado inexperto, demasiado arrogante. Di una buena pelea, pero al final caí en el sexto asalto. Nunca volví a ser el mismo después de eso, claro. Aguanté otros dos años pero, como sabes, acabé tirando la toalla después de destrozarme la mano. Todavía echo de menos la emoción de subir a ese ring para intercambiar golpes con otro tipo. Pero me encanta la vida que tengo ahora... tú, Jeffrey y el gimnasio. —Sonrió y asintió, terminando con—: Sí, diría que todo ha salido bastante bien.

Ava no pidió explicaciones. Sabía lo que su padre intentaba decirle. Le estaba diciendo que se había metido en toda esa presión demasiado pronto, apenas unos días después de empezar el trabajo. Era demasiado y se había puesto en una situación abocada al fracaso.

No estaba enfadada con su planteamiento. Después de todo, tenía razón. No solo eso, sino que también sabía que venía de un lugar de amor y apoyo.

—¿Estás bien? —preguntó él, aún sosteniendo su mano.

Ava vio el cadáver deteriorado en su mente, asomándose desde la tumba poco profunda. Vio la cara de Deidre, su fina sonrisa y su mandíbula fuerte. No. No estaba bien. Pero no podía decírselo a su padre.

—Estaré bien —dijo—. Creo que una siesta con Jeffrey podría ser justo lo que necesito.

Él sonrió, como si lo entendiera perfectamente. Ava salió de la cocina y se dirigió a la habitación de Jeffrey. Él estaba de espaldas a ella y observó cómo se movía su espalda al respirar. Se acurrucó lentamente a su lado, sin

querer despertarlo. Y mientras apoyaba su brazo sobre él, le rompía el corazón y la enfurecía que lo único en lo que podía pensar era en el asesino.

Le había amargado su trabajo y ahora, de alguna manera, incluso había invadido sus pensamientos en casa. Veía los callejones oscuros entrelazados detrás de sus párpados cerrados y veía sombras moviéndose a través de ellos. Veía...

—¿Mamá?

Abrió los ojos. Su visión estaba borrosa y cuando movió la cabeza, sintió un leve dolor en el cuello. De alguna manera, se había quedado dormida. Jeffrey estaba sentado en el borde de la cama, con el pelo revuelto por la siesta.

—Hola, cariño. El abuelo me dice que eres un mago con esos sacos.

—Sí, ha sido divertido —dijo, cerrando el puño—. Dice que mi directo es flojo pero mi gancho es letal.

—Estoy segura de que lo es —dijo ella—. Tu abuelo también tiene un gancho bastante bueno.

—¿Por qué estabas durmiendo? —preguntó Jeffrey—. ¿Ha sido un mal día en el trabajo?

—Ha sido un poco duro, sí —dijo. Se alarmó al darse cuenta de lo ansiosa que estaba por llorar en ese momento; lo sentía detrás del muro que había construido, surgiendo y empujando como una fuerza de marea obstinada.

Pero incluso con Jeffrey allí delante, seguía viendo los callejones en su mente, una red de lugares secretos por los que el asesino podía deambular y cazar. Y al tenerlo infiltrándose mientras estaba sentada con Jeffrey en su habitación, sentía que su vida estaba siendo invadida. Supo en ese momento que nunca iba a poder seguir adelante con su vida —con o sin un puesto en la Oficina de Mujeres— si este caso no se resolvía. No quería seguir con este trabajo si no creía sinceramente que podía hacer eficientemente su parte para hacer de este mundo un lugar más seguro para su hijo. No dejaría que el mismo tipo de mundo que se había llevado a su marido fuera una amenaza constante para Jeffrey.

No podía rendirse con esto. Pero al mismo tiempo, tampoco podía desobedecer a Minard.

Un golpe en la puerta de Jeffrey la sobresaltó. Su padre asomó la cabeza y negó con la cabeza.

—Menuda panda de vagos, durmiendo todo el día. Venga, he intentado hacer la cena mientras vosotros, blandengues, dormíais.

Jeffrey se levantó y corrió tras Roosevelt de inmediato. Ava se levantó de la cama y los siguió, y por un momento desorientador, vio un callejón oscuro frente a ella en lugar de la puerta de la habitación de su hijo. Se quedó inmóvil por un momento, dándose cuenta de que tenía que seguir adelante. De alguna manera, tenía que permanecer en este caso y encontrar al asesino o la perseguiría para siempre.

Ava esperó hasta que su padre se durmiera antes de salir. Tomando sus ronquidos como indicador, Ava comprobó a Jeffrey, besándolo en la cabeza. Luego salió del piso y se dirigió a las calles. Era muy consciente de lo peligroso que era —de lo absolutamente arriesgado que era— pero no podía quedarse en su piso mientras su mente estaba en el asesino. Su esperanza era que las calles de noche estimularan algo, le ayudaran a hacer conexiones que la seguridad y el amor de su piso podrían obstaculizar.

No tenía el Model 10 de Clarence porque cuando incluso consideró la idea de traerlo, se sintió como una invitación al peligro. Todavía tenía su silbato, que instintivamente se había llevado de la comisaría después de su ducha. Lo sentía contra su pecho mientras caminaba por las calles conocidas. Cuando llegaba a los callejones, miraba por ellos como si esperara que el asesino estuviera allí, esperándola.

No tenía un destino en mente, solo confiaba en que las calles y la noche le hablaran. Recordó cómo Clarence a menudo daba paseos por la noche solo para aclarar su mente, para tener una idea de la forma, el tamaño y la amplitud de la creciente ciudad. Repasó en su cabeza los hitos actuales del caso del asesino del hacha, esperando darle sentido a todo —esperando que en algún momento durante la tarde Frank hubiera ido de hecho a la calle Neibolt para inspeccionar adecuadamente la tumba poco profunda. Repasó la cadena de acontecimientos que tomaría si supieran sin duda alguna que William Gault era el asesino. Se preguntó qué pasos se tomarían después de que la tumba fuera investigada adecuadamente después de que los registros de Gault se pasaran por la comisaría.

Detuvo sus pensamientos cuando se dio cuenta de que había terminado cerca del sitio de construcción del Edificio Chrysler. El progreso que se estaba haciendo era bastante espectacular, incluso para el transeúnte ocasional. El ingenio y el progreso presentes en los casi veinticinco pisos

que ya habían sido enmarcados eran increíbles. Le hacía añorar a Clarence, que siempre había estado fascinado con los sitios de construcción. Una vez, cuando le preguntó por qué la construcción le atraía, él había respondido con una simple declaración que siempre se le había quedado grabada: "Porque los seres humanos somos criaturas simples y la construcción de grandes edificios es prueba de que a pesar de nuestra simplicidad, tenemos grandes ambiciones".

Pensó en aquel comentario mientras contemplaba lo que con el tiempo se convertiría en el Edificio Chrysler. También se preguntó qué haría Clarence si estuviera en medio de su situación actual. ¿Cómo evaluaría al asesino? ¿Qué estrategias utilizaría para dar con él?

Mirando fijamente el solar en construcción, recordó cómo a veces volvía a casa con historias del trabajo, sobre todo cómo a menudo llegaba a una conclusión que ayudaba a resolver un caso. Pensó en cómo Clarence podría idear una forma de encontrar al asesino y entonces, en un momento de claridad que casi empujaba la obra frente a ella, poco a poco empezó a ocurrírsele.

Pensó en las víctimas, una por una. Dos mujeres que eran grandes defensoras de los derechos de la mujer. Una mujer que utilizaba su cuerpo para mejorar en su trabajo, consiguiendo propinas y siendo un constante objeto de deseo y afecto. Y luego, por supuesto, estaba Deidre Idelman: una mujer policía. Todas eran mujeres que tenían cierto grado de poder e influencia.

Pero matar a una policía... eso era una auténtica locura.

—A menos que escuchase la entrevista —dijo una voz en su cabeza, y por Dios que casi sonaba como Clarence—. ¿Y si escuchó la entrevista ayer y decidió ir a por ti? Pero quizás no pudo ser lo suficientemente paciente... quizás mató a la primera mujer policía que vio.

Si ese era el caso, seguramente ya sabría que había matado a la policía equivocada. Y si realmente estaba decidido a matar a mujeres en posiciones de poder...

Ava sonrió, alzando la vista hacia las vigas y estructuras del edificio en construcción.

Un plan empezó a tomar forma en su cabeza y, cuando lo hizo, surgió rápidamente. Cuando se dio la vuelta y caminó de regreso hacia su edificio, tenía un esquema que podría atraer al asesino. Y para cuando apoyó la

cabeza en la almohada media hora después, tenía un plan completamente desarrollado.

CAPÍTULO TREINTA

—¿Qué demonios haces aquí?

Frank la detuvo cuando entraba por la puerta. Detrás de él, la comisaría aún no bullía con el ajetreo matutino. Sabía que esto significaba que Minard aún no habría llegado, lo cual era parte de su plan. Y ahora parecía que Frank iba a estropearlo. Sabía que si Minard entraba por la puerta en los próximos minutos y la veía, estaría acabada.

—Solo necesito bajar un momento a la Oficina de Mujeres —dijo ella.

—¿Para qué?

—Frank, por favor... No puedo dejar esto así. Y... esperaba que vinieras conmigo.

—¿Contigo? —preguntó él, claramente sorprendido—. ¿Adónde?

—Abajo. Pero solo unos minutos. Tengo un plan. Estoy bastante segura de que puedo hacer que el asesino se descubra.

—¿Sabes lo loca que sueñas, verdad?

—Lo sé —admitió—. Pero no puedo simplemente ignorar esto. No puedo pararlo sin más.

Frank miró alrededor de la comisaría. La sala común estaba prácticamente vacía, pero Ava sabía que él era consciente de que la situación sería muy diferente en unos treinta minutos. Cuando volvió a mirarla, había preocupación en sus ojos.

—Estás obsesionada, ¿lo sabes? —dijo él.

—No. Solo necesito atrapar a este asesino. Tengo que demostrarlo a...

—Ava, no tienes nada que demostrar.

—Tengo que demostrármelo a mí misma. Y si la fastidio, lo peor que puede pasar es que Minard me despida. Lo cual parece que podría estar dispuesto a hacer de todos modos.

—Vale —dijo él—. Cinco minutos, Gold. Cinco minutos y luego vuelvo arriba. Y más vale que este plan sea bueno.

Ella no dijo nada más y se dirigió directamente a la Oficina de Mujeres. Por lo que pudo ver, nadie le prestó mucha atención mientras cruzaba el edificio y bajaba las escaleras. Abrió la puerta y, como esperaba, solo encontró a Frances y Lottie.

—Corríjeme si me equivoco —dijo Frances—. Pero no se supone que deberías estar aquí, ¿verdad?

—Así es —dijo Ava.

—¿Entonces él está aquí para arrestarte? —preguntó Lottie, señalando a Frank con sarcasmo.

—Frances... tengo un plan —dijo Ava—. Y será mucho más fácil si los tres me ayudáis.

—¿Qué tipo de plan? —preguntó Frances.

—Para atrapar finalmente a este asesino. Sé que puedo hacerlo... Sé lo que está buscando. Solo necesito un poco de ayuda.

—¿Y él está ayudando? —preguntó Frances, señalando a Frank.

—Aún no lo sé —dijo Frank—. Todavía estoy esperando oír el plan.

Los tres miraron a Ava y ella empezó a hablar. Incluso a sus propios oídos sonaba descabellado al principio, pero cuando terminó, estaba segura de que funcionaría. No tenía ni una sola duda en el mundo. Ni siquiera cuando Frances hizo el primer comentario.

—Estás como una cabra —dijo.

No era la primera vez que Ava escuchaba esta afirmación, pero sí la primera vez que la oía de una mujer. Frances la miró fijamente desde el otro lado de su escritorio. Ava lo había esperado, pero no iba a ser silenciada tan fácilmente. Eran las 8:30 de la mañana y entendía que su teoría y su plan eran un poco demasiado para creer a una hora tan temprana.

Ava estaba de pie en el centro de la oficina de la Oficina de Mujeres. Frances estaba en su escritorio y Lottie de pie a la derecha. Eran las únicas dos que habían venido hoy tras la muerte de Deidre. De pie justo dentro de la puerta, Frank Wimbly miraba a Ava con algo muy cercano a la desconfianza. Al principio se había negado a bajar con ella, citando las órdenes de Minard de que se mantuviera alejada. Ahora lo miró, esperando que su relato pudiera ayudar a convencer a Frances y Lottie.

—Detective Wimbly —dijo—, ¿por qué decidió bajar aquí conmigo? Era evidente arriba que no quería hacerlo.

Él puso los ojos en blanco, aparentemente consciente de lo que ella intentaba hacer. Ava sabía que él se había dado cuenta: sabía que lo estaba poniendo en un aprieto delante de estas otras dos policías. Lo estaba usando como validación.

—En primer lugar, porque el capitán Minard no está aquí para gritarnos a los dos. En segundo lugar, porque visité la casa de la calle Neibolt y vi la

tumba poco profunda. Se exhumó el cuerpo y era evidente que la mujer fue asesinada con tres golpes certeros en la cabeza con un hacha.

—Entonces, ¿crees que hice bien en ir allí?

—Sí —dijo él, claramente sin querer dar esa respuesta.

—¿Y crees que el asesino fue a por Deidre, o que me estaba buscando a mí?

—Te buscaba a ti. Gold, ¿qué es esto? ¿Por qué me interrogas?

—Porque necesito que todos vosotros sepáis que estoy sobre la pista de algo. Y perdonadme por decirlo, pero... podría llevar a cabo mi plan sin ninguno de vosotros. No tenía por qué venir a vosotros. Pero lo hice, porque es lo más inteligente. Es más seguro. Más fácil.

Lottie habló, con los brazos cruzados y los ojos brillantes.

—Cariño, el plan es probablemente la idea más descabellada que he oído nunca. Y eso es decir mucho. Pero no tengo ninguna duda de que funcionará. Ni un ápice. Incluso si no te estuviera buscando específicamente a ti, estoy de acuerdo contigo en que va tras mujeres con poder. Y con este plan, serías prácticamente la mujer más poderosa de la ciudad durante un día o dos.

—¿Quieres que sea sincero contigo? —preguntó Frank.

—Probablemente no —dijo Ava—. Pero supongo que deberías serlo.

—El plan no es horrible. Aunque es arriesgado, y creo que eres una cabeza hueca por siquiera considerarlo. La única razón por la que no puedo apoyarlo es porque estarías desobedeciendo las órdenes de Minard. Ya estás desobedeciendo su orden porque te dijo que no volvieras a aparecer después de lo de ayer. Y aunque estoy seguro de que eres una buena persona, no estoy dispuesto a perder mi trabajo por ti.

—No lo perderás. Cuando todo termine, Minard no tiene por qué saber que participaste en absoluto.

Frank miró alrededor de la habitación a Frances y Lottie. Negó con la cabeza, susurró una maldición y dijo:

—Repasa el plan una vez más.

Lo hizo. Esta vez solo le llevó unos tres minutos (comparado con los diez minutos que había tardado la primera vez) y cuando terminó, pudo notar que tenía a Lottie y Frances de su lado. Con el plan discutido por segunda vez, Frank se adentró más en la oficina. Cerró la puerta tras él y miró el teléfono de candelabro en el escritorio de Frances.

—De acuerdo —dijo—. Adelante. Llama a la emisora de radio.

Ava volvió a entrar en la emisora de radio en Broadway poco después del mediodía. Al igual que en su visita anterior, Hank Armstrong se alegró de verla. Antes de llevarla al estudio de grabación, repasaron el guion una última vez. Hank parecía complacido de ayudar, pero también un poco cauteloso.

—Esto no es publicidad engañosa, ¿verdad?

—No, en absoluto. Ya he hablado con Jack Dooley en el Key Factory. Está preparando una banda mientras hablamos.

—¡Caramba! Puede que incluso tenga que pasarme por allí. ¡Esto es algo que no me quiero perder! ¿Quieres salir al aire? ¿Quieres que te entreviste?

—No, está bien. Solo... con tanto en juego, pensé que debería estar aquí cuando salga al aire.

—Por supuesto —dijo Hank, dando una palmada—. Haré el anuncio después de la canción actual.

Se sentaron juntos en el estudio y escucharon la última mitad de "Crazy Blues" de Mamie Smith. Los nervios de Ava estaban a flor de piel, pero el nivel de emoción que crecía dentro de ella los ahogaba en su mayoría. Cuando la canción llegó a su fin, Hank le guiñó un ojo a Ava y se colocó detrás del micrófono. Inició la grabadora y comenzó a hablar.

—Señoras y señores, vuestro viejo amigo Hank hace lo que puede para mantenerse al día con las novedades. Siempre me gusta descubrir a los nuevos músicos primero y me encanta ponerlos aquí en vuestra emisora favorita antes que nadie. Pero hoy... ¡vaya, tengo algo para todos vosotros, amantes del jazz, que os va a volver locos! Nuestra buena amiga Ava Gold, la estrella de la División de Mujeres del NYPD, tiene una sorpresa para todos vosotros. Parece que cuando se corrió la voz de que es una excelente cantante además de una excelente policía, la gente se interesó mucho. Y por esa razón, nuestros amigos del Key Factory tienen un regalo especial para todos vosotros esta noche. Esta noche, solo por una noche, la señora Ava Gold actuará con una banda especialmente reunida. El espectáculo comienza a las nueve, amigos... ¡y creedme, no queréis perdéroslo! ¡Venid a escuchar y apoyad a esta maravillosa dama y a vuestros clubes de jazz locales! ¡Eso es a las nueve en punto esta noche, la señora Ava Gold en el Key Factory!

Dejó de grabar, se apartó del micrófono y puso otra canción. Cuando estaba sonando, con la batería dando paso a un par de trompetas, Hank miró

a Ava.

—¿Te parece bien?

—¡Ha sido perfecto, Hank!

—¡Estupendo! Lo pondré una vez cada media hora solo para asegurarme de que corra la voz.

—Muchas gracias, Hank. Si esto sale bien, podrías acabar jugando un papel importante en la captura de un asesino en serie.

—Eso sí que sería algo —dijo Hank—. Pero escucha: ten cuidado ahí fuera esta noche. Y lo más importante de todo, dile a ese zoquete de Jack Dooley que me reserve una mesa.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Al llegar al Key Factory, Ava se encontraba sorprendentemente tranquila. Quizá fuese el escenario o el edificio familiar, o incluso algunas caras conocidas. Incluso una hora antes de que comenzara el espectáculo, había una cálida familiaridad que parecía calarle hasta los huesos. Reinaba una calma que ella siempre consideraba como la calma que precede a la tempestad; se podían ver las nubes oscuras acercándose, pero aún no había nada, solo silencio.

Lo sintió con más fuerza cuando se reunió con la banda. No había tocado con ninguno de los artistas, pero conocía a dos de ellos de oídas. Hablaron sobre el repertorio adecuado y qué enfoque adoptar; iban a interpretar diez canciones, todas las cuales la banda conocía relativamente bien y Ava se sabía todas las letras. Había sido selectiva con las canciones, sin querer nada que realmente pusiera a prueba las habilidades vocales que no había ejercitado en más de un año. Tendría algunos fraseos y alguna nota alta aquí y allá, pero nada exagerado. Los nervios de Ava empezaron a alterarse. Se sintió un poco culpable cuando se dio cuenta de que estaban allí principalmente por la actuación, no por la posibilidad de que el asesino pudiera estar entre el público y que su carrera bien podría estar en juego.

Con el repertorio decidido, Ava empezó a abrirse paso entre la multitud. Charló con algunas caras familiares de su pasado y tuvo que recordarse que, a diferencia de Hank Armstrong, Jack Dooley no tenía ni idea de que la petición de Ava de cantar en el Key Factory era parte de una elaborada operación encubierta. Si lo hubiera sabido, Ava dudaba que la hubiera recibido con una sonrisa tan radiante. Incluso una hora antes de que comenzara el espectáculo, el Key Factory se había llenado casi hasta su capacidad máxima. Hacía tiempo que Ava no subía a un escenario y dudaba que la gran mayoría de los asistentes la reconocieran siquiera.

Con los nervios aún a flor de piel, Ava habría dado cualquier cosa por una buena copa. Por supuesto, sabía que Jack podría conseguírsela fácilmente, pero no le parecía correcto que una policía tomara una copa ilegal cuando el propio dueño del local podría ser detenido por tener alcohol.

A medida que se acercaba la hora del espectáculo, vio que Hank Armstrong había aparecido. Le guiñó un ojo y le hizo un gesto de adelante. La banda estaba en el escenario, haciendo sus últimos ajustes, y cuando el batería se sentó detrás del bombo y la miró, supo que ya no había más dilaciones. Subió al escenario con el corazón en un puño.

Incluso antes de que empezara a cantar, hubo un estruendoso aplauso. Miró hacia fuera y por primera vez se dio cuenta de que había muchas mujeres entre el público, quizás para apoyarla como policía, como cantante, tal vez incluso como madre y viuda. Les sonrió a todas y levantó una mano para saludar. Escaneando la multitud, vio a Frances sentada cerca de la parte de atrás. En el otro lado del edificio, apoyado contra la pared y encajando un poco mejor de lo que Ava esperaba, estaba Frank.

Al verlos, sus nervios se calmaron un poco. Así que cuando el batería inició la introducción de una pieza local que últimamente sonaba mucho en los clubes —una canción con énfasis vocal llamada "Heavy City Rain"— Ava no estaba tan aterrorizada como pensaba. De hecho, cuando se acercó al micrófono, se sintió sorprendentemente tranquila.

Cuando terminó "Heavy City Rain", la mitad del público estaba de pie y bailando. Su voz, sin haber cantado en unos meses, se quebró un par de veces, pero nadie pareció notarlo. La banda hizo una pausa de solo un momento y luego pasó a una canción de Love Austin. No era de las más populares, pero al público no pareció importarle. Hubo fuertes aplausos, gritos de alegría y el sonido de zapatos baratos golpeando y repiqueando en el suelo mientras la multitud bailaba. Ava la cantó con compasión porque había sido una de las favoritas de Clarence. Casi se le quebró la voz y tuvo que recordarse constantemente que esto era más que una simple actuación. Estaba intentando hacer salir a un asesino.

Mientras Ava avanzaba por el repertorio, tuvo que contener las lágrimas varias veces. Dios mío, cómo había echado esto de menos. No solo el público y el canto, sino la sensación de la música capturando por completo una sala. Podía sentir el bajo y la batería y cada nota de los metales presionando contra ella. Podía sentir su vibración en su cuerpo. Sus pulmones dolían cuando mantenía las notas más largas y era una delicia.

Estaba sudando cuando empezó la octava canción, una más lenta que le daba un respiro a su voz. Observó al público durante este descanso y de nuevo notó a Frances y Frank. Ambos parecían sorprendidos, casi maravillados de lo que ella era capaz de hacer en el escenario. Ava quería

obtener algún tipo de recompensa por ello, pero había otro pensamiento que lo empañaba: Es muy probable que el asesino también esté ahí fuera entre el público en alguna parte.

Este pensamiento la acompañó hasta que llegó a la última canción. La banda esperaba detrás de ella, todos radiantes y cubiertos de sudor. Ava se acercó al micrófono y, secándose el sudor de la frente, hizo lo posible por interpretar su papel mientras también daba una pista al asesino si estaba entre el público.

—Muchas gracias a todos por venir y hacerme sentir bienvenida. Esta próxima canción es la última de la noche y...

Esto fue recibido con gemidos y abucheos, que ella aguantó sonriendo.

—...espero que os despida bien. Veréis, además de mi trabajo como policía, también soy madre. Y tengo un niño especial esperándome en casa. Así que, ¿moveríais los pies con esta última por mí?

Con eso, ella y la banda se lanzaron a una versión acelerada y con toques de viento de «Bye Bye, Blackbird» de Gene Austin. Para Ava, terminó demasiado rápido. Tras la última nota, el público la aplaudió entre una neblina de sudor y humo de cigarrillos. Vio a Frank y Frances moverse un poco al fondo. Mientras Ava salía del escenario, observó a Frank dirigirse a la puerta y volver a la calle.

Tan educadamente como pudo, Ava se abrió paso entre la multitud mientras varias personas intentaban hablar con ella. Una de ellas era Jack Dooley. Sonreía tan ampliamente que pensó que su cara se partiría en dos.

—Tienes que volver —dijo—. ¿Oíste a la gente? ¡Te adoraron!

—Bueno, ciertamente es agradable ser adorada —dijo mientras se dirigía a la zona del viejo bar. Metió la mano debajo y recuperó su bolso, que había escondido allí antes por seguridad—. Pero Jack, de verdad tengo que irme. Volveré a visitaros pronto, ¿vale?

—¡Más te vale!

Ava se abrió paso lentamente entre la multitud, pegada a la pared. Después de unos cuantos saludos más de gente del público, finalmente llegó a la puerta. Allí, vio que Frances también había salido. Ava empujó la puerta y cuando pisó la calle, el aire fresco fue bienvenido. Le encantaba el ambiente y la energía de un espectáculo, pero casi había olvidado lo agobiantes que podían ser algunos de esos locales pequeños cuando se llenaban a rebosar.

Sin perder tiempo, Ava se puso en marcha. Ya estaba segura de la ruta que tomaría. Era básicamente un atajo de vuelta a su piso, así que ni siquiera era como si se estuviera desviando realmente. La llevaría por dos callejones, sin embargo, y era allí donde sentía que el asesino se le acercaría.

Llegó al primer callejón y entró. La oscuridad y las sombras cayeron a su alrededor como un manto. Ava respiró hondo y miró dentro de su bolso donde el Smith and Wesson Model 10 de Clarence brillaba suavemente. Luego dirigió su mirada al frente y se adentró en la oscuridad.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Odiaba que cada sonido la asustase. Cuando un gato callejero se escabulló entre un contenedor de basura y la pared del edificio contiguo, Ava casi sacó su Model 10 del bolso. Al oír la risa de un hombre en algún lugar al otro lado del callejón, por un momento estuvo segura de que era el asesino —William Gault— burlándose de ella desde atrás.

Llegó a una bifurcación en el callejón al cabo de unos instantes. Seguir recto la llevaría a una zona que no conocía. Girando a la izquierda se acercaría más a casa y al segundo callejón que la conduciría allí. Tomó la izquierda, sin querer desviarse de su plan. Caminó por el callejón, aún sintiendo el pulso y el ritmo de la música dentro de ella. Sabía que seguiría sintiéndolo mañana, rebotando en su cabeza como una extraña y agradable jaqueca. Pensó en lo que Jack había dicho, sobre tener que hacerlo de nuevo y...

Su hilo de pensamiento se interrumpió cuando un hombre salió de las sombras delante de ella. Estaba parado justo entre ella y la calle, su espalda quizás a unos seis metros del final del callejón y la calle más allá. La luz en el callejón era casi inexistente, pero su postura sugería que su mano estaba oculta en algún tipo de abrigo, lo cual era extraño en sí mismo considerando que era una noche de casi 27 grados.

Ava siguió caminando, fingiendo que aún no lo había notado. Cuando el hombre empezó a avanzar para encontrarse con ella, Ava disminuyó la velocidad y finalmente se detuvo.

Es él, pensó Ava. Es el asesino... estate alerta. Prepárate para luchar.

—¿Eres Ava Gold? —preguntó el hombre. Su voz era encantadora, casi dulce.

Ava lentamente metió la mano en su bolso para coger el Model 10. Aparentemente el hombre no se dio cuenta de esto. Siguió acercándose, reduciendo la distancia a menos de metro y medio ahora.

—Lo soy. ¿Qué quieres?

—Nada, solo...

Entonces se abalanzó sobre ella, sacando la mano de su abrigo. Ava sacó la pistola de su bolso, pero el cañón se enganchó en el interior. Para cuando lo liberó, el hombre ya la había golpeado. Su hombro impactó con fuerza

contra su pecho, haciéndola girar contra el edificio detrás de ella. Cuando su espalda golpeó la pared, levantó el Model 10 y disparó. Instantáneamente escuchó el sonido de un rebote, indicando que de alguna manera había fallado al hombre desde tan cerca, probablemente porque cuando la golpeó, él se había agachado. Para qué, no estaba segura, pero podía sentirlo intentando arrastrarla al suelo.

El hombre no era especialmente fuerte, pero había urgencia en sus movimientos. Casi parecía que sabía que no tenía mucho tiempo. O tal vez no esperaba el tipo de defensa que ella había logrado presentar hasta ahora, y ciertamente no la presencia de un arma.

No podía conseguir un ángulo lo suficientemente bueno para reposicionar la pistola, así que optó por un gancho de izquierda. No tenía nada de fuerza en su brazo izquierdo, pero cuando su puño rozó la barbilla del hombre, hubo suficiente fuerza detrás para hacerlo tropezar hacia atrás. Cuando cayó de espaldas, Ava notó otra figura bajando por el callejón. Esta venía desde la calle. Había suficiente luz de las farolas alcanzando a esta figura para que ella pudiera ver que era Frank Wimbly. Detrás de él, Frances también entró corriendo en el callejón.

Casi al mismo tiempo que el hombre empezaba a incorporarse, Frank ya estaba allí. Le empujó con fuerza contra la pared y sacó unas esposas con una velocidad pasmosa. Ava agarró al hombre, le hizo girar y le estampó de nuevo contra la pared para que Frank pudiera esposarle mejor.

—William Gault —dijo Frank—, quedas detenido por el asesinato de tres mujeres, el intento de asesinato de una cuarta y el asesinato de tu madre.

—¿Madre? —preguntó el hombre, incrédulo—. Estás como una cabra, poli. ¿De qué narices hablas?

—Ahórratelo, Gault —dijo Ava mientras Frank le hacía girar de nuevo para que les mirase—. Has sido...

Vio la cara del hombre y se le cayó el alma a los pies.

—Maldita sea —dijo.

—¿Qué ocurre, Gold? —preguntó Frank.

—¿Ava? —preguntó Frances, poniéndose detrás de ella.

—No es él —dijo Ava—. Este no es William Gault.

Frank miró fijamente al hombre y luego soltó su propia maldición. Le empujó contra la pared de nuevo por pura frustración.

—Tienes razón. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Quién cojones es William Gault? —preguntó el hombre.

—¿Quién eres tú? —preguntó Frank.

—Como si fuera a decírtelo —dijo el hombre. Entonces escupió a Frank en la cara.

Antes de que Frank pudiera contraatacar, Ava se le adelantó. Se lanzó contra el abdomen del hombre como si fuera un saco de boxeo. Tres ganchos rápidos y certeros que le hicieron doblarse. Luego le enderezó y le propinó un directo a la cara que le hizo tambalearse contra la pared una vez más.

—¡Eh! —gritó el hombre—. ¡No puedes hacer eso!

—Has intentado agredir a una agente —dijo ella—. Podemos hacer cosas peores si queremos.

Echó el puño hacia atrás para demostrar su punto, pero Frances se interpuso entre ella y el agresor.

—Espera —dijo Frances—. ¿Estáis seguros de que no es Gault?

—Completamente —dijo Frank.

—Hay una fotografía de Gault en sus expedientes del psiquiátrico. Este no se parece en nada a él. Lo que nos lleva de nuevo a la pregunta... —Ava se echó hacia atrás para golpearle otra vez—. ¿Quién eres?

El hombre se encogió contra la pared, temblando de miedo ante el puñetazo.

—¡Little Johnny Jones!

—¿Quién? —preguntó Ava.

—Vaya, mierda —dijo Frank. Volviéndose hacia Ava, dijo—: Little Johnny Jones. Un cómplice de nuestro amigo Tony Dos. Otro mafioso. Venía a meterte miedo, seguro. Intentando enviar un mensaje por haber detenido a Tony.

—¡Eso es! —dijo Johnny—. No teníais derecho a...

Ava hizo ademán de darle otro puñetazo, y eso le hizo callar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Frances.

—Bueno, a este nos lo llevamos —dijo Frank, dando un toquecito en el hombro a Little Johnny Jones—. Agente Knight, ¿podrías acompañar a Little Johnny a la esquina y hacer sonar tu silbato? Vi a otro agente, el agente Talbott, a una manzana o así cuando veníamos. Él le escoltará a comisaría. Me gustaría acompañar a Ava a casa, por si acaso.

—Por supuesto —dijo Frances, haciendo un gesto cortés a Little Johnny Jones para que se dirigiera a la calle. Él se quejó y protestó todo el rato,

pero Frances ni se inmutó.

—¿Estás bien? —le preguntó Frank.

—Físicamente, sí. Pero eso significa...

—Lo sé. Nuestro tipo sigue suelto.

—Y mi plan no ha servido de nada.

—Pero era un buen plan —dijo Frank. Sonrió y añadió—: Ha hecho salir a los bichos raros, solo que al equivocado.

Escucharon a Frances haciendo sonar su silbato desde la calle y ambos miraron en esa dirección.

—Vamos —dijo Frank—. Te acompaño a casa.

Ella asintió mientras caminaban por el callejón. Pero justo antes de llegar a la acera, Ava miró hacia atrás. El asesino seguía ahí fuera, y era demasiado fácil imaginar que podría estar justo detrás de ella, observándola desde las sombras que ya había utilizado para arrebatarse tres vidas.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

William Gault había estado en el Key Factory y había presenciado toda la actuación. Aunque detestaba a Ava Gold, tenía que admitir que era una cantante excepcional. Y tampoco estaba mal a la vista. Cuando el espectáculo terminó y la vio abandonar el escenario, William se apresuró hacia la puerta, queriendo salir antes que ella. Pero cuando estaba a solo unos pasos de la salida, la voz de su madre resonó en su cabeza, deteniéndole.

—¿Qué vas a hacer, matarla justo delante del local con toda esta gente alrededor? ¿Eres idiota o qué? Ten paciencia.

La zorra tenía razón, y odiaba cuando la tenía.

Había salido del club casi de inmediato, pero no la había perseguido como deseaba. Olía a trampa. Pero no importaba. Podía esperar un poco más. Si ella realmente había intentado tenderle una trampa, él sabía dónde bajaría la guardia, dónde empezaría a sentirse segura.

Sería en su casa. Y para su suerte, sabía dónde vivía.

Averiguarlo había sido bastante fácil. Después de darse cuenta de que había matado a la mujer policía equivocada el día anterior, se había tomado un tiempo para reflexionar. El único artículo de periódico que había leído sobre Ava Gold no solo le había informado de que su marido había sido policía, muerto en acto de servicio, sino que su padre había sido bastante famoso en su día. El artículo afirmaba que su padre era Roosevelt Burr, una antigua leyenda del boxeo. Hoy, poco después de escuchar el anuncio en la radio, había ido al gimnasio de boxeo de Roosevelt. El hombre no estaba allí, pero unas simples preguntas a los aprendices y boxeadores del gimnasio le dijeron todo lo que necesitaba saber. Había sido casi ridículamente fácil. Un boxeador en particular le contó que Roosevelt solía dormir en un pequeño desván sobre el gimnasio, pero desde que el marido de su hija había muerto, pasaba mucho tiempo en el piso de ella para ayudar con su nieto.

Así que se había quedado en esa manzana el resto del día. Pronto descubrió que se había perdido a Roosevelt por unos diez minutos. Se había llevado al nieto a comprar golosinas a la tienda de caramelos. Los vio entrar y luego salir una hora y media después. A partir de ahí, fue sencillo. Los

siguió hasta un edificio de apartamentos a seis manzanas de distancia y esperó para asegurarse de que se quedaban.

Unos cuarenta minutos después, la propia Ava Gold apareció y entró.

Así que al marcharse, con Ava aún en el edificio, William se dirigió hacia el edificio de apartamentos de Ava. Ahora estaba allí de pie, esperando, observando.

Tardó un poco más de lo que esperaba, pero finalmente apareció. Solo que cuando lo hizo, había un hombre con ella. La decepción creció en su interior, pero cuando vio que el hombre no tenía intención de entrar con ella, logró calmarse. Pasó los dedos por el mango del hacha metida en la cintura de sus pantalones. También podía sentir la hoja pinchándole la piel.

Apenas podía esperar.

Temblaba de anticipación cuando el hombre se dio la vuelta y se alejó calle abajo.

William observó a Ava Gold entrar en el edificio de apartamentos. Cuando vio al hombre cruzar la calle y desaparecer de vista, William hizo su movimiento. Se desplazó lentamente al otro lado de la calle. El otro hombre ya estaba fuera de vista, pero William no quería arriesgarse. Se mantuvo lento y constante hasta que llegó a las escaleras que conducían a la puerta del edificio. Entonces tiró la precaución por la borda y subió las escaleras corriendo.

Estaba seguro de que era solo su imaginación, pero cuando pasó por las puertas y entró en el pasillo, creyó oír sus pasos en las escaleras delante de él, creyó poder oler el sudor que emanaba de ella, persistente tras su actuación en el club.

William se dirigió a las escaleras y aguzó el oído para captar los sonidos de su movimiento. La siguió escaleras arriba, uno o dos pisos por detrás de ella, y empezó a sacar su hacha.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Cuando Ava llegó a su puerta, no sabía qué la desanimaba más: que su plan no hubiera conseguido nada más que un mafioso vengativo, o que la fueran a cambiar de tarea cuando llegara a la comisaría mañana. Llevaba menos de una semana en el trabajo y ya se había convertido en el hazmerreír de medio cuerpo de policía y había atraído la ira del capitán Minard. Y una vez que la apartaran de este caso o, peor aún, la trasladaran a otra comisaría, nunca la volverían a tomar en serio.

Se detuvo ante la puerta, sopesándolo todo. Era otra historia de fracaso que tendría que contarle a su padre. Él había estado sacrificando su tiempo en el gimnasio para ayudarla a cuidar de Jeffrey y lo único que ella tenía para mostrar era una serie de meteduras de pata y mala suerte. Era suficiente para hacerla llorar.

Y quizás lo haría. Una vez dentro, tal vez se ducharía para quitarse el sudor del club y tendría un buen llanto en la cama. No era el plan más alegre, pero era para lo único que tenía energía.

Abrió la puerta y entró en su piso. Estaba bastante silencioso, roto solo por los ronquidos de su padre desde el sofá. Cerró la puerta con cuidado, sin querer despertarle.

Justo cuando el borde de la puerta tocaba el marco, esta fue empujada contra ella. Por un momento no tenía sentido; era casi como si la puerta hubiera explotado de sus bisagras y la hubiera atacado. Se estrelló contra ella, golpeándole fuertemente el codo y haciéndola tropezar hacia los mostradores de la cocina. El mostrador le golpeó duramente la espalda y para cuando recuperó el equilibrio, vio por qué la puerta se había comportado de esa manera.

William Gault estaba irrumpiendo en el piso. Al parecer, había estado fuera, esperando el momento en que ella entrara en su casa para atacar. Se abalanzó sobre ella, con el hacha en alto, cruzando su cocina en largas y pesadas zancadas.

Con la espalda aún dolorida, Ava sintió que el pánico intentaba abrumarla. Este no era solo un compañero de entrenamiento o un combate de boxeo. Era un hombre con un hacha, que quería matarla con muchas ganas. Se centró en ese pánico y lo usó como combustible mientras

instintivamente lanzaba un duro jab. No estaba completamente de pie, así que no puso toda su fuerza en el golpe, pero aun así cumplió su función. El golpe aterrizó justo debajo de su cuello, haciéndole tambalear un poco y emitir un sonido gutural mientras jadeaba en busca de aire. Aun así, bajó el hacha, pero ella pudo esquivar el golpe sin problemas. Desde su posición agachada, lanzó un brutal gancho de derecha a sus costillas en el lado izquierdo. Él se desplomó en esa dirección, apoyándose contra el mostrador.

Ava metió la mano en su bolso para sacar la pistola, pero nunca tuvo la oportunidad de sacarla. Todavía jadeando por aire, Gault volvió a arremeter con el hacha. Ava se echó hacia atrás, aún atrapada contra el mostrador. El golpe falló, pero estuvo tan cerca que pudo sentir el aire roto por el movimiento en su nariz cuando la hoja la erró por unos cinco centímetros.

Apenas tuvo tiempo de registrar esto antes de que una tercera figura entrara en la cocina. No se dio cuenta exactamente de lo que estaba pasando hasta que vio el primer puñetazo. Para cuando la nueva figura había lanzado un segundo puñetazo a Gault, reconoció no solo el rostro, sino también la postura de boxeo de Roosevelt Burr. Su padre se había despertado por el alboroto y venía a ayudar. Ya había conectado dos jabs y ella observó cómo se echaba atrás para lanzar el uppercut de izquierda que le había hecho ganar tantos combates.

—¡Papá, no! —gritó. En su mente, no pudo evitar preguntarse... si su padre estaba aquí para ver qué había sido el alboroto, ¿dónde estaba Jeffrey? ¿Cuánto tiempo más antes de que saliera a ver qué estaba pasando?

Vio cómo su padre golpeaba a Gault, pero Gault fue más rápido. Una fracción de segundo antes de que el siguiente golpe de Roosevelt conectara, Gault sacó el hacha, blandiendo a la defensiva. Fue por pura mala suerte que la hoja encontrara su objetivo. Roosevelt gritó cuando la hoja le rasgó la camisa y la piel del hombro izquierdo. Se tambaleó hacia atrás, cayendo al suelo, pero Gault pareció no importarle. Se volvió de nuevo hacia Ava, levantando el hacha por encima de su hombro una vez más.

Un estruendo retumbó en la cabeza de Ava en ese momento. Este hombre había matado a cuatro mujeres en total. Habría matado a cinco si hubiera tenido más suerte con Theresa Neilson. Y ahora estaba aquí, en su piso —en el piso de Clarence— con su hijo a solo unas habitaciones de distancia. Una furia pura la atravesó con ese estruendo, trayendo una calma casi desarmante.

Ava levantó su brazo derecho para desviar el golpe. El brazo de Gault se estremeció un poco y lo retiró mientras intentaba empujarla contra la encimera. Cuando la empujó, ella le agarró el brazo libre y lo retorció a la vez que giraba su propio cuerpo con fuerza hacia la derecha, casi como si intentara enroscarse alrededor de él. El movimiento lanzó a Gault contra la encimera de la cocina (que parecía llevarse la peor parte de la acción) de pecho. Cuando golpeó la encimera y rebotó ligeramente, Ava le asestó dos golpes sucesivos en la espalda, ambos directamente sobre su riñón izquierdo.

Gault aulló e intentó girarse para defenderse. Al hacerlo, recibió un directo en la cara y otro golpe en las costillas. Este golpe fue devastador, y Ava pudo sentir las costillas crujir bajo su puño. Gault volvió a aullar y finalmente soltó el hacha. Esta cayó al suelo con estrépito y él intentó lanzarse a por ella de inmediato. Cuando lo hizo, Ava lo detuvo levantando la rodilla y golpeándole directamente en la mandíbula.

Incluso Ava se estremeció al oír el ruido de su mandíbula rompiéndose y sus dientes chocando. Cuando William Gault cayó al suelo, no se movía. Por un momento, Ava pensó que había matado al cabrón, pero apenas podía ver cómo su espalda subía y bajaba al respirar.

Lo ignoró y corrió al lado de su padre. Estaba sangrando en el suelo y no podía determinar la profundidad del corte.

—¿Qué tan grave es, papá?

—Profundo, pero no demasiado grave —siseó—. Tal vez deberías llamar al hospital, supongo.

Ava asintió. Al no tener teléfono en el piso, tendría que usar la cabina del vestíbulo. Cogió su bolso y le entregó a su padre el Model 10.

—Si intenta moverse, dispárale en las rodillas —dijo.

Él sonrió a pesar del dolor y dijo:

—Cariño, le has dado una buena paliza. No se va a levantar hasta que los del hospital lo suban a una camilla.

Ava se dirigió hacia la puerta, pero la voz de su padre la detuvo.

—Oye, Ava.

—¿Sí?

No podía distinguir si la emoción en su rostro era por el dolor o por el sentimiento de lo que dijo a continuación.

—Si así es como te comportas en la calle... olvida todo lo que alguna vez dije en contra de que fueras policía.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Frank hizo lo posible por no sentirse intimidado al entrar en el despacho de Minard. No era nada nuevo que Minard le llamase para una conversación privada, especialmente desde que le había encargado la orientación y el cuidado de Ava Gold. Pero hoy, Alvin Cunningham también estaba allí, sentado frente al capitán Minard. Cunningham era el jefe de policía y solo se pasaba por la comisaría cuando necesitaba un favor o cuando algo había salido mal.

La expresión en su rostro agrio hizo pensar a Frank que hoy se trataba de manejar algún asunto desagradable.

—Jefe Cunningham —dijo Minard—, este es el detective Frank Wimbly. Fue el único detective que apostó por Ava Gold y estuvo con ella durante la mayoría de los acontecimientos de estos últimos días.

Saltándose cualquier tipo de presentación, Cunningham miró directamente a Frank y dijo:

—¿Así que participaste en esa descabellada operación encubierta que intentó llevar a cabo anoche?

—Sí, señor, así es.

—¿Y por qué aceptaste?

—Porque es buena en su trabajo —dijo, sorprendiéndose a sí mismo con la respuesta—. Incluso cuando se equivocaba en el caso del asesino del hacha, seguía resolviendo crímenes. Conseguimos detener a Tony el Dos y a Little Johnny Jones, algo que nunca se había logrado antes. Y descubrió una fosa poco profunda en la calle Neibolt donde...

—Estoy al tanto de lo que ha hecho —le interrumpió Cunningham—. También soy consciente de lo temerario, insensato y presuntuoso que ha sido todo. Respóndame a esto, detective: ¿cree que está hecha para este trabajo?

Frank lo meditó un momento, y finalmente asintió con la cabeza de forma rígida.

—Sí, señor. Pero no ha tenido ninguna formación. La metieron en esto por su propia arrogancia y por un intento equivocado pero brillante de conseguir publicidad positiva para el departamento. Y sin formación, aun así logró atrapar al asesino.

—Algunos podrían argumentar que el asesino se presentó en su puerta y que tuvo suerte.

Cuando Minard intervino, francamente sorprendió a Frank.

—Con todo respeto, jefe —dijo Minard—, los médicos que atienden actualmente a William Gault en el hospital podrían argumentar que su supervivencia al ataque fue mucho más que suerte. Le dio una paliza, y con precisión de experta.

—Entiendo por todo esto que ambos estarían a favor de mantenerla en el cuerpo, ¿no?

—Yo sí, señor —dijo Frank.

Minard se tomó un momento para responder. Cuando lo hizo, eligió cada palabra con cuidado.

—Media ciudad conoce ya su nombre. Y tiene contactos en clubes y algunos de los lugares más clandestinos que suelen torcer el gesto a los policías. Sin mencionar que detuvo a dos mafiosos y atrapó al asesino del hacha.

—¿Eso es un sí? —preguntó Cunningham con sarcasmo.

—Sí. Pero estipularía que necesita una formación adecuada.

—Si se queda —dijo Cunningham, poniéndose de pie—, esperaría que el detective Wimbly se encargue de su formación. Al principio, si ella queda mal... usted quedará mal. ¿Estaría dispuesto a eso, detective?

No le gustaba cómo sonaba, pero Frank asintió de todos modos.

—Sí, señor.

—Entonces adelante.

No dijo nada más. Simplemente les dirigió a ambos miradas de frustración y salió.

—No parecía muy contento —dijo Frank.

—El jefe Cunningham no es el tipo de hombre que esté a favor de la igualdad de género —dijo Minard—. Todavía está molesto porque le di el trabajo en primer lugar. Te aseguro que ignoró todo lo que acabamos de decir y solo está pensando en la buena publicidad que supondrá mantenerla en el cuerpo.

—Entonces... ¿cuándo se lo va a decir? —preguntó Frank.

—Estaba pensando en ahora mismo —dijo Minard, cogiendo el teléfono.

Ava se quedó mirando la puerta cerrada del despacho de Minard durante unos instantes antes de llamar. Este era el momento. Aquí era donde la

mandaba a casa, considerando su breve paso por el NYPD como un experimento fallido. Todo había salido tan mal que era la única suposición razonable que podía hacer. Suavemente, finalmente llamó a la puerta. Tuvo que usar la mano izquierda porque llevaba un vendaje en la derecha para reducir la hinchazón de todos los puñetazos que había propinado la noche anterior.

—¿Puedo pasar, capitán?

—Sí —respondió Minard a través de la puerta—. Adelante, pasa.

Ava entró y cuando vio que Frank también estaba allí, sintió como si alguien hubiera clavado un clavo en su corazón.

—Siéntate —dijo Minard.

Ava lo hizo, intentando no parecer demasiado alterada. Lo último que quería era emocionarse delante de estos dos hombres. Aceptaría su castigo como cualquier otro agente que se hubiera sentado en esta silla y eso sería todo.

—Gold —dijo Minard—, no tengo más remedio que destituirte como agente del departamento. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo ella, sin mirarle a los ojos.

—Bien. A partir de este momento, tendrás la designación de detective.

Ava le miró como si le hubiera hablado en otro idioma. Ese clavo en su pecho se aflojó cuando comprendió lo que había dicho. Seguramente, le había entendido mal.

—¿Señor?

—Detective Gold. Así es —dijo Minard. Ava miró a Frank para ver si estaban gastándole alguna broma pesada. Pero todo lo que vio fue algo parecido a una sonrisa. No una broma... sino algo cercano a la alegría o la felicidad.

—Quiero que te tomes el resto de la semana libre para cuidar esos expertos puños tuyos —dijo Minard—. Y cuando vuelvas, estarás a cargo de la ronda de detective con el Detective Wimby. ¿Te parece bien?

La sonrisa y el brillo de las lágrimas en sus ojos no pudieron ser contenidos. Y al final, decidió simplemente dejarlas salir. Llorar era bastante diferente a mostrar genuino aprecio y gratitud, supuso.

—Sí, señor —dijo, tan confiada como pudo—. Y no se arrepentirá.

Minard no pudo contener su risa cuando dijo:

—Oh, supongo que tendremos que ver eso, ¿no? —Luego se levantó y, en un gesto que sorprendió a Ava, le ofreció la mano para estrecharla—.

Disfruta tu semana libre, Gold.

Ella estrechó su mano ilesa y se marchó. Se sentía como si flotara en lugar de caminar de vuelta a las oficinas de la Brigada de Mujeres. Era como si caminara en un sueño. Se dirigió lentamente hacia su escritorio, apenas consciente del cartero que pasaba. Sentía una mezcla de gratitud y miedo a partes iguales. Ahora tenía que estar realmente en forma, tenía que asegurarse de ser lo más profesional posible. Y quizás más que eso, tenía que tener en cuenta que la gente definitivamente vería a Clarence a través de ella ahora. Tenía que enorgullecerlo.

Se sentó detrás de su escritorio y vio que el cartero había dejado una sola carta para ella. Era un pequeño sobre con su nombre escrito directamente en el centro. Ava abrió el sobre y encontró una sola hoja de papel dentro. La sacó, la desdobló y la leyó. La carta manuscrita en su interior era muy corta. Aun así, le quitó el aliento y casi le hizo soltar el papel.

—¿Qué es? —preguntó una voz suave detrás de ella; sabía que era Frances.

Le pasó la carta a Frances y mientras ella la leía, Ava la recitó en su cabeza: ¡Enhorabuena, Ava! Parece que te va a ir bien con este trabajo. Es una pena que las mujeres no estén hechas para ser policías. Si sigues aquí en un mes, voy a ponértelo MUY DIFÍCIL. ¡Disfruta jugando a hacer como que eres policía mientras puedas!

—Esto tiene que ser alguien que solo está intentando fastidiarte — Frances tiró la carta de vuelta al escritorio como si fuera un trozo de basura —. Algún hombre celoso de que una mujer esté en el punto de mira.

—Puede ser —dijo ella.

—Si yo fuera tú, se la enseñaría al Capitán Minard y llegaría al fondo del asunto.

—Sí, es una buena idea —dijo, poniéndose de pie. Salió rápidamente de la oficina de la Brigada de Mujeres y volvió a las escaleras. Odiaba molestar a Minard tan pronto después de salir de su despacho, pero pensó que esto era lo suficientemente importante como para hacerlo.

Se dirigió de nuevo a través del bullicio, hacia la oficina trasera de Minard. Su puerta estaba cerrada, así que levantó la mano para llamar. Sin embargo, justo antes de hacerlo, escuchó la voz de Minard dentro, soltando un taco. Otro hombre intervino y dijo:

—Lo sé, lo sé. Pero nadie llegó a tiempo.

—Esa descripción me suena demasiado familiar —dijo Minard—. Una vez más. ¿Qué vio el testigo?

—Un hombre con un abrigo de obrero —dijo el oficial—. Más bien bajo. Disparó cuatro veces y se marchó con el bolso de una mujer.

—¿Y la mujer? Supongo que está muerta.

—No hace media hora. Apenas se mantiene con vida en el hospital.

Ava no necesitaba oír más. Se alejó con la descripción del otro oficial en su cabeza. Un hombre con un abrigo de obrero. Más bien bajo.

Era la descripción exacta del hombre que disparó a Clarence. Estaba segura de que podría ser una coincidencia, pero ¿quién demonios llevaba un abrigo de obrero en pleno verano? Estaba segura de que no era una coincidencia. Estaba tan segura que salió de la comisaría, simplemente necesitando alejarse por un tiempo.

En el espacio de media hora, le habían dado una oportunidad increíble, había sido amenazada por un hombre inseguro a través de una breve carta, y había descubierto que el asesino de su marido había intentado matar de nuevo. Todo ello le hacía sentir como si el techo pudiera derrumbarse sobre ella. Salió rápidamente y respiró profundamente el aire de la ciudad para aclarar su mente.

A los pocos pasos, se dio cuenta de que ahora tenía al menos cierto grado de autoridad sobre estas calles.

Y en una ciudad que crecía más y más cada día, era abrumador de la mejor manera posible.

CAPÍTULO EPÍLOGO

A Ava le alarmó lo mucho que disfrutaba viendo a Jeffrey en un ring de boxeo. Él y otro chico —el hijo de un hombre al que Roosevelt estaba entrenando— simulaban pelear. Ya podía ver cómo Jeffrey se movía con naturalidad, incluso fingiendo.

—Le he visto golpear los sacos —dijo Roosevelt, uniéndose a ella junto al ring—. Si lo permites, creo que sería un buen boxeador.

—No voy a presionarle —dijo ella—. Y tú tampoco deberías hacerlo. Pero creo que acabará encantándole.

—¿Debería comprarle unos guantes para Navidad? —preguntó su padre con sorna.

—Eso sería presionar.

Roosevelt llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. El corte en la parte superior del pecho había sido bastante profundo y había necesitado treinta y un puntos. El cabestrillo era para asegurarse de que no hiciera el tonto en el gimnasio y usara el brazo antes de que la herida sanara correctamente.

—¿Sabes? dijo Roosevelt—. Algunos de los chicos te miran diferente ahora... ahora que eres detective.

—¿Cómo me miraban antes?

—Como la esposa de Clarence Gold. Como la hija viuda de Roosevelt Burr. Ahora... bueno, ahora cuidan sus modales porque hay una detective en el local.

—Bien. Quizás eso eleve el nivel del sitio.

Mientras observaban a Jeffrey peleando, se abrió la puerta principal. Ava se sorprendió un poco cuando Frank Wimbley entró. Miró alrededor con una amplia sonrisa, asimilando la visión y los sonidos del lugar. Cuando sus ojos se posaron en Ava, se dirigió hacia ella.

—Hola, compañera —dijo Ava con una sonrisa—. Papá, este es mi compañero, el detective Frank Wimbley. Frank, este es...

—Roosevelt Burr. Lo sé. Encantado de conocerle, señor. Soy un gran admirador.

—Gracias —dijo él. Luego, intuyendo que había asuntos que tratar, se alejó hacia donde un alumno luchaba con unas pesas.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Ava.

—Bueno, hay un caso en el que tenemos que empezar a trabajar. Quería reunirme contigo para repasar los detalles antes de que te lancen a los leones.

—¿Otro asesinato?

—Qué va, un robo en la joyería Fellerman. No parece nada peligroso.

Ella asintió y, sin mirarle, preguntó:

—¿Cuál es la actitud en la comisaría ahora que todos saben que soy detective de homicidios después de menos de una semana?

—Sinceramente, está dividida por la mitad. Algunos piensan que es una broma, pero hay otros que te apoyan.

Sonrió y volvió a mirar al ring, donde Jeffrey y el otro chico habían recurrido a técnicas básicas de lucha, rodando por la lona. Mirándole, sabía que tenía que estar bien. Porque aceptar este trabajo había sido más que honrar a Clarence a su manera. También se trataba de asegurarse de que esta ciudad fuera un lugar seguro para que su hijo creciera. Y como madre y ahora detective, si no podía hacer eso, ¿para qué lo intentaba siquiera?

Repitió la última parte de la carta que había recibido ayer, repitiéndola en su cabeza como motivación.

Si sigues aquí en un mes, voy a ponértelo MUY DIFÍCIL.

Su mandíbula se tensó de rabia mientras observaba a Jeffrey jugar, pensando.

Ojalá lo intentes, cabrón... quienquiera que seas. De verdad espero que lo intentes.

CIUDAD DEL MIEDO

(Un misterio de Ava Gold—Libro 2)

—Una obra maestra del suspense y el misterio. Blake Pierce ha hecho un trabajo magnífico desarrollando personajes con un lado psicológico tan bien descrito que nos sentimos dentro de sus mentes, seguimos sus miedos y celebramos sus éxitos. Lleno de giros, este libro te mantendrá en vela hasta la última página.

—Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (sobre Once Gone)

CIUDAD DEL MIEDO (Un misterio de Ava Gold—Libro 2) es una nueva novela en una serie largamente esperada del autor número 1 en ventas y superventas de USA Today, Blake Pierce, cuyo éxito Once Gone (una descarga gratuita) ha recibido más de 1.000 reseñas de cinco estrellas.

En las duras calles de la ciudad de Nueva York de los años 20, Ava Gold, de 34 años, viuda y madre soltera, se abre camino hasta convertirse en la primera detective de homicidios femenina en su comisaría del NYPD. Es tan dura como cualquiera y está dispuesta a plantarse en un mundo de hombres.

Cuando encuentran a una chica de 16 años de una adinerada familia de la Quinta Avenida estrangulada, asesinada en la víspera de su fiesta de presentación en sociedad, llaman a Ava, la mejor detective femenina de homicidios de la ciudad de Nueva York de los años 20, para encontrar al asesino. Rápidamente descubre que la locura está presente incluso entre el glamour de las familias más ricas de la alta sociedad.

Decidida a hacer justicia por la chica —y a detener al asesino demente antes de que vuelva a matar— Ava indaga en los peligrosos círculos de la poderosa alta sociedad, viéndose amenazada cuando un magnate la señala. Luchando por su trabajo, intentando detener a un asesino y encontrándose en una inesperada relación romántica, Ava se enfrenta a la batalla de su vida.

Un thriller de suspense trepidante lleno de giros impactantes, la auténtica y atmosférica SERIE DE MISTERIO DE AVA GOLD es una apasionante página que nos encariña con un personaje fuerte y brillante que cautivará tu corazón y te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

¡Los libros #3-#6 también están disponibles!

CIUDAD DEL MIEDO
(Un misterio de Ava Gold—Libro 2)

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido del USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que incluye diecisiete libros. Blake Pierce es también el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que consta de catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, compuesta por seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que consta de seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, compuesta por siete libros; del misterio de suspenso psicológico CHLOE FINE, compuesto por seis libros; de la serie de suspenso psicológico JESSIE HUNT, compuesta por treinta y un libros; de la serie de suspenso psicológico AU PAIR, que consta de tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, compuesta por seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que consta de dieciséis libros; de la acogedora serie de misterio EUROPEAN VOYAGE, que consta de seis libros; del thriller de suspenso del FBI de LAURA FROST, compuesto por once libros; del thriller de suspenso del FBI ELLA DARK, que comprende veintiún libros (y contando); de la acogedora serie de misterio UN AÑO EN EUROPA, compuesta por nueve libros; de la serie de misterio AVA GOLD, compuesta por seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende trece libros (y contando); de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros (y contando); de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros (y contando); de la serie de misterio MAY MOORE, compuesta por once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, que comprende ocho libros (y contando); de la serie de misterio NICKY LYONS, que comprende ocho libros (y contando), de la serie de misterio CAMI LARK, que comprende nueve libros (y contando), de la serie de misterio AMBER YOUNG, que comprende siete libros (y contando), del misterio DAISY FORTUNE serie, que comprende cinco libros (y contando), de la serie de misterio FIONA RED, que comprende nueve libros (y contando), de la serie de misterio FAITH BOLD, que comprende ocho libros (y contando), de la serie de misterio JULIETTE HART, que comprende cinco libros (y contando), de la serie de misterio MORGAN CROSS, que comprende cinco libros (y contando), y de la nueva serie de misterio FINN WRIGHT, que comprende cinco libros (y contando).

A Blake, un ávido lector y fanático de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, le encanta saber de usted, así que no dude en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.